

José Ignacio López Vigil
Radio Progreso
Historias cabales, picantes y catrachas
103.3 fm
1130 am
NOTI NADA
103.3 fm
1130 am
RADIO PROGRESO
"La voz que está con vos"
editorial guaymuras
Equipo de Reflexion, Investigación y Comunicación
ERIC
Compañía de Jesús

RADIO PROGRESO

HISTORIAS CABALES
PICANTES
Y CATRACHAS

José Ignacio López Vigil

Si apostamos por la libertad de expresión
rompemos con las prudencias
Melo

UNAS PALABRAS ANTES...

De Honduras se habla poco, salvo cuando hay huracanes o golpes de Estado. Y de las emisoras populares hondureñas se habla menos, se conoce nada.

Por eso, cuando las compañeras y compañeros de Radio Progreso me invitaron a relatar lo que vivieron aquel trágico 28 de junio 2009, no dudé en aceptar el desafío.

Fui a El Progreso, grabadora en mano, con ganas de escuchar lo vivido cuando los militares, ordenados por el golpista Micheletti, clausuraron la radio. Para mi sorpresa, me contaron de un primer cierre, en 1979, durante los tiempos duros de la Seguridad Nacional. Y me contaron más, de cuando la huelga grande contra las bananeras gringas. Porque Radio Progreso está enclavada en la ciudad que fue el epicentro de esta insurrección sindical que cambió la vida del país.

Tenía pocos días y eran muchos los testimonios y las anécdotas. Grabé muchas horas, conversé con casi todos los colegas de la emisora y con algunos antiguos trabajadores. Como siempre pasa, quedaron entrevistas pendientes. Es que la vida nunca cabe en un libro.

En el relato hay expresiones muy catrachas que sólo se entenderán en las tierras de Morazán. No hace falta explicarlas. La imaginación es suficiente. Hay diálogos donde no pongo quiénes hablan. Tampoco es necesario. El protagonismo es de todo el equipo de la radio.

Radio Progreso lleva cincuenta y cinco años acompañando al pueblo pobre del norte de Honduras, luchando por sus derechos. Cincuenta y cinco años siendo coherente con la revolución del Reino de Dios, la que predicó un tal Jesús de Nazaret, olvidado por tantas iglesias que dicen representarlo. Más de medio siglo. Se dice pronto.

Cuando acabé de redactar el testimonio, me vinieron a la mente los versos de Brecht. Me atrevo a glosarlos diciendo que hay emisoras que luchan un día y son buenas. Hay otras que luchan un año y son mejores. Hay las que luchan muchos años y son muy buenas. Pero hay las que luchan toda la vida: ésas son las imprescindibles.

Radio Progreso es imprescindible en Honduras. Y en América Latina, nuestra patria grande.

José Ignacio López Vigil
28 junio 2012
Tres años después del golpe de Estado

La marcha iba casi llegando a La Lima y el sol quemaba demasiado. Cerca de mí, una señora mayor con las chancletas ya desbaratadas. Más caminaba la señora, más se le hinchaban los pies. Al ratito, andaba a chuña.

—Abuela, ¿va cansada?
—Un poco.
—¿La subimos a la paila de la camioneta para que se siente?
—No —dice ella—. Yo soy del pueblo y también camino.
—Pero abuela...
—Yo no ando aquí por mí, porque yo me voy a morir. Yo ando por los que vienen atrás. Porque no es posible que en este país no podamos decir lo que ha pasado y nos estén mandando soldados a macanearnos.

Yo también estaba cansada, agotada por la caminata. Pero veía el empuje de la señora. Y me decía: si ella puede, yo puedo. La miro otra vez y veo que la señora va cambiando de color con el sol. En un momento quedó pálida, payulita se miraba. Y se desmayó.

Quedó tirada en el pavimento y la gente que se agolpa alrededor. Y dice uno:

—Denle aire, denle aire.

Y empiezan a salir cartones para abanicar a la señora. Y todo mundo dándole aire. Y cuando la señora, por fin, abre los ojos, dice:

—He vuelto a la vida.

Se levantó, se sacudió la falda, y siguió andando con la cabeza erguida. No la he vuelto a ver ni sé cómo se llama.

CAPÍTULO 1

---

28 DE JUNIO 2009

¿Habrá sido una profecía? ¿Un mal agüero? Porque un mes antes, exactamente un mes antes, el 28 de mayo, aquí en Honduras hubo un terremoto y se vino abajo el puente llamado la Democracia, el que une El Progreso con Cortés.

Y todo mundo contaba la pasada:

—¡Se cayó la democracia en el país! —así se burlaban.

Ese 28 de junio, un mes después del temblor, me despierto y pongo el canal 48 y veo un cintillo que dice: SE CAYÓ OTRO PUENTE, EL DE SANTA RITA.

Como a mí me tocaba la cobertura aquí en el sector sur, le digo a Memo, el chofer:

—Antes de que empiecen las votaciones de la Cuarta Urna, lleguemos a Santa Rita a ver qué ha pasado con ese puente que ya andaba medio torcido. Y justo estoy llegando, cuando me llaman al celular:

—Karla, corré.
—¿Que corra a dónde?
—Venite soplando a la emisora —me dicen—. La cosa está peluda. Dice Melo que todos nos juntemos en la radio.

Y no he apagado el chunche, cuando escucho a Félix Molina, nuestro corresponsal en Tegucigalpa:

—¡Golpe de Estado!... ¡Sacaron al Presidente de la República!

El jueves 25 yo estaba en San Salvador. Iba a comenzar una reunión de las escuelas de formación política de los jesuitas. Me suena el teléfono. Era un amigo muy amigo y, por eso mismo, no digo quién.

—Padre Melo, la papada es hoy.
—¿Cuál papada? —le pregunto con susto.
—El golpe técnico a Zelaya.

El golpe técnico consistía en declarar loco a Manuel Zelaya, presidente de la República. Había el informe de un sicólogo diagnosticando una inestabilidad emocional que lo incapacitaba para gobernar. Este informe se iba a presentar al Congreso Nacional para tomar las medidas del caso.[1] *Pero los legisladores no lograron consenso y el acuerdo se hizo humo.*

Voy a comenzar mi reunión y me cae otra llamada. Era de un político muy alto y, por eso mismo, no digo quién.

—Padre Melo, ¿dónde se encuentra usted?
—Pues aquí, en San Salvador —le digo, con más susto.
—Yo le recomendaría regresar de inmediato a Honduras.
—¿Por?
—Porque esto está muy revuelto y puede suceder cualquier cosa.

Y yo sin poder comenzar la reunión. Hablo con Valentín, el nuevo superior de los jesuitas.

—Regresa ya —me da casi una orden—. Y mira si se puede hacer algo.

Compré un boleto de emergencia y me fui en el primer taxi al aeropuerto.

—La vida se ha complicado, ¿verdad, amigo? —me dice el taxista que ha leído la preocupación en mi cara.

1 Carlos Flores Facussé, dueño del Partido Liberal, había negociado la Presidencia del Congreso para Roberto Micheletti a cambio de que éste reformara los artículos de la Constitución llamados “pétreos” que prohíben la reelección presidencial. Rafael Callejas, del Partido Nacional, estaba de acuerdo porque con estos cambios, y quitándose de encima a Zelaya, tanto él como Carlos Flores podrían reelegirse como presidentes de Honduras.

—Cabal —yo pensando que el rumor del golpe de Estado en Honduras ya se había regado por todo lado.
—Y ahora, ¿qué vamos a hacer? —el taxista me mira con angustia—. ¡Se acaba de morir Michael Jackson!

Entonces, comprendí que lo de Honduras siempre es relativo. Es decir, que a nadie le importaba un carajo lo que aquí estuviera pasando. La gran noticia en el mundo era la muerte del rey del pop.

El padre Ismael Moreno, que lo apodamos Melo, es el director de Radio Progreso. Cuando llego a la emisora, me lo encuentro pasando revista al personal. Peraza, el jefe de prensa, estaba de vacaciones pero ya se había apersonado. Joksan, el que lleva la programación. Tavo, responsable de lo técnico, también llegó. Leti estaba desde temprano en los controles y con los nervios de punta. Porque somos un equipo joven y ni sabíamos qué era un golpe de estado.

—Metete en cabina —me dice Melo— y hablá.
—¿Y digo qué?
—No sé. Oigamos lo que andan diciendo las otras radios.

Pero no estaban diciendo nada. Música y más música. Los noticieros de la mañana, nada. En Radio América, el periodista Rodolfo Colindres comentaba: “No le hagan caso a los rumores que andan circulando. Si usted iba a ver un partido, no se detenga, vaya, si usted tenía planeado ir a la playa, no se detenga, vaya, que aquí estamos en Honduras, el país donde no pasa nada.”

Los canales de televisión con pichinguitos, dibujos animados. Y con especiales de Michael Jackson, que había muerto tres días antes. Y el canal 8, el del gobierno, cerrado del todo.

A las cinco y unos minutos de la mañana suena el despertador. Bostezo, me levanto. A las 6 tenía que estar aquí en la radio para conducir con Karla la cobertura de la consulta popular. Pero es demasiado temprano.

Ningún despertador. Era la voz de Sandra Marybel Sánchez, una periodista independiente, muy valiente, muy ella.

—Melo, ¿ya sabés lo que está pasando?
—No.
—Le han dado golpe de Estado a Mel Zelaya. Vieras cómo está de militares ahí donde vive, en la colonia Tres Caminos.
—¿Lo secuestraron?
—Sí.
—¿Sabés a dónde lo llevaron?
—No.
—¿Y ahora?

Ahora ni Sandra ni nadie sabíamos qué hacer. Me enfundé camisa y pantalón y salí sin

café para la radio.

Desde cabina, llamamos por interno a Félix, en Tegus.

—Dicen que no se puede decir que es un golpe de Estado porque cierran a quien lo diga —parecía un trabalenguas.

—Pero... ¿cómo se llama cuando los militares botan al presidente de un país? Si camina como pato, si nada como pato y hace cuacuac... pues es un pato.

En la Progreso, desde el primer día, hablamos de golpe de estado. Y la pregunta de quienes llamaban a la radio y de todo mundo era dónde está Zelaya, el Presidente de la República. La primera información sobre su paradero la dio TELESUR o, por lo menos, yo por ahí me enteré. Que aterrizó, mejor dicho, que lo aterrizaron en Costa Rica. Que llegó en pijama y calcetines al aeropuerto Juan Santa María porque amaneciendo los militares tirotearon su casa, patearon la puerta y lo llevaron detenido al avión.

—Fue una grosería —declaró Zelaya en San José—. Son las 9 y todavía estoy sin ropa.

Nos pusimos a llamar a funcionarios de Zelaya y ninguno contestaba, ni César Ham ni Enrique Flores Lanza, que es su secretario privado. Nada.

Decías lo poco que iba saliendo. Claro, la gente llamaba y llamaba a la radio. Leticia contestaba y nos pasaba el rumor:

—Dicen que al alcalde de San Pedro lo encontraron tirado en un bordo... Dicen que secuestraron a Patricia Rodas y toda su familia...

—Ningún dicen —cortó Melo—. No podemos pasar ninguna información que no esté confirmada. Puede armarse un molote.

Ya después empezamos a informar de lo que se decía en los cables internacionales, en la CNN, en TELESUR... Y también Félix seguía haciendo reportes desde las calles de la capital y nos describía lo que iba viendo, las tanquetas, los negocios cerrados, la gente corriendo a los parques.

Estamos en esas carreras, cuando abro la compu y el chat. Y se conectan los colegas de Venezuela, los de Radio Fe y Alegría.

—Un reporte, Karla —me pide Javier Barrios desde Caracas—. ¿Qué está pasando exactamente en la hermana república de Honduras?

—Bueno, lo que está pasando... ¡son aviones!

Comienzo a hablar y comienza ese zumbido de aviones sobre nosotros. Se escuchaban demasiado cerca, tan cerca que yo, en cabina, me agachaba, me salía de plano, porque sentía que me raspaban la cabeza.

—Disculpá... es que en este momento están sobrevolando aviones Tucano... Creo que puedes escucharlos, ¿verdad?

Y cuando estoy explicándole lo que ocurre en Honduras, lo que viene a mi mente es el libro Golpe de Radio. ¡Se repetía lo de Venezuela en el 2002! Era como estar viviendo lo que vos habías leído antes.

—Escuchen —avisa Melo—, me acaba de llamar Sandra Marybel para decirme que ya vienen a cerrarnos. ¿Qué hacemos?

—Yo digo que avisemos a ALER[2] y a todas las redes que conozcamos. Alertemos sobre lo que nos puede pasar. Es el mejor paraguas que tenemos ahora.

—¿Y qué más?

—Salir de aquí y usted el primero, padre —le decimos todo el equipo.

—Ustedes primero —Melo con su terquedad.

—No, padre, a usted lo van a tomar como al cabecilla de la radio y... ¡y ahí nos vidrios!

—Pero...

—Pero nada. Usted va a ser el primer blanco a pesar de ser negro —ni en ese momento Joksan perdió el buen humor—. Por ser el director, por ser cura, por la huelga de los fiscales... el tigre suyo tiene muchas rayas, padre.

Logramos convencerlo. Y justo cuando lo estamos sacando en un carro con lunas oscuras, aparece un camión del ejército y se para en la esquina de la radio.

—¡Ahí vienen los chafas! —nos gritan desde el portón.

Yo me había conectado con Hugo Ramírez en Quito, desde la Secretaría de ALER.

—Salimos directo con ustedes —me dice Hugo—. Nos enganchamos al toque.

—En este momento nos están retransmitiendo en toda América Latina... —yo andaba más nerviosa que gallina en procesión—. Y también en este momento se está acercando un convoy de militares... Creemos que vienen a intervenir la radio...

Eran como las 10 de la mañana. Cuando la gente que estaba en el parque por lo de la Cuarta Urna sospechó que venían a cerrar la radio, vinieron desmangados a defenderla.

—¡Golpistas! —gritaban y se apelotonaban en los portones de la emisora.

Pero los militares no se bajaron del camión. Arrancaron y pelaron la tusa. Qué alivio. La gente que gritaba y defendía regresó al parque.

—No se fíen —dijo un chavo—. Ya verán, vuelve la mula al trigo...

Dicho y cumplido. A los quince minutos, caen de nuevo los chafas. Y ya de un sólo van al portón, se bajan, tocan, gritan, don Coki les abre, entran y se ubican. Entraron como unos diez y otros veinte se quedaron fuera, haciendo cordón a la entrada.

Yo seguía manteniendo el contacto con Quito y hablando por el micrófono:

—En este momento, unos 30 efectivos militares están rodeando la emisora. Todo indica, pues, que nos están obligando a cerrar.

Entonces, Joksan me manda un mensajito que decía:

2 Asociación Latinoamericana de Educación Radiofónica con sede en Quito, Ecuador.

—Callate. Dice Melo que cortés ya.
—Amigas y amigos —digo yo, bajo presión— hemos decidido cerrar el programa por razones de seguridad.

Pero la gente del parque, cuando ve la nueva movida de los militares, regresa con más fuerza y más gritos. Dentro de la radio, estábamos Iolany, Rommel, Peraza, Gustavo y yo. Y el vigilante, claro. El resto del personal había ido saliendo, uno a uno, sin hacer ruido, antes de llegar estos prepotentes.

—¿Qué quieren que hagamos? —les decimos.
—Cerrar esta mierda —escupía sus palabras el chafa jefe.
—Ya cerramos las noticias. Tenemos sólo música.
—Ni música ni mierda. La instrucción es que apaguen.
—Mire, es que ya todo está apagado —le digo yo, de mensa—. Tenemos la programación automatizada. Pero nuestro transmisor está un poco lejos, en la cordillera del Merendón. ¿Le hago un croquis?
—Ni croquis ni mierda. ¿Dónde están las cabinas?
—Arriba.
—Pues vamos arriba.

Y todos en procesión con ellos, subiendo la escalera y con los fusiles en la nuca.

—¿Quién maneja esto?
—Gustavo —le digo, señalando a Tavito.
—Pues que apague todo.

Gustavo apagó la consola, las computadoras, todos los equipos.

—Ya estuvo.

Y como ellos no saben nada de electrónica, el chafa jefe pregunta:

—¿Y cómo sé yo que esta babosada está apagada?
—Los equipos tienen luces —dice Rommel, suavecito—. Si no hay luces es que están apagados.

Y le pasa un radio para que compruebe que estábamos fuera del aire.

—Zzzzzzzzzzzzzzzzzzzz... ¿Lo ve?

El man todavía llamó a no sé quién para que le confirmara que estábamos fuera del aire. Y cuando está chequeando, alerta otro chafa:

—¡Se armó el pijeo abajo!

Sale el oficial corriendo y los otros tras él, y nosotros tras ellos. El asunto era que la gente que rodeaba la radio estaba enardecida y echando abajo los portones para entrar y cachimbear a los militares. Y cuando los militares intentan salir no los dejan y comienza la insultadera:

—¡Traidores, chafas basura!... ¡Zelaya los chineó y así pagan ustedes!... ¡Gorilas, golpistas!

—¡Váyanse a sus casas! —digo yo, intentando bajar la candela.

—¡Aquí nos quedamos! ¡Esta radio es nuestra!

Me dice el que comandaba la operación dirigiéndose a los cinco de la radio:

—Ustedes salen con nosotros. Vamos a cerrar esto.

—Miren, señores —le digo yo—, hay mucha gente afuera y están muy encachimbados**.** Si nos ven a nosotros salir con ustedes la gente se va a enfurecer más. Salgan ustedes primero y después nosotros salimos.

—Está bien —se resigna el prepotente—. Nos vamos. Pero a los cinco minutos regresamos. Y si no se han ido ustedes, todos caen presos. Todos al bote. ¿Entendido?

—Pero, mire, nosotros no podemos dejar la radio sola con tanto delincuente que anda en la calle. Por lo menos, que se quede el vigilante, don Coki.

—Sólo el vigilante —concluyó—. ¿Entendido?

Se van y nos vamos. Pero la gente quedó inconforme y gritando. Algunos, de la pura rabia, tomaban fotos y sacaban videos del atropello. Para que quedaran las pruebas:

—¡Cobardes, cagones! —nos gritaban algunos radicales—. ¡No tienen huevos!

—Huevos sí, pero armas no —les decíamos.

—¿No dicen que son La Voz de un Pueblo en Marcha? —recordaban un eslogan de la Progreso—. ¿Y ahora se quedan parados?

—Si no apagamos, nos revientan. Cálmense, que esto recién empieza. ¿O qué quieren? ¿Que nos decomisen los equipos y nos quedemos sin radio? Es mejor silencio hoy y voz mañana, y no al revés.

Después de mucho discutir, cerramos todo y le dijimos al vigilante:

—Nadie más entra. Si vienen otra vez los chafas, usted los deja pasar. No se oponga.

Llamamos a Melo y me dice que nos reunamos todo el equipo de Radio Progreso en la casa de los jesuitas, en el Instituto San José. Eran como las once de la mañana.

El ambiente era muy tenso desde antes del golpe. El jueves 25, el Congreso estaba reunido de emergencia. La prensa hablaba abiertamente de las acciones “ilegales” del presidente Manuel Zelaya y de los necesarios desenlaces. Como a las ocho de la noche, dice Roberto Micheletti, entonces presidente del Congreso:

—Suspendemos momentáneamente la sesión. Pero nadie abandone, que ya regresamos para tomar la decisión que tenemos que tomar.

Salió a reunirse con el general Romeo Vásquez, jefe del Ejército, recientemente destituido por Zelaya. Y con Carlos Flores Facussé, el dueño del Partido Liberal. Y con Jorge Avilez, de la Corte Suprema de Justicia. Pero el hoyo del meollo estaba en la embajada norteamericana.

Casi pegando la medianoche, regresa Micheletti con el rostro desenfundado, para informar a los congresistas que la sesión se retomaría mañana. Era obvio que todavía faltaban algunos cabos que atar con los gringos.

El viernes, en un intento desesperado, los jesuitas publicaron un comunicado llamando a la sensatez, al diálogo. Proponían formar una comisión con actores de alto vuelo, nacionales e internacionales, para evitar cualquier intento de golpe de Estado, sea técnico o violento. Lo firmaba Radio Progreso y el ERIC[3] y se le envió a Zelaya, a Pepe Lobo, a los presidentes de partidos políticos, a los empresarios, a los medios, a todo mundo. A Micheletti no. Era como invitar a un tigre a convertirse en vegetariano.

Pepe Lobo llamó de inmediato:

—Acepto la propuesta.

También respondió el secretario de la Presidencia de Mel Zelaya diciendo que muy bien.

—Pero ya es demasiado tarde para todo —comentó escéptico.

Y así llegó el sábado con la cadena nacional a las ocho de la noche. Y aparece Zelaya con su gabinete en Casa Presidencial y las delegaciones diplomáticas y los observadores internacionales. Ahí estaba bien parqueado el embajador norteamericano Hugo Llorens, muy sabedor de lo que se estaba cocinando para dentro de unas horas.

En esa cadena nacional, Zelaya invitó a la población a asistir a votar al día siguiente. Que las urnas se abrirían a las seis de la mañana. Termina Zelaya de hablar, y el primero, el primerito que se levanta y se larga en carrera es el embajador de Estados Unidos. Tenía prisa el jodido.

GOLPE MADE IN USA

Sin ser un antiimperialista, Mel Zelaya tenía su propio sentido de dignidad nacional, de patriotismo. Con los gringos siempre se manejó con desconfianza. Y ellos con él. Primero fueron roces. Después, encontronazos.

Cuando llega Mel a la presidencia, el cacique del Partido Liberal Carlos Flores Facussé se le acerca y le dice:

—Mirá, Mel, el embajador norteamericano Charles Ford miraría con buenos ojos que le hicieras un favor.
—¿De qué se trata?
—Que le des asilo humanitario en Honduras a Posada Carriles.
—¿A quién?... Pero si ése es un terrorista que le puso una bomba a un avión de Cubana lleno de muchachos. Dile al embajador que no joda.
—Pero...
—Nones —sentenció Mel—. Jamás le voy a dar asilo a ese tipo. Que se lo dé Estados Unidos. ¿No fue agente de la CIA?

Suma y sigue. En el gobierno de Rafael Callejas, nacionalista, éste propuso que Palmerola, donde está todavía la base norteamericana que sirvió de portaaviones para la guerra sucia contra El Salvador, Nicaragua y Guatemala, se convirtiese en un aeropuerto

3 Equipo de Reflexión, Investigación y Comunicación de la Compañía de Jesús en Honduras

internacional. El resultado fue inmediato y apabullante: los gringos le quitaron la visa a Callejas y Jesse Helms lo acusó de ser el presidente más corrupto de América Latina y casi del mundo. Mel le quiso dar seguimiento a esa propuesta de Callejas, inspirado en el cierre de la base de Manta en Ecuador... ¡pucha, eso era pecado mortal para el Departamento de Estado!

Sigue sumando. José Rafael Ferrari, propietario de Televicentro, la empresa más grande de medios de comunicación del país, es también propietario del grupo INTUR, el de las comidas rápidas, que maneja las franquicias gringas de Burger King y Dunkin, Popeyes y Pollo Campero y Kentucky y toda esa comida chatarra. Pues resulta que el grupo INTUR no paga un peso de impuestos al país.

Un día, Mel los llama y les dice:

—Miren, lleguemos a un acuerdo. Doña María, la que vende tajadas en la esquina del parque, tiene que pagar todos los días impuestos a la alcaldía. Si esa señora no paga impuestos, le cierran el negocio. Y ustedes, por los privilegios que tienen, no pagan ni un lempira de impuestos a este país. Lleguemos a un acuerdo porque voy a meter al Congreso la reforma para que ustedes paguen.

Esta advertencia empunchó a Ferrari y su camarilla y a las empresas gringas, que se sienten con la misma impunidad que las bananeras en el siglo pasado.

Y sigue sumando, porque hay más. El petróleo es la sangre de Estados Unidos. Sin petróleo no son nada y por el petróleo invaden países y masacran poblaciones. Pues resulta que Mel Zelaya estaba en negociaciones con Petrobras para comenzar una explotación de petróleo en la Mosquitia. Y Petrobras iba a instalar una refinería en ese sector. Y Mel estaba negociando con Hugo Chávez para meter en Honduras las gasolineras de PDVSA que se iban a llamar gasolineras ALBA. Entonces, si la TEXACO o la SHELL te vendían a 40 lempiras, aquellas te venderían a 30. Esto era como escupir en la cara a las petroleras norteamericanas.

Pero la cereza del pastel fue la Asamblea Extraordinaria de la OEA celebrada en San Pedro Sula un mes antes del golpe. Mel Zelaya estaba promoviendo el reingreso de Cuba en la OEA. Ahí llegaron los presidentes de América Latina. Ahí llegó la gringa Hillary Clinton. Y a la par de ella, toda la cubanería de Miami liderada por Hubert Matos que se hospedó en el hotel Sula.

El caso es que a pesar de las presiones, a pesar de la chingadera del imperio, se logró un acuerdo entre los cancilleres para revisar la expulsión que se hizo de Cuba en el 62 y estudiar su reinserción. Ni la oligarquía catracha ni la gusanera cubana ni la gringada le perdonaron a Mel esta reunión. Ahí lo sentenciaron. Ahí cocinaron el golpe. Claro, sufrieron un espejismo y le hicieron creer al Departamento de Estado que toda Honduras saldría a bailar cuando derrocaran a Mel. Imaginaron cien mil personas en las calles de Tegucigalpa celebrándolo. Y fue al revés. Eran cien mil y más, pero pidiendo su reposición como presidente.

Lo de la Cuarta Urna y su "ilegalidad" fue un simple pretexto. Imaginate, que lo que se consultaba a los votantes era si en las siguientes elecciones se podría poner una cuarta urna —además de la de presidente, la de diputados y la de alcaldes— para preguntar si el pueblo quería una Asamblea Nacional Constituyente. ¡O sea, una consulta para saber si querían ser consultados!

A los gringos no les importaba la Cuarta Urna ni la primera. Les preocupaba, eso sí, el giro nacionalista y chavista del gobierno de Zelaya.

¿Que si los gringos estuvieron metidos en el golpe? Metidos hasta el mondongo. Y la mejor prueba es que el avión donde secuestraron a Mel hizo una escala... ¡nada menos que en Palmerola, aeropuerto de máxima seguridad, dizque para echarle combustible!

Ese golpe, como las decenas de golpes de estado que hemos padecido en América Latina, fue *made in USA.*

ABRIR O NO ABRIR: ÉSA ES LA CUESTIÓN

Fue un domingo muy domingo. Las calles vacías, todo silencio. Una tarde tensa porque decretaron el toque de queda a partir de las dos de la tarde.

Nosotros, todo el equipo de la Progreso, reunidos con Melo, el director, en la casa de San José. Ahí estábamos sin saber qué hacer ni por dónde continuar. Prendemos el televisor y vemos al Congreso sesionando, como si nada hubiera pasado. Y Micheletti al centro, sin sangre en la cara.

—Aquí está la carta de renuncia de Zelaya —decían los golpistas.

Y leyeron la carta falsa, falsificada según dicen por la diputada Marcia Villeda, parienta de los socios de Televicentro. Juraban que era la firma de Zelaya que había renunciado por problemas de salud. Argumentaban que si el Ejecutivo estaba sin cabeza le tocaba asumir al presidente del Congreso.

—Nombramos a Roberto Micheletti Baín presidente de la República de Honduras —y todos los chaqueteros aplaudiendo a su alrededor.

Le imponen la banda a Micheletti. Aplausos. Himno Nacional. Más aplausos.

Los medios de comunicación primero hablaron de un “golpe técnico” que, según ellos, no era lo mismo que un “golpe de Estado”. Pero ahora, con la tal carta de renuncia de Zelaya, comenzaron a cacarear “sucesión constitucional”. Todo era limpio y legal.

Nosotros como cola de chancha, retorcidos de rabia.

—¿Qué hacer? —nos pregunta Melo, el director.
—¡Abramos la radio ya y digamos que todo esto es una farsa! —dice uno.
—Estás loco —dice otra—. ¿No oíste que van a declarar el estado de sitio?
—¡El estado del cachimbeo deberían declarar, porque eso es lo que viene!
—No quiero ser pesimista —terció Carlos, el administrador—, pero me acuerdo de mi abuela cuando me decía: Mirá, hijo, si hay golpe de estado, prepara tus maletas y te vas con tus tías a Costa Rica. Porque en los golpes, como profetizaba no sé cuál presidente, una de tres: “encierro, entierro o destierro”.
—Repito la pregunta —insiste Melo—. ¿Qué hacer? Porque en el 79 ya nos cerraron la radio. Pero aquella vez vinieron con papeles y una orden de HONDUTEL[4].

4 Empresa Hondureña de Telecomunicaciones.

Ahora no.

—Exacto —entra Joksan—. Esta vez nos cerraron pero no dijeron cuándo abrir ni hasta cuándo es el cierre. ¿Entonces?

—Entonces, abramos mañana lunes —se adelantó Tavo.

—¿Y no será más seguro esperar unos días...?

—A don Seguro también lo mataron en la guerra. Hay que arriesgar.

—Abramos, sí, pero respetando los toques de queda, de seis a seis.

—¿Y quién abre la radio?

—Tavito.

—Para poder abrir a las seis —dice Tavito—, mejor me quedo a dormir dentro. No voy a llegar caminando en la madrugada.

—Entonces, ¿salimos mañana?

—¡Salimos mañana! —fue un coro de radialistas apasionados.

El lunes, con cagazón y sin permiso, sacamos al aire la señal de Radio Progreso. Empezamos poniendo musiquita para tantear. Sonamos unas rancheras del compadre Chano para que los militares, si estaban escuchando, comprobaran que éramos buenos chavos. Pero había tanta presión por saber qué pasaba en el país, que ya a las siete la gente comenzó a llamar y a preguntar. Había que hablar. Y dejar hablar.

Al rato, ya vino el padre Melo y los demás. Leticia levantaba el teléfono y entraban llamadas muy calientes.

—¡A las armas, compañeros! —la gente estaba encabronada.

—Compañeros —calmábamos nosotros—, estamos luchando por la democracia y la democracia no se consigue con balas.

Ese lunes, por respetar el toque de queda, cerramos religiosamente a las seis de la tarde. Había mucho peligro, la verdad.

—¿Por qué cierran tan temprano? —insistían los oyentes—. ¡Rajados!

—Comprendan, en el molote que hay, vienen los chafas y nos tiran una bomba y luego con decir que no fueron ellos... De noche todos los gatos son pardos. Y no tenemos un gato delante, sino un tigre.

El asunto también era que Micheletti, el usurpador de la presidencia, es de aquí mismo, progreseño. Y aquí en El Progreso hay mucha gente comprada por él, gente enemiga de la radio.

Entonces, desde el primer día condenamos el golpe, pero también desde el primer día hicimos llamados a la paz. Joksan se agarró de Gandhi y todo el día era con sus frases.

—Como decía Gandhi, ojo por ojo y el mundo quedará tuerto... Como habló Gandhi...

—¡Ningún juandy!... ¡Démosle riata, ahora es cuando!

El martes 30 continuó la represión fuerte. Nos llamaron para decir que volvían los militares y nos iban a incendiar la radio.

—¡Güevos, mejor cerrar y no seguir de tapudos!

—Seguí, hombre... Total, te van a quemar hablés o no hablés.

Melo tranquilizó a su equipo:

—¿Saben qué? En la emisora, que quede el menor personal posible. Un operador y un asistente. Nada más. Y sacamos las unidades móviles. Con las móviles vamos a transmitir desde afuera. Dos aquí y dos allá.

A Peraza, el jefe de prensa, le tocó transmitir con una móvil desde una casa abandonada, casi por caerse. Se fue con Tavo para la parte técnica. Y se pusieron clandestinos.

—¡Desde un lugar de Honduras —Peraza se emocionaba— transmite Radio Progreso, la voz que está con vos!

Como el toque de queda era a las seis, nos orientan:

—Transmitan hasta las cinco y media. Cierran y se van a sus casas.

Pero resulta que a los golpistas se les ocurrió adelantar el toque de queda para las cinco de la tarde. Y lo avisaron a las cuatro y media. ¿Y ahora? La gente estaba a full con Radio Progreso, sintonía total.

—¡Váyanse a sus champas ahora mismo, que adelantaron el toque!

Todo mundo a correr, las calles atiborradas de carros, el nerviosismo. Y en el molote, Peraza y Tavo que dejaron los equipos en aquella casucha y salieron a pata y a mil.

EL SOMBRERO DE MEL

Mel Zelaya tiene mil defectos. Pero hay una virtud que nadie le niega: su capacidad para sintonizar con la gente. Su carisma de caer bien.

No era como los presidentes que hemos conocido, distantes, arrogantes. Mel hablaba como la gente, se sentaba con la gente. Fíjese en esas gradas que hay para subir a la Casa Presidencial. Pues Mel se sentaba ahí con los campesinos, con los indígenas, con quien fuera, para conversar. Recuerdo una vez que llegó a un pueblo de Lempira, un pueblo pobre, y en una Asamblea del Poder Ciudadano, como él las llamaba, se reunió con todo el vecindario. Como siempre, andaba su sombrerón.

—Compañeros, compañeras, allá en Tegucigalpa me critican porque yo uso sombrero. Pero es que en la capital no saben. Creen que el sombrero sólo sirve para taparse la cabeza. Ustedes saben que el sombrero no sólo se utiliza para eso. El sombrero también sirve para ser galán cuando van pasando las damitas. Uno se quita el sombrero y las saluda. Pero no sólo para eso. En la capital no saben porque no son del campo, pero ustedes y yo sabemos que el sombrero se utiliza para atizar el fogón si no está encendido. O también, a veces estamos en el campo trabajando todos sudados y vamos a la quebradita a buscar agua y no andamos en qué agarrar el agua... ¡y hasta para eso sirve el sombrero, para calmar la sed!

Y con ese lenguaje, la gente dichosa. También me acuerdo cuando vino a Progreso, a otra Asamblea del Poder Ciudadano, que él hacía todos los domingos. Aterriza el helicóptero en un campo militar. Baja Mel del helicóptero y habían carros blindados

esperándolo para el traslado. Pues el man se bajó y, en vez de tomar esos carros, tomó un taxi cualquiera y se vino a la ciudad.

A mí me tocó cubrir la famosa asamblea de la OEA en San Pedro Sula, poco antes del golpe. Vaya, pues, todo el mundo esperando a Zelaya en aquella primera noche de recibimiento de las delegaciones. Era una velada a todo dar. Ya estaba Evo Morales, ya había llegado Lugo desde Paraguay, y la ilustrísima Hillary Clinton, con su cara de imperio. Y todo mundo esperando a Zelaya. En eso, se escucha la bullaranga de las motorizadas, los carros de seguridad con las sirenas...

—¡Ahí viene Mel, la mera riata! —gritaban alharaqueando sus partidarios.

Pero quien se baja es Xiomara Castro, su mujer. ¿Y dónde está Zelaya? Y cuando menos se acuerda, Zelaya se vino a pata. En el once, como dicen. Y así entró, rompiendo protocolo, uno más del montón.

Sí, él tiene un carisma para caer bien. Fíjese cuando vino a promocionar la Cuarta Urna aquí en San Pedro.

—Señor presidente —le dicen unos pistudos— vamos a la casa de fulanito porque queremos tener una reunión privada con usted.
—¿Y por qué fulanito no viene acá? —responde Mel ajustándose el sombrero—. Díganle que yo me quedo aquí en el parque, que aquí voy a atender a la gente.

Y en el parque se quedó. Y como andaba unas botas pesadas, se las quitó delante del gentillal.

—Me duelen las patas, disculpen.
—¿Y qué quiere comer el señor presidente? —le dice uno de la comitiva.
—¿Y no habrá unas baleadas por ahí? —responde Mel, masajéandose los dedos de los pies.

Después, cuando va saliendo, en una equina aparecen como cuarenta o cincuenta güirros descalzos, los que cuidan carros.

—¡Presidente, venga pá acá! —gritaban—. ¡Pucha, presidente, tenemos hambre!

Entonces, aparecen más morenos de la costa y se ponen a tocar la sopa de caracol. Y las morenas sandungueando. Y Mel bailando con ellas en plena calle.

Así era Zelaya. Así es. ¿Populismo? Tal vez no, tal vez sí. Aunque a la gente le encantan esos gestos. Otra historia es cómo manejó la economía de este país cuando fue presidente, la improvisación, la corrupción, el presupuesto de la República retrasado, dos años sin rumbo fijo. El asistencialismo también, entregar bonos a los pobres como el que entrega pescados sin enseñar a pescar. Pero el carisma de caer bien nadie se lo quita.

¡AY, MICHELETTI BAÍN!

A Roberto Micheletti lo conozco yo desde cipote. Mire usted, una hija mía trabajaba en el almacén de un turco que queda en el mero centro de aquí de Progreso. Y Micheletti sólo

pasaba sentado en una ventana de ese almacén que orilla con la calle. Desde muy de mañana, ahí estaba él con un periódico en la mano, abanicándose. Sólo se iba al mediodía, quizás a almorzar. Y al rato, ya estaba otra vez en la ventaba. Esa era la vida de Micheletti, vivir sentado.

Y ya era un cipote grande, como de quince años, y seguía en la ventana. O si no, en los billares. O si no, con mujeres, que ése tiene muchos hijos regados por ahí. Yo nunca oí que Micheletti estaba estudiando en la universidad, ni tan siquiera en un colegio. Un haraganote, eso era.

¿Y Xiomara, su mujer? También es progreseña. Yo la conocía antes de casarse con él. Una cipota que así andaba, calle arriba y calle abajo. Una vida vagante. Después me cuentan que estudió y llegó hasta abogada.

En las marchas para apoyar el golpe, los de Micheletti cantaban una vieja canción bien grosera, pero que a él le gustaba. Vea lo que dice esa canción:

> No hay otro pueblo más macho
> que el pueblo catracho
> del cual vengo yo.

A la Radio Progreso, por el contrario, llegó un campesino de El Aguacate con su guitarrita. Se llama Antonio Argueta. ¿Quiere escuchar la tonadita que le dedicó a Micheletti?

> Ay, Micheletti Baín
> por vos es este pijín
> te tomaste por la fuerza
> la silla que no era tuya.
>
> Ay, Micheletti Baín
> alista tu maletín
> las horas ya están contadas
> pá que dejés el poder.

Es terco el hombre, terco y bayunco. Yo digo que no es más bayunco porque no es más grande. Me contaron que hace unos meses, en medio de la huelga de los fiscales contra la corrupción, Micheletti andaba de soberbio y no quería dialogar y le importaba un huevo la ilegalidad de lo que estaba haciendo. Va un periodista y le pregunta:

—¿Es cierto que usted es un animal político?

Micheletti, que no ha leído mucho, y menos al sabio Aristóteles, creyó que lo estaba insultando y respondió tajante:

—¡Y usted es un animal periodista!

Pero claro, uno puede preguntarse: ¿cómo una persona así, tan limitada, ha llegado donde ha llegado? Es que él es bruto pero no pendejo. ¿Qué amigos se habrá echado durante los muchos años que estuvo en los Yunais? Porque él regresó con pisto y se metió a la política y lleva casi treinta años en esa mafia. Con los buses se hizo rico, con el monopolio de los buses que unen Progreso y San Pedro. Y las malas lenguas dicen que

robó muchas tierras de los salvadoreños cuando los botaron del país, después de la guerra del fútbol.

Así, él se fue convirtiendo en el cacique de Progreso. Mejor dicho, de todo el departamento de Yoro. Porque Micheletti es el que manda y sigue mandando aquí. Él quita y pone gerentes, alcaldes y regidores.

Es tan cacique, que si vos querés una línea de teléfono, te la dan si llevás una carta firmada por Roberto Micheletti. Los médicos, las enfermeras que tienen trabajo en el hospital lo consiguen a través de la recomendación de él. O de su familia. Porque él ha puesto a su suegra a controlar las comidas típicas. A su cuñada en el seguro social. A su esposa aquí, al otro allá. Él lo controla todo. Y la gente le tiene miedo. Fíjese que el año pasado, Aldo, uno de sus hijos reconocidos, iba manejando drogado. Se pasó todos los semáforos rojos y vino a chocar aquí contra otro carro, cerca de la radio. Y mató a una gente, un señor que estaba tomando café en la esquina. Aldo salió del lado del conductor y su guardaespaldas se puso al volante. Y el juez le echó la culpa al guardaespaldas, aunque todo mundo vio la chanchullada.

Micheletti tiene una de sus fincas saliendo a Santa Rita. Con el golpe lo apodaron Goriletti. Y como en esa finca tiene una mona que anda suelta en un palo, la pasada que inventaron era así:

—¿Quien parió a Micheletti?
—¡La mona!

Y la mona protestaba:

—¡No, yo no parí a ese gorila hijueputa!

EN LA CALLE ESTÁ EL PODER

A los dos días del golpe, nos reunimos una vez más en la radio y nos dijimos:

—Está pijeado informar y seguir informando, pero... ¿cómo se llama esta radio? ¿Cuál es nuestro eslogan? “La voz que está con vos”, ¿no es cierto?
—¿Y?
—¿Y dónde está la gente? ¿Dónde estás vos y vos y vos? En la calle. Pues a la calle hay que salir.

Y nos decidimos, a pesar del peligro, a transmitir desde la calle, a dar cobertura desde el mero lugar de las protestas. Desde los parques, porque era ahí, en los parques, donde se concentraba la gente.

¡Hola, Lesly!... ¡Hola, Víctor!... ¡Hola, amigas y amigos que continúan en sintonía de Radio Progreso!... También nosotros continuamos aquí, en el parque central de San Pedro Sula, frente a la catedral. Hay que describirles a ustedes y a quienes nos sintonizan fuera del país lo que está pasando aquí... Desde el día lunes, es una multitud de personas que se están manifestando y que tienen tomadas tres cuadras al norte, tres

cuadras al sur, tres cuadras al este y al oeste. Todo el centro prácticamente, la tercera avenida, está cerrada por los manifestantes. Son miles y miles de personas y están llegando más. Hay quema de llantas, hay humo negro en toda la capital industrial de nuestro país. Y por acá siguen uniéndose más personas. En estos momentos acaba de llegar la gente del Sindicato de Trabajadores de la Empresa Nacional de Energía Eléctrica... Y más personas siguen llegando, corren de un lado a otro, siguen acaparando más calles. Un señor por acá... Estamos en vivo para Radio Progreso y para toda América Latina... ¿Cuál es su nombre?

—Edgardo Briso.

—Descríbanos un poco el panorama que se está viviendo aquí...

—Aquí el panorama está fuerte y estamos esperando más personas, personas que no tengan miedo. Los que están en su casa, que salgan a la calle. Porque en la calle está el poder.

—Veo gente corriendo hacia allá... ¿qué está pasando?

—Porque la DEI[5] *está recogiendo dinero para ese golpista Micheletti. Entonces, vamos a cerrar la DEI.*

—¿Cuántas personas se han desplazado a la DEI para cerrarla?

—Como tres mil personas está yendo hacia allá.

—Este es el ambiente que se está viviendo, amigas y amigos de Radio Progreso... Y como la gente corre hacia la DEI, también nosotros nos movilizamos hacia allá, acompañando al pueblo. Mientras tanto, regresamos a cabina.

Gracias, Lesly por el reporte. Desde San Pedro nos trasladamos aquí, a la ciudad de El Progreso, Yoro, donde se encuentra apostada nuestra compañera Iolany Pérez, en la plaza cívica Las Mercedes. ¿Qué está sucediendo ahí, Iolany?

—Tú lo has dicho, Víctor. El parque Las Mercedes se ha convertido en una plaza cívica donde los miembros de diferentes organizaciones populares y la ciudadanía en general está llegando para una manifestación pacífica. El comercio, al contrario que en San Pedro Sula, está abierto. Las personas siguen llegando y van a permanecer aquí el resto de la mañana. Se está reuniendo la coordinación para decidir qué otro tipo de acciones se van a realizar. Vamos a conversar con el profesor Sócrates Coello... Profesor, ¿van a permanecer toda la mañana acá o harán otras actividades?

—Tenemos marchas programadas, caminatas por la ciudad, igual que se hizo ayer. Y el resto del día permaneceremos aquí como un acto de rebeldía. En la mañana se concentra la gente y en la tarde salimos a la caminata. Y fíjese que cada día viene más gente, el que no vino ayer viene hoy.

—¿Y la movilización que apoya a Micheletti?

—La movilización del sector empresarial y la derecha no llegó ni a cincuenta personas, y eso que tenían una cantidad de buses y parlantes frente a la cámara de comercio... Aquí no se le paga a nadie ni hay buses ni comida para nadie... Aquí hay motivación, espíritu patriótico, y la gente está respondiendo.

—Nos reportamos con vos, Víctor, al estudio central de Radio Progreso.

La gente se tomó el parque de El Progreso, como en los tiempos de la huelga grande contra las bananeras. En el parque gritaban, en el parque se organizaban, en el parque hacían ollas comunes. Ahí comían. Traían tortillas, tamales, chicharrones y los compartían. Y comenzaban las canciones de protesta. Y bailaban. Porque hay que

5 Dirección Ejecutiva de Ingresos.

protestar con alegría, ¿no es cierto? Hacían foros también, para comprender la vaina que nos había caído en Honduras. Por la noche, si la gente todavía no se iba, hasta proyectaban películas de lucha.

Al parque llegaban güirros y personas mayores, y mucha juventud. Y de ahí salían las marchas. Marchas a toda hora. Hasta de noche, llevando antorchas por todo el pueblo. Por el cementerio también. Todos los muros del cementerio tenían grafitis contra el golpe. Cualquier muro era bueno para insultar a los golpistas.

La gente estaba tan encachimbada, que ya no le paraban bola al toque de queda ni siquiera al estado de sitio que suspendía las garantías constitucionales y que los golpistas decretaron después.

—Es demasiado fácil tirar una bomba por este muro de la radio —nos avisaron los que estaban en el parque—. Mejor nos quedamos a dormir dentro y protegemos.

Y así, todas las noches un grupo de la Resistencia cuidaba a Radio Progreso. También la emisora era el lugar donde guardaban las pancartas para el día siguiente. Nosotros les prestábamos mesas, sillas... Como veinte personas se quedaban cada noche a dormir en la radio. No se me olvida una manta que trajeron con una frase, creo, de José Martí:

LOS MALOS SÓLO TRIUNFAN DONDE LOS BUENOS SON INDIFERENTES

EL DÍA QUE MÁS CORRIMOS

Aquel 2 de julio, nos fuimos Lesly, Gerardo y yo a cubrir la marcha en San Pedro. Llegamos temprano. La Resistencia tenía un retén a la entrada y cuando ven el carro de la emisora:

—¡Llegaron los de la Progreso! ¡Déjenlos pasar que están con nosotros!

Pasamos y nos ponemos a entrevistar al gentillal que ya se iba juntando en las calles del centro. Yo, de metido, me adelanté a tomar fotos en la primera calle donde está la DEI. Por ahí estaban parqueados los militares. Y delante de ellos, los comandos Cobras, los que iban a reprimir. Y delante de los Cobras, una tanqueta.[6]

Sin esperar orden de nadie, un policía le vuela una bomba a los manifestantes. Otra bomba y otra más.

—¿Quién carajo ordenó tirarlas? —se molesta Filiberto Martínez, el jefe de policía.

Yo veo aquel relajo, llamo a la radio para informar, y me acerco al Filiberto para ver qué está pasando y por qué han tirado las bombas.

—Mientras ustedes estén tranquilos, nosotros también —le acerco el micrófono de la Progreso para que quede grabado.

---

6 El Comando de Operaciones Especiales Cobras, es un escuadrón élite de la Policía entrenado para misiones antimotines y disturbios.

Yo me lo creo, me voy donde los Cobras y me pongo a tomarles fotos. Así, delante de ellos, como angelito sin malicia. Y al momento siento el empujón en mi espalda.

—¡Hacete para allá, hijueputa! —me gritan.

Me doy vuelta y veo ese cachimbo de militares sobre mí.

—Disculpe. Soy periodista. Aquí ando mi carnet.
—Terrorista serás —me dice aquel Cobras grandulón—. Caminá para allá y no digás nada, que va a ser peor. Te vamos a registrar.

Otro empujón. Me orillaron en el cerco de alambre.

—Ponete de espaldas. Abrí las piernas. Y con las manos arriba.

Me quitaron la maleta que andaba con la cámara, la grabadora y el micrófono con el cubo de la radio.

—Soy periodista —alcancé a decir, ya bastante agüevado—. ¿Por qué me hacen esto?
—Callate.

Me quitaron también los dos teléfonos que andaba.

—Ahora, date vuelta.

Y cuando me doy vuelta...

—¿Con que tomándonos fotos, verdad? A vos, pedazo de cerote, es que vamos a fotografiar. Vamos, tomale fotos a éste.

Otro Cobras saca su celular y me toma un par de fotos.

—Mandá ahorita mismo esas fotos. Y vos, largate.
—¿Y mis cosas? —me salió un hilo de voz.
—Denle lo suyo y que se vaya. Total, a éste ya lo pide la tierra.

Me voy corriendo, en dos cuetazos cruzo el otro contingente de Cobras, llamo a la radio para salir al aire y contar. Yo estaba en una temblazón. Era la primera vez en mi vida que me pasaba algo así. Bueno, termino de transmitir y me llama mi mujer que trabaja en San Pedro, en una institución del Estado, pero que ese día los habían despachado por el alboroto de la manifestación.

—¿Dónde andás? —me dice llorando—. Venite a casa. Acordate que tenés hijos. Me tenés a mí.
—No me pidás eso —le digo—. Este es mi trabajo. Además, no ando solo. Estoy con Lesly y Gerardo.
—Venite a casa ya —me insiste.
—Yo voy a llegar, pero... Vos tené la seguridad que yo voy a llegar...
—¿Cuando? —sigue el lagrimeo.
—No sé a qué hora, pero voy a llegar.

Viene Gerardo y le cuento. Y en eso, empiezan otra vez las bombas y los disparos.

—¡Corramos, no nos queda de otra!
—¿Y la chinita dónde está? —es que así le llamamos a Lesly.
—Por ahí viene... ¡pero corré, vos!

Nos dice una señora:

—¿Y ustedes por qué corren si son periodistas, ah?
—Por eso mismo, señora —le digo—. Aquí no le amagan a nadie. Esto está perro.

Había demasiados gases. Si corrías por aquí te salía la policía, por allá te salían los Cobras.

—¡No corrás en línea recta, Lesly! —le avisamos Gerardo y yo.

Y no habíamos acabado de avisarle cuando, pum, una bomba que cae a la par de ella. Pucha, no sabíamos ni para dónde correr con tanto humo y tantos disparos. Pero seguíamos transmitiendo en directo a la Progreso. El gas ya nos estaba afectando y dice una señora:

—Agarren agua de aquí... ¡échense agua!

Metemos unos trapos que andábamos en aquel cumbo...

—¡No, hombre, esta agua tiene cloro!

A seguir corriendo y tosiendo. Y nos fuimos a refugiar a unas cinco calles de ahí. Pero miramos hacia atrás y seguían los policías macaneando con sus toletes, dando culatazos, tirando bala, arrojando gas pimienta. Una represión brutal. Llamamos otra vez a la radio para reportar.

—¡Jodidos, busquen un lugar seguro!
—¿Y dónde?

Corriendo y corriendo nos alejamos de la humazón, nos escapamos de San Pedro y regresamos a Progreso en una camioneta destartalada. Yo llegué sin aire a mi casa.

—Primera y última —me dice mi mujer al abrir la puerta.
—Primera sí —le digo—, pero mañana hay otra marcha.

Esto fue el jueves. El viernes regresé a San Pedro a cubrir otra protesta. El sábado igual, porque las marchas eran un día sí y otro también. Ese sábado llego a mi barrio a las seis de la tarde por el toque de queda. Y estoy con unos amigos platicando de lo de siempre, del golpe. Y ya de noche, suena el celular.

—Y ahora, ¿dónde estás? —me pregunta mi mujer, alterada—. ¿Estás bien?
—Sí, estoy bien. ¿Por qué?
—Es que acaban de llamar...
—¿Y quién era, qué te dijeron? —comienzo a mosquearme.
—Sólo habló un hombre y me preguntó si el señor Rommel estaba en casa —ella se echa a llorar.

—¿Y?
—Yo le dije que vos no estabas.
—¿Y?
—Bueno, me dijo la voz, era solamente para advertirle que lo vamos a matar.
—¡La gran puta!... ¿Y vos qué hiciste?
—Yo corté por el miedo. Y al rato, vuelve a llamar el mismo hombre.
—¿Y qué hiciste?
—Ni escuché. Desconecté el teléfono.

Les digo chao a los amigos y le pido a uno que me acompañe a la casa. ¿Quién iba a poder dormir con esa amenaza? Al día siguiente, domingo, me tocaba cubrir otra marcha en San Pedro. Pero antes, les cuento a los compas de la Progreso lo ocurrido.

—La primera no —me dice Melo—. Pero sí la última. No salgás de la radio.

¿Y EL CARDENAL?

Pasaban los días y el Cardenal Óscar Rodríguez Maradiaga no abría las tapas. Nada, ni pío. A los seis días del golpe, exactamente en la víspera del regreso de Mel Zelaya anunciado para el 4 de julio por el aeropuerto de Toncontín, habló en una cadena nacional propiciada por los golpistas, haciendo uso de los equipos intervenidos del canal 8.

—Todos los documentos que han llegado a nuestras manos demuestran que las instituciones del Estado democrático están en vigencia. Los tres poderes del Estado están en vigor legal y democrático de acuerdo a la Constitución.

En la radio nos pellizcábamos para saber si era cierto lo que estábamos escuchando. ¿El Cardenal apoyando el golpe de Estado?

—La iglesia aprecia el sistema de la democracia en la medida en que asegura la participación de los ciudadanos en las opciones políticas y garantiza a los gobernados la posibilidad de elegir y controlar a sus propios gobernantes, o bien la de sustituirlos oportunamente de manera pacífica.

¿O sea que el golpe de Estado y la represión en las calles había sido una sustitución pacífica del presidente?

—Hago un llamado al amigo José Manuel Zelaya. Pensemos si una acción precipitada, un regreso al país en este momento, podría desatar un baño de sangre. Hasta el día de hoy no ha muerto ni un solo hondureño. Por favor, medite, porque después sería demasiado tarde.

¿Quién podría desatar el baño de sangre si eran los golpistas quienes tenían las armas y no el pueblo? Las tenían y las estaban utilizando.

Al final, el Cardenal dijo que el comunicado de la Conferencia Episcopal fue suscrito por los once obispos de Honduras el 3 de julio. Pero hubo al menos dos obispos que se enteraron del texto oyendo la cadena nacional.[7]

---

7 Dos días antes del comunicado, el presbiterio de Santa Rosa de Copán (los curas, no el obispo Luis Santos Villeda, que andaba fuera y que sí conoció y aprobó el texto del Cardenal) habían condenado el golpe de estado con duras

Después de la cadena, abrimos los teléfonos de Radio Progreso. Y comenzó la gente a echar sapos y culebras contra el Cardenal.

—¡Vendido! —gritaba una señora—. Ése no representa a Cristo sino a Micheletti.

—¿Y no decían que éste iba a ser Papa de Roma cuando se murió el otro, el Juan Pablo Dos? —preguntaba con ira un cipote desde Tegus.

Pasaron pocos días y se filtró un documento muy vergonzoso. Resulta que desde el 2001, el entonces presidente Carlos Flores, como era “muy católico”, había dado un decreto por el que se le regalaba al Cardenal la cantidad 100 mil lempiras mensuales del dinero público. Y claro, cuando Zelaya asumió la presidencia le había cerrado el grifo, le había cortado ese absurdo privilegio.

—¡Judas Rodríguez! —gritaban ahora con más fuerza—. ¡Aquel por 30 monedas y tú por 100 mil!

Ese día, yo vi un chavo pintando grafitis en los muros de la catedral. Con un spray rojo escribió CARDEMAL.

¿Y LOS EVANGÉLICOS?

Unos días antes del golpe, está Mel Zelaya despachando y entra la crema y nata de la Confraternidad Evangélica de Honduras. Ahí estaba el pastor Evelio Reyes, de la iglesia Vida Abundante, una de las más numerosas y acaudaladas de Honduras, y el pastor Oswaldo Canales, y no sé cuántos más. Y me dicen que se pusieron a rezar ahí dentro:

—Oremos, hermanos. Oremos por la votación que tendrá lugar este domingo. ¡Viva la Cuarta Urna!

Pero yo veo que cuando salen de la entrevista con Mel van con caras de chupados de bruja.

—Mañana me destrozan estos pastores —dice Mel—. Pónganle sello.
—¿Y qué pasó? —pregunto yo un poco papo.
—Me han venido a pedir 80 millones de lempiras para promocionar la Cuarta Urna. Y yo les he dicho que no. Que les doy algo, pero esa cantidad, ni hablar.

Y comenzaron, ya antes del domingo fatal, a atacar la Cuarta Urna en las iglesias evangélicas. Y se vistieron de blanco y desfilaron en las calles pidiendo la paz. En verdad, pedían el pisto.

EL PRIMER MÁRTIR

---

palabras (“repudiamos la substancia, la forma y el estilo con que se le ha impuesto al Pueblo un nuevo Jefe de Poder Ejecutivo”) y denunciaron la represión de las fuerzas armadas.

Fue la marcha más numerosa de la historia de Honduras. Sí, como suena. Eran miles y miles de gentes, una cantidad exagerada, caminando hacia el aeropuerto de Toncontín. Se habían reunido en la Universidad Pedagógica y desde ahí, a pata, fueron a recibir al presidente Zelaya, destituido de su cargo y expulsado a Costa Rica.

Era el 5 de julio, una semana después del golpe. Yo estaba en Tegus y me había podido colar dentro del mismo aeropuerto, en la planta alta. Me conecté con la Progreso.

—Dame pase, Joksan... Adelante, Peraza... Amigas y amigos, en estos momentos estamos viendo el avión donde vendría el presidente Manuel Zelaya... El avión está sobrevolando ya el aeropuerto... Pero varias camionetas militares han sido atravesadas en la pista de aterrizaje... Una cadena de soldados en posición de ataque tirados en la pista y listos para disparar... También nos informan de francotiradores en diferentes edificios cercanos a la pista...

Era una apretazón de gente, de periodistas, todos siguiendo al avión que iba y venía sin poder aterrizar. Y aquella masa de gente aplaudiendo, como electrizada, y los soldados del otro lado de la valla con escudos y armas largas... Aquello iba a acabar mal, se olía.

—Ya son las cinco y media de la tarde... En una conversación telefónica con TELESUR, que está cubriendo en directo la llegada de Zelaya a Honduras, el presidente depuesto ha denunciado que desde la torre de control de Toncontín ordenan la retirada del avión. De lo contrario, podría ser "interceptado" por naves de las Fuerzas Armadas.

Fue entonces que empezó el vergueo. Como a unos cincuenta metros de la entrada principal del aeropuerto, los manifestantes empujaban para saltar la valla. Los soldados arremetieron con bombas lacrimógenas, pero con balas también. Tiraron contra la gente. Tiraron a dar.

—En este momento vivimos una situación difícil... Estamos viendo cómo los soldados disparan gases contra la multitud... Aquí es un correr de periodistas porque todos estaban enfocados en la cobertura de la pista para la llegada del presidente Manuel Zelaya Rosales, pero ahora todo mundo corre hacia la cabecera norte en busca de información... Nosotros también nos dirigimos hacia allá... Estaré informando cuando tenga más datos de lo que está pasando... ¡Adelante, estudios!

En ese momento, Radio Globo informó de una persona fallecida. No sabíamos quién. Y de varios heridos de bala. El avión del presidente Manuel Zelaya sobrevoló una vez más el aeropuerto y se dirigió a El Salvador, sin ninguna posibilidad de aterrizar en Toncontín.

—Dame pase, Joksan... Amigas, amigos de Radio Progreso, continúan los gases y el atropello de los militares contra los manifestantes civiles.. Estamos viendo a los soldados disparando contra la población... Y acabamos de ver el carro en que va tirado un joven gravemente herido de bala en la cabeza... En estos momentos los manifestantes están entonando las notas del Himno Nacional, ustedes lo pueden escuchar...

Sí, yo vi el carro en que iba Isis Obed Murillo, de 19 años, rumbo al hospital. Murió en el camino. Sangre inocente. El primer muerto, el primer mártir del golpe de estado.

NO HAY CRISIS QUE DURE UNA SEMANA

Cuando pasó lo de Rommel, nos reunimos, como siempre en esos días, en el pasillo de la radio. Junto a las ventanas no, porque por ahí te podían zampar una pedrada o, quién sabe, una bomba. En fin, estábamos todos en el suelo, sentados y desinflados.

—El ambiente está perro —dice uno—. Ya mataron a un chavo en el aeropuerto. Hay un montón de heridos.
—Por mí, no —dice otra—. Pero yo tengo un chigüín y me angustia dejarlo sin madre.
—No dramatice, compañera —dice otro más—. Aquí, si nos van a fregar, comenzarán por Melo, la cabeza visible.
—No lo creás —mete la cuchara otra—. El análisis del ERIC[8] es que comenzarán jodiendo al entorno de Melo.
—¿Y quién es el entorno? —pregunta el dundo.
—¡Nosotros, caballo!

¿Para qué negarlo? Teníamos miedo, y mucho. Y más cagazón nos entró cuando Joksan mete el chisme de la señora:

—Anoche vino una señora y me dice: Miren, yo quiero mucho a Radio Progreso. Pero una amiga mía trabaja con Xiomara, la esposa de Micheletti. Y sé de buena fuente que ahora sí van a acabar con esta radio de comunistas. Que de esta semana no pasa. Yo creo que a ustedes los van a reventar con una bomba.
—Púchica —comento yo—. Pues ahora sí nos llevó la Sucia. ¿Qué hacemos? ¿Paramos la radio, cerramos?
—Tal vez no cerrar, Karla, pero sí andar buzo. Podemos poner musiquita, abrir los teléfonos, pero no sacar al aire a cualquiera. Ayer una doña quería matar al Cardenal. Y no olvidemos que esta es una radio católica.
—El problema es con las marchas. Ahí está el peligro número uno. Tal vez no salir a la calle. El que no quiere ver micos...

El miedo lo cortó Gerardo de un tajo. Se paró insolente y nos dijo a todos:

—Miren, si aquí deciden no ir a las marchas, lo siento. Yo sí voy. Porque éste es el trabajo que tenemos que hacer nosotros, acompañar a nuestra gente. Si no es ahora, ¿cuándo? Ustedes verán qué hacen, pero yo sí voy a las calles a gritar con el pueblo. ¡Y una radio popular tiene que estar ahí, donde las papas queman!

La energía de Gerardo nos contagió a todos. Nos quitó la choya. Decidimos seguir cubriendo las marchas, pero nunca ir solos, sino en pareja o en trío. Así, si a alguno lo desaparecían, el otro contaba.

—De todas maneras, colegas, no se preocupen mucho —acotó el intelectual—. En este país no hay crisis que dure más de una semana.

Pero había pasado la primera semana. Y pasó la segunda. Y la tercera. Y la protesta, en vez de aplacar, aumentaba. Muchos abuelos y abuelas se acordaban de la gran huelga, la del 54, que cambió al país. ¿Se estaría repitiendo la historia?

---

8 Equipo de Reflexión, Investigación y Comunicación de los jesuitas. Trabaja en coordinación con Radio Progreso.

SEGUNDO CAPÍTULO

LLEGAN LAS BANANERAS

Eran dos hermanas mellizas. La United Fruit Company, que aquí se cambió el nombre y se llamó Tela. Y la Standard Fruit Company, que también se lo cambió y se llamó Dole. Como buenas hermanitas se repartieron las tierras del norte hondureño para sembrar bananos. La Tela se quedó con el fértil valle de Sula y la Dole con el igualmente fértil valle del Aguán.

—¡One dollar, my friends!

Las bananeras gringas, las más poderosas del mundo, llegaron a Honduras con la reforma liberal de principios del siglo 20. No lo vas a creer, pero el gobierno de entonces les dio una concesión por 99 años sobre ese inmenso territorio virgen. El impuesto que pagaban al año por hectárea cultivada era de un dólar. Eso era lo que le quedaba a Honduras, ¡un dólar por hectárea!

¿Cómo consiguieron estas compañías extranjeras tantos miles y miles de hectáreas? Por corrupción. Sobornos al presidente, sobornos al ministro, sobornos al alcalde... Y cuando no funcionaba la untada de mano, el chantaje y la amenaza.

Siempre querían más y más tierras, grandes y chicas. Aquí hay un campo que se llama Quelequele por los lados de La Lima. Dicen que la propiedad era de un chinito.

—Véndanos sus tierras —le propuso un funcionario de la Tela.
—No quielo —respondió el chinito.

Entonces, la Tela desvió el río y el chino se quedó sin agua.

—Véndanos sus tierras —insistió la compañía.
—No quielo —se encaprichó el chinito.
—Entonces, siembre banano. Le damos las cepas y le pagaremos bien.
—¿Segulo? —el chinito desconfiaba, pero aceptó.

Cuando era tiempo de cosecha, la Tela no quiso comprar aquel banano y se pudrieron los racimos. El chino volvió a sembrar yuca, maíz y frijoles. Pero la compañía regó uno de sus venenos favoritos y toda la plantación se murió.

—Véndanos sus tierras —seguía jodiendo la compañía.
—No vendo nada... ¡y ahí que le quele esa mielda a ustedes! —se largó el chino furioso y decepcionado.

Por eso, el campo se llama Quelequele hasta el día de hoy.

UNA PRISIÓN VERDE[9]

Aquí se vivía como en los tiempos feudales. Se trabajaba de lunes a lunes. Se trabajaba hasta la hora que el capataz quisiera. Como la compañía tenía moneda propia, al trabajador le daban bonos para comprar en el comisariato que era de la misma compañía. Ese dinero sólo le servía para comprar ahí.

Cada campo tenía diez o doce barracones grandes. Ahí vivían los campeños, como les decían, con sus familias, el que tenía mujer, el que tenía hijos. Las condiciones eran pésimas, igualados todos en la miseria. Había el chapeador y había el cortero, el que cortaba la fruta. Había el juntero, el que se echaba al hombro el racimo y lo llevaba hasta el Chapulín, que era el motocarro que andaba llevando la fruta de las fincas al tren. Había otros hombres estribando los racimos de bananos en los vagones del tren. Y de ahí, a la empacadora. Y de ahí, a los muelles de Tela y Cortés, donde embarcaban para Estados Unidos y Europa.

En los campos no había escuelas, no había hospitales ni medicinas. Si te enfermabas, tenías que seguir trabajando, porque si no trabajabas no comías. Si te agarraba el paludismo, te morías temblando en el barracón. Si te picaba una barba amarilla, que esa serpiente venenosa abunda en estos lados, no había dispensario a donde llevarte ni antídoto ni nada.

Los capataces iban armados, como auténticos paramilitares, y estaban autorizados para castigar físicamente a sus trabajadores. Pegaban con la reata del caballo, con un palo o con lo que encontraran. O le soltaban dos cartuchazos a quien anduviera quejando. En estos campos no había ley ni dónde quejarse.

—Para esta noche —decía el capataz.

Si al capataz le gustaba tu mujer, se la llevaba. Si tenías una hija bonita, el capataz la mandaba a traer. Y el trabajador tenía dos caminos: enviársela y perderla, o escapar de la zona si lograba agarrar un caballo, porque aquí no había transporte y los campamentos estaban lejos de todo poblado.

¿Y los venenos contra la sigatoka? En la bananera no existía norma alguna para el uso de químicos. En Estados Unidos estaba prohibido el Nemagón desde hace años, pero la Tela y la Dole lo usaban sin asco. Antes de las avionetas, rociaban con mochila y unas mascarillas de cartón que no protegían nada. El maldito Nemagón dejó a la mayor parte de los trabajadores estériles. A muchísimos los mató de cáncer.

A mi papá, que trabajaba en la Tela, lo movieron a una finca que se llamaba Tibombo, la última del ramal de La Lima. Y cuando regresó, después de dos años, le decía a mi mamá:

—Vieja, no imaginás. Uno está ahí, sudando el día entero, y sólo ve banano, banano, banano, banano... Y no hay nada más. Doblar el lomo y cumplir la meta de producción. Eso sí es una prisión verde. Un infierno con diablos gringos.

---

9 Título de la célebre novela de Ramón Amaya Amador, adaptada para radio por Radio Progreso.

LA HUELGA GRANDE

Yo vivía en la aldea, cerca de aquí, de Progreso. Y empieza aquella protestazón. Los campeños se vinieron desde la Fragua, desde Naranjo Chino, Las Flores, Buenavista, del lado de La Lima, todos esos campos que eran de la Tela. Todititos se vinieron. En ese parque de Ramón Rosa, donde está el reloj grande, ya no cabía la gente. ¿Quién los organizó? Yo digo que ellos mismos. Porque la desesperación ya no se aguantaba.

Lo que la Tela hacía con los trabajadores era una grosería. ¿Sabe cuánto ganaba un hombre? Un lempira diez centavos diario, trabajando todo un día. Porque entraban a las seis de la mañana y salían a las seis de la tarde. Cuando había corte de fruta trabajaban todos los días de la semana. Cuando no había corte, el domingo les daban. Pero cuando había corte, nadie escapaba, todos a la chamba. Así era la vida de ellos.

El 54 fue un año decisivo para Centroamérica. En Guatemala, el presidente Jacobo Arbenz había nacionalizado miles de hectáreas de la United Fruit. De inmediato, la CIA organizó el golpe de Estado. Desde Honduras salieron los militares que derrocaron a Arbenz. Y desde las plantaciones de la Tela viajó el golpista elegido por Estados Unidos, el sanguinario Castillo Armas, también vinculado a la empresa. Pocos años después, la transnacional cedió parte de sus terrenos en Guatemala para que la CIA organizara la invasión a Cuba en 1961. Quería recuperar sus más de cien mil hectáreas nacionalizadas hacía muy poco por Fidel Castro.

Como le cuento, se reunieron todos aquí en Progreso. Pararon los trenes. No había ni motocarros ni nada. Quedaron los campos solos, los barracones vacíos. Se venían a pie hasta Progreso, hasta el parque. Ahí cocinaban las mujeres.

—Andá, llevales estas tortillas, estos frijoles cocidos —le decía yo a mi marido.

Una vez les maté una gallina, les mandaba lo que me alcanzaba. Y mucha gente de las aldeas iba a dejarles comida. Yo también iba al parque y eso era un bullicio de gentes que no se podía ni caminar.

En el parque se quedaban todos a dormir, colgaban hamacas. Antes, había unos árboles de mango y de cañafístula que echa unas vainas largas. Era bien sombroso ese parque. Ahora no, ahora botaron todo eso. Pero cuando la huelga grande, ahí pasaban los huelguistas día y noche. Es que en ese parque había un gran palón de ceibo, bien gruesísimo, y daba una sombra aquel palo que cobijaba a los protestantes. No se asoleaban. Y hasta Dios estaba con ellos porque ni un pringo de agua cayó en aquellos días. No llovió en mayo ni en junio ni en julio. Es que Dios mira la injusticia y apoya al que tiene necesidad. Así fue.

Y le cuento de las mujeres. Las mujeres fueron las que más le dieron en el ayote a la compañía. ¿Sabe cómo? Ellas llevaban los papelitos entre los diferentes campos para avisar y mantener el ánimo, y atravesaban los retenes sin mayores sospechas. Ellas, bien machas, se ponían al frente cuando iba de cachimbazos. Ahora eso no sirve, porque los chafas no respetan mujer ni güirro. Pero entonces, sí. Si la mujer estaba en primera fila se contenían un poco. Y ahí estaban ellas, sin bajarles los ojos a los capataces. Bien bravas

las mujeres de estos lados. Y además, ellas eran las que mantenían el orden en el desorden del parque. Y organizaban la comida y tranquilizaban a los hombres pleitistas. Sin las mujeres, se lo digo yo, esa huelga no se ganaba.

Ese año estaba de presidente Gálvez. Y allá fueron los jefes de la Tela, a Tegucigalpa, a hablar con el hombre. Lo conocían bien, porque había sido abogado de la compañía. Y lo presionaron fuerte y hasta acabó viniendo acá, a La Lima llegó. Y habló con los jefes, pero nada se resolvió. Porque la compañía quería que el presidente se tirara contra la gente. Pero él les dijo que no podía hacer eso. Es que todo el país estaba en rebelión.

—Arreglen —me dicen que les dijo— porque les va a agarrar la Semana Santa.

Y les agarró porque estuvieron 69 días, me acuerdo, en esa parálisis. 69 días y los trabajadores como que si tal. No se movían. No se oyó un tren en esos meses. Y la compañía perdiendo. Toda la fruta podrida.

Pero, después de tantas semanas no les quedó de otra que llegar al río de las verdades. La compañía tuvo que ceder. Tuvo que convenir. Y ese día, cuando la Tela bajó la cabeza, fue una fiesta grande en Progreso. Todavía me acuerdo de una cohetazón que tiraron y una bulla sin final. Y volvieron los trenes a moverse y a llevar la gente a los campos. Los indios le habían ganado a los cheles.

El lío comenzó con unos despidos en los muelles a fines de abril del 54. A los pocos días, los trabajadores celebraron en El Progreso el Primero de Mayo y ahí, en el parque Ramón Rosa, declararon la huelga general en todas las zonas bananeras. Y poco a poco, todo ese gential, los miles y miles que trabajaban en la empresa, con los brazos caídos.

—Ni las hojas se mueven en el imperio del banano —así decían.

La huelga cambió la vida política y social de Honduras. No fue sólo del sector agrícola, sino una rebelión popular que alcanzó a todo el país. A los trabajadores de la Tela se unieron los de la Dole, la bananera del Aguán. Y muchos obreros de otras empresas también se sumaron. En poco tiempo, el país estaba paralizado. Fueron 69 días de huelga, 69 días de terquedad de los ejecutivos de la empresa, hasta que el 9 de julio aceptaron y firmaron el primer contrato colectivo en presencia del entonces presidente Juan Manuel Gálvez. La Mamita Yunai, como le dicen en Costa Rica, tuvo que resignarse y aceptar su derrota.

Después de la huelga se inició la redacción del primer código laboral del país, que está casi tomado del pliego de peticiones de los huelguistas. Se creó el Ministerio del Trabajo, que no había. Nació el SITRATERCO, el Sindicato de Trabajadores de la Tela Railroad Company, el primero del país. Nacieron las primeras centrales obreras. Se conquistaron las ocho horas de trabajo, mejores sueldos, vacaciones, seguridad social, hospitales, escuelas. Todo eso es fruto de la huelga. Y lo más importante que se consiguió, fue terminar con la omnipotencia de la bananera, que en ese entonces estaba acostumbrada a quitar y poner presidentes, a controlar el Congreso y tener las leyes a su servicio.

—En Honduras es más barato comprar un diputado que una mula —dijo uno de los presidentes de la United Fruit, un tal Samuel Zemurray.

LA UNITED FRUIT CO.

Cuando escribas estos retazos de la historia de Honduras, me dijo un amigo catracho, no te olvidés de copiar los versos de Pablo Neruda en su Canto General. Reflejan mejor que cualquier análisis tanto abuso soportado.

Cuando sonó la trompeta, estuvo
todo preparado en la tierra,
y Jehová repartió el mundo
a Coca-Cola Inc., Anaconda,
Ford Motors y otras entidades:
la Compañía Frutera Inc.
se reservó lo mas jugoso,
la costa central de mi tierra,
la dulce cintura de América.
Bautizó de nuevo sus tierras
como Repúblicas Bananas,
y sobre los muertos dormidos,
sobre los héroes inquietos
que conquistaron la grandeza,
la libertad y las banderas,
estableció la ópera bufa:
enajenó los albedríos,
regaló coronas de César,
desenvainó la envidia, atrajo
la dictadura de las moscas,
moscas Trujillos, moscas Tachos,
moscas Carías, moscas Martínez,
moscas Ubico, moscas húmedas
de sangre humilde y mermelada,
moscas borrachas que zumban
sobre las tumbas populares,
moscas de circo, sabias moscas
entendidas en tiranía.

Entre las moscas sanguinarias
la Frutera desembarca,
arrasando el café y las frutas,
en sus barcos que deslizaron
como bandejas el tesoro
de nuestras tierras sumergidas.

Mientras tanto, por los abismos
azucarados de los puertos,
caían indios sepultados
en el vapor de la mañana:
un cuerpo rueda, una cosa
sin nombre, un número caído,
un racimo de fruta muerta
derramada en el pudridero.

¡A LEER Y ESCRIBIR POR RADIO!

—¡Una radio! —decía el padre Fisher, superior de los jesuitas en Honduras—. Lo que necesitamos es una radio para evangelizar todo este valle.

Pero HONDUTEL no quería conceder la frecuencia a los jesuitas, siempre bajo la sospecha de revoltosos. Por chiripón, una emisora amiga de Missouri estaba renovando los equipos y donó los usados para hacer una buena obra en Centroamérica.

—¿Y si compramos Radio Progreso?

Resulta que en 1956, un par de años después de la huelga grande, unos liberales habían sacado al aire una emisora pequeña en el municipio de Santa Rita, que poco después llamaron Radio Progreso.

—Compremos —decía Fisher—. El padre Pick, que es radioaficionado, puede aprender algo más y traer los equipos desde los Yunai.

—Yo me ocupo de los fierros... —dice Pick—. ¿Y quién dirige la radio?

Entonces, buscaron al padre Jerry Toole, un gringo, para dirigir la radio y armar su programación.

El 15 de noviembre del 70 salió al aire la nueva Radio Progreso, administrada por los jesuitas, con transmisores modernos, más potencia, onda corta y un estudio provisional en el Instituto San José.

—¡Ahora sí, a evangelizar se ha dicho! —se alegraba Jerry.

—El problema —le decían otros curas— es que aquí la mayoría de la población es campesina. Y esa mayoría no sabe que la “o” es redonda. Son analfabetas.

—¿Y entonces?

—Evangelizar sí, pero alfabetizar también.

La Progreso, como tantas emisoras católicas en América Latina, siguieron el ejemplo de la colombiana Radio Sutatenza y se empeñaron en alfabetizar a sus audiencias. Ese mismo año 70 inauguraron el primer curso de Escuelas Radiofónicas. Hay que reconocer que con esa educación a distancia aprendieron a leer y escribir miles de campesinas y campesinos hondureños. Es que la Progreso tenía mucha cobertura en aquel momento porque transmitía en AM, en FM y tenía también la onda corta.

—Escuelas para aprender —decía el padre Jerry—, música para entretener, y La Voz de América para informar. ¿Qué más quieren?

Fue la Naturaleza la que les enseñó a hacer una radio diferente, al servicio de la gente.

En septiembre del 74 nos cayó el huracán Fifí. Como el 17 es el Día del Maestro, pues nosotros estábamos bailando felices, de lo más tranquilones. Y comienza aquel aguacero, tú-tú-tú, y el agua que se mete, y la gente creyendo que era la lluvia...

—Dicen que el río está subiendo —avisa una de los locutoras.
—¡Son guayabas! —dice otro—. ¡A seguir moviendo el esqueleto!

Pucha, al día siguiente, amanece el río Ulúa a la altura del parque. Miles de damnificados, ahogados, gente sin nada, sin tener a donde ir. Choloma casi desaparece, en el barrio Suyapa sólo se veían los techos de las casas. Todo era agua, todo era lodo. Y la Progreso, en medio de aquel desastre, enlazando a otros medios, especialmente a los radioaficionados. Todos se conectaban a la Progreso y nosotros transmitiendo las 24 horas. La verdad es que el mundo entero conoció la tragedia de Honduras gracias a nuestra onda corta. Por eso, en reconocimiento, el gobierno nos entregó el Micfófono de Oro.

Las Escuelas Radiofónicas, muy bien. Pero no bastaba. ¿Qué iban a aprender los recién alfabetizados? ¿A contar los días con hambre, a leer las órdenes de la Tela Railroad Company? El huracán Fifí nos enseñó que había que ir más lejos. Que había que estar más cerca de la gente y de sus organizaciones. Aprendimos a hacer radio saliendo de la radio.

HACIA UNA RADIO POPULAR

En el 76, llega como director de la Progreso un jesuita carismático, José María Tojeira. Con él, otro jesuita bien chambeador, Juan Fidalgo.

—Nuestra opción es por los pobres —dijo desde el primer día el Chema Tojeira—. Y en eso no hay dónde perderse.

Era el Concilio Vaticano Segundo, con sus ventanas abiertas. Eran los documentos de Medellín y la teología de la liberación. La iglesia popular iba de la mano con la revolución popular y, naturalmente, con la radio popular. A partir de ahí, Radio Progreso comienza a vincularse con las organizaciones campesinas, con los sindicatos obreros, con los estudiantes.

En mi caso, yo entré en la radio el 77. En realidad, fui por la Progreso para grabar unas canciones revolucionarias. Ahí fue que conocí al Chema Tojeira. Éste me llevó al departamento de prensa. Y entre una conversa y otra, ya me quedé trabajando aquí.

¿Qué hicimos? Di mejor qué no hicimos. Cuanta huelga había, nosotros la cubríamos, la de la Texaco, todas. Nos metíamos en las manifestaciones, en la toma de carreteras. Estábamos en primera fila cuando las protestas de los trabajadores bananeros, agrupados ya en SITRATERCO y otras centrales. Con decirte que la radio acompañó muy de cerca la formación de la INTERSINDICAL, una alternativa a las federaciones obreras financiadas por gringolandia a través de la ORIT.

Me acuerdo cuando la lucha de los obreros del Mochito, llevando los micrófonos a las asambleas de los mineros que despotricaban contra la Rosario Mining Company, siempre hambrienta de oro y más oro. Si había una recuperación de tierras en el Bajo Aguán, si había un desalojo campesino, ahí estábamos nosotros transmitiendo desde el lugar de los

hechos. Radio Progreso se convirtió en una emisora andariega, callejera. Una emisora bien movida. Y sin pelos en la lengua.

Porque desde cabina se llevaba una línea editorial fuerte. Tojeira redactaba esos comentarios que no sólo se jugaban a favor de las organizaciones nacionales, sino también expresaban su solidaridad por lo que estaba pasando en Centroamérica. El Frente Sandinista de Nicaragua estaba en vísperas de victoria. La URNG en Guatemala enfrentaba uno de los más salvajes genocidios indígenas del continente. El FMLN en El Salvador sostenía una lucha a fusil partido en la guerra sucia llevada adelante por Estados Unidos y cuyo portaaviones era la base hondureña de Palmerola.

—Hay que tomar posición —repetía Tojeira—. Aquí no es posible ser gallo-gallina. Jesús nunca fue neutral.

En la Progreso lanzamos el programa América Libre, que yo dirigía. Un programa de comentarios políticos. Por el teletipo recibíamos la agencia de noticias cubana y transmitíamos todo lo relacionado con los movimientos revolucionarios latinoamericanos.

Por entonces, Tojeira viajó a España y regresó con un bojote de discos, de aquellos LP antiguos, para alimentar otro programa que teníamos, Música para Pensar. Se trajo a Quilapayún, a Inti-Ilimani, a Violeta Parra, la nueva trova. Y comenzamos en la radio a sonar “El pueblo unido jamás será vencido” y todas ésas marchas que en Honduras no se conocían. Teníamos tres noticieros diarios, y el espacio de Honduras Laboral, y el de SITRATERCO, El Sindicalista en el Aire, que es hoy el programa más antiguo de la radio con treinta años de vida. Como te digo, era una programación bien amasada, con sabor a pueblo.

Estábamos tan empilados**,** que se nos ocurrió participar en un concurso lanzado por Radio Habana Cuba sobre la revolución cubana. Tojeira hizo el libreto, otros pusieron las voces y la música. Bingo, nuestro reportaje fue premiado entre centenares de participantes. Y nos tocó viajar a La Habana a recibir el premio.

—¡Radio Progreso, presente!

Qué emoción en aquel Festival de la Juventud y nuestra radio premiada no sólo por la calidad de la producción radiofónica, sino por la línea política, por el mensaje claro, contundente.

Estaba la radio, pero estaban también los centros de capacitación. Claro, esas capacitaciones campesinas iban más allá de lo que el gobierno toleraba, porque se trataba de organización popular. En esos centros, el campesino dejó de ser aquel hombrecito del arado con el buey delante, y llegó a incorporarse a las luchas de recuperación de tierras. Se trataba de abrir los ojos y darnos cuenta de quiénes somos, de nuestra identidad, de nuestros derechos. Necesitamos tierras, pero las tierras las tienen acaparadas una docena de familias. Entonces, hay que recuperarlas. Los terratenientes nos acusaban de invasores. Y nosotros decíamos que las invasiones se dan de un país a otro.

—Nadie puede invadirse a sí mismo —decían los instructores de los cursos—. Esas tierras son de ustedes. ¡A desalambrar!, como canta Daniel Viglietti.

Esas palabras molestaban mucho a los terratenientes. Muchos de ellos eran extranjeros, árabes que habían llegado a Honduras el siglo pasado y que se habían hecho poderosos robando tierras y tumbando palos de caoba. La Progreso, como ya te imaginás, apoyaba y transmitía estas charlas desde los mismos centros de capacitación.

También trabajamos hacia adentro. Fijate que aquí, en la Progreso, se apoyó la formación del primer sindicato de la prensa hondureña, el SITINPRES[10] que comenzó a aglutinar a los trabajadores de las emisoras y periódicos del país. Aquí se negoció el primer contrato colectivo en la historia de los medios de comunicación de Honduras. Vino hasta el Ministro de Trabajo. Y Chema Tojeira firmando el pacto entre la Progreso y sus trabajadores, ahí, ante dos mil obreros.

La verdad es que era una radio metida, bien metida y comprometida, con los problemas de la gente, y llegó a ser el referente de las organizaciones populares. Los obreros de la Tela nos sintonizaban desde la mañanita. Los campesinos, otro tanto. Y lo que decía la Progreso era palabra de Dios para ellos.

EL PRIMER CIERRE

¿Qué ocurrió? En el 75, para variar, un golpe de Estado había puesto en la presidencia al general Melgar Castro. En el 77, otro golpe puso en la silla a una junta militar presidida por el general Policarpo Paz, alias Polo el Bolo, porque siempre andaba bien a pichinga.

Pero entre una juma y otra, llegó a sus oídos el chisme de que los jesuitas de El Progreso estaban agitando mucho. Demasiado. Eran claramente subversivos y para colmo extranjeros. Los terratenientes, los empresarios, los gringos de las bananeras, todas las ilustrísimas familias de la "alta suciedad" hondureña, estaban hasta el queque de los padrecitos comunistas.

La gota que rebasó el cumbo fue el lío de la Bemis Handal. Esta era una fábrica textil en San Pedro Sula. En marzo del 79, los trabajadores entran en huelga por lo de siempre, las malas condiciones, los pésimos salarios. Radio Progreso, fiel a su opción, fue a entrevistar a los huelguistas. Hicimos editoriales de apoyo, todo eso.

Entonces, los huelguistas se toman la fábrica y al rato ya están rodeados por militares de la temible FUSEP[11]

—Si intentan desalojarnos —advirtieron los trabajadores—, quemamos la fábrica.

Gustavo Álvarez Martínez, comandante general de la zona norte y jefe de la FUSEP, ordenó romper las mallas de protección y disparar contra los huelguistas. Tres cayeron muertos y, en medio de aquel laberinto, se desató el fuego en una bodega que contenía bidones de gasolina. En pocas horas, la fábrica se volvió cenizas.

Los dirigentes del sindicato fueron apresados y condenados a no sé cuántos años. Ellos negaron la autoría del incendio y acusaron del mismo a un infiltrado de la empresa. En la Progreso condenamos la actitud brutal de Álvarez Martínez y dijimos que era muy

10 Sindicato de Trabajadores de la Industria de la Prensa y Similares.

11 Fuerza de Seguridad Pública.

sospechoso que la Bemis Handal hubiera cobrado millones de dólares del seguro por una fábrica con maquinaria vieja.

Esto ocurrió el 6 de marzo. No había pasado una semana, cuando vienen a cerrarnos. Álvarez Martínez, responsable de una de las páginas más siniestras de la historia hondureña, dio la orden de clausurar Radio Progreso.

Llegaron los militares de la FUSEP a nuestras instalaciones el 13 de marzo.

—Está radio no puede seguir funcionando —le dijeron a Tojeira, el director—. Apaguen todo.

—¿Por qué motivo, si puede saberse? —pregunta el jesuita.

—Por subversiva. En pocos días recibirán el informe de HONDUTEL.

—¿Clausurada hasta cuándo?

—Hasta nunca. Es un cierre definitivo.

UN ATAÚD PARA LA LIBERTAD DE EXPRESIÓN

A las dos semanas, nos llega una comunicación de HONDUTEL donde se especificaban las “causales” para haber cerrado la radio. Parecía un cancionero. Parecía un chiste, una perra de las de Teofilito. De las nueve páginas del expediente, ocho eran letras de canciones copiadas y prohibidas.

El caso es que Roberto Nuñez, el gerente firmante de HONDUTEL, hablaba de “las reiteradas violaciones a las leyes de la República cometidas en las transmisiones de dicha radiodifusora”. Mencionaba segmentos de editoriales referidos al problema de las tierras donde se denunciaba una “injusticia institucionalizada en Honduras”. Y en otro comentario, donde se afirmaba que “la Seguridad Nacional es la base de la inseguridad individual”. Imagino que ese pijazo sí debe haberle reventado en el ojo al general Álvarez Martínez, ideólogo de esa doctrina en nuestro país.

Y a continuación, el informe se agarraba con el programa América Libre y con el Forjando un Pueblo donde, según ellos, invitábamos al pueblo “a una lucha armada para transformar el sistema económico y social imperante en el país”. Y la tal sedición la apoyaban en letras de canciones. Por ejemplo, un corrido de Baudilio Díaz. Otra cuyo estribillo dice:

Pobre mi pobre pueblo
mi pobre pueblo querido
igual que un recién nacido
se pasa el tiempo dormido.

Pero la canción que más les ardió es la de Horacio Guarany, “Pueblo que escucha, únete a la lucha”. Y la estrofa puntera para la prohibición, con la palabra FUSIL destacada en mayúsculas por los mismos militares fue aquella de:

Porque mi pueblo algún día
cuando la sangre reviente
habrá de salir cantando
con un FUSIL en la frente

y entonces no habrá más niños
durmiendo bajo los puentes
ni obreros ni campesinos
siempre apretando los dientes
porque mi pueblo es de machos
y nadie me lo desmiente.

Total, que las canciones fueron “el cuerpo del delito” para cerrarnos. Ya estuvo.

¿Qué hicimos? Nos atrincheramos en la radio. En parte, para resistir a la arbitrariedad. Y también porque no teníamos salario ni nada que hacer. Pero lo chistoso del asunto es que un día estábamos ahí, dándole a la sin hueso, y viene un man y nos dice:

—¡Ahí van como cuatro mil gentes protestando!
—¿Protestando por qué?
—¡Por lo de ustedes, pues!

Salimos a la calle y vemos ese montononón de progreseños, mujeres y hombres, estudiantes, maestros y gente de la iglesia, hasta las damas de la caridad, gritando a favor de Radio Progreso. Y en medio de la marcha, aquel ataúd negro, grandote, que representaba la muerte de la libertad de expresión.

Y la protesta que se dirige a las oficinas de HONDUTEL. Y cuando llegan allá, le pegan candela al ataúd.

—¡Radio Progreso es nuestra! —gritaban furiosos— ¡Devuelvan nuestra radio!

Orlando Turcios, un maestro bien pencón, coordinó la marcha y se movió mucho a favor de nosotros. A Orlando lo mataron hace pocos años en las interminables luchas por la tierra.

—Arreglemos —dice el gobierno, dicen los de HONDUTEL—. La radio puede ser reabierta si no queda en manos de esos curas jesuitas abiertamente subversivos. Cambiemos la propiedad. Los trabajadores tendrán a partir de ahora el 75% de las acciones de la emisora. Como una cooperativa. ¿Aceptan?

Tojeira nos informó de la propuesta, pero el personal de la Progreso la rechazó de plano.

—¡Eso es un chantaje, padre! —dijimos nosotros—. La jugada es tumbársela primero a ustedes, los jesuitas, y luego nos la tumban también a nosotros.

Seguía la negociación. Tojeira y el obispo de San Pedro dale que dale, explica que te explica, suavizando. Puro san venga y san vaya, y así se fueron más de dos meses en esa historia. Al fin, los militares, ante la presión popular y la presión de la Iglesia, aceptaron reabrir la radio.

—Pero con condiciones —nos advierten,
—¿Cuáles? —pregunta Tojeira, que sigue de director.
—Para comenzar, no se les renovará la frecuencia de onda corta.
—¿Por qué?
—La información nacional no hay divulgarla fuera del país. Además —continúa el militar—, se les baja la potencia de 10 mil vatios a 5 mil vatios.

—¿Por qué?

—La información regional no hay que divulgarla fuera de la región. Además —otra condición—, se acabaron las cancioncitas revolucionarias. Se cierra el programa América Libre y Música para Pensar. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —aceptó Tojeira.

A nosotros, con el sarampión de la rebeldía juvenil, nos parecían demasiadas concesiones de parte de Tojeira.

—¿No han oído que las cargas se arreglan en el camino? —nos dice con picardía—. Hoy es hoy, mañana ya veremos.

Así que, el 21 de mayo de aquel 79 salimos nuevamente al aire. Fue una etapa difícil, de reacomodo, de medir pasos. Comenzamos con una programación bien descafeinada. Pero luego, volvimos a las andadas.

CON MÁS ASTUCIA QUE MIEDO

La década de los 80 fue una etapa bien jodida. Aunque Honduras regresó al "orden constitucional", estos años fueron los de mayor persecución política, de asesinatos, tortura y desaparecidos. El carnicero Álvarez Martínez, Jefe del Estado Mayor Conjunto de las Fuerzas Armadas, hacía de las suyas. Era el hombre fuerte de los gringos y el más poderoso de Honduras.[12]

En la radio, a las amenazas de los militares se nos sumaban las dificultades económicas. Los anunciantes, a raíz del cierre, nos habían hecho un boicot comercial y no pautaban nada en la Progreso. A pesar de los pesares, nosotros manteníamos una relación estrecha con los sindicatos y los campesinos. Siempre ha sido nuestra opción.

Te cuento una pasada para que veás lo metida que seguía la radio con las organizaciones, con el movimiento popular. En Honduras, como en otros países de Centroamérica, también surgieron grupos guerrilleros. Estaban los Lenchos, estaba el Frente Morazanista, y el más conocido, el Movimiento Popular de Liberación Cinchoneros. Nosotros no teníamos nada que ver con ellos, pero ellos conocían de sobra a Radio Progreso. Nos habían visto retransmitiendo las huelgas, las tomas de tierras, las marchas.

Pues resulta que un par de años después del cierre, los Cinchoneros asaltaron la Cámara de Comercio e Industria en San Pedro Sula. Era una reunión de empresarios. En eso, entra el comando, todos al suelo, así los queríamos agarrar, ¡patria o muerte! Tremendo clavo fue aquel. Y nosotros, en la radio, craneando qué hacer.

—¿Damos o no esa noticia? —me pregunta Tojeira—. ¿Intentamos llamar a la Cámara?

Conseguimos el teléfono de la Cámara y, de aventados, marcamos el número. Y nos entra la llamada.

---

12 Diez años más tarde, el 25 de enero del 89, los Cinchoneros emboscaron al general Álvarez Martínez en una calle de Tegucigalpa y le dieron muerte. Un testigo presencial cuenta que este carnicero, al recibir los primeros impactos, se arrodilló ante los que disparaban suplicando perdón.

—No des tu nombre —me susurra Tojeira—, ponete otro nombre.

—Aló... Buenas —yo al aparato—. Miren, hablamos de Radio Progreso... ¿Alguien podría informarnos sobre lo que está ocurriendo ahí?

—Un momento —me dice el que contestó—, ya le paso al comandante que dirige el operativo.

—Mire —digo yo después de la pausa—, aquí hablamos de Radio Progreso...

—Muy bien —responde el jefe guerrillero—. ¿Y quién habla ahí?

—Aquí habla José Martínez —digo yo, cambiándome el nombre.

—¿Cuál José?... ¿Cómo estás, Osvaldo? —no sirvió el truco, nos conocían la voz a todos los locutores de la Progreso—. Un placer saludarte, compa. Bueno, vos sabés cómo es esta papada. Aquí tenemos a más de cien rehenes, algunos son peces gordos... —y me da información de primera mano, la que no habían podido conseguir los periodistas que ya a esa hora se agolpaban a las afueras de la Cámara—. ¡Hasta la victoria siempre, Osvaldo!

Nos conocían de sobra. Y también los gringos nos ubicaban perfectamente. Fijate lo que nos pasó con ellos. Resulta que por este sector de Yoro tenían mucho trabajo guerrillero estos Cinchoneros. Y por aquí también estaba una fuerza de contrainsurgencia norteamericana que se llamaba los Ahuas Tara. Estaban “limpiando” la zona, como dicen ellos, y tratando de ganarse la voluntad de los pobladores a cambio de sus limosnitas.

En ésas estábamos, cuando nos soplan que en la embajada gringa han decidido “acercarse” a Radio Progreso porque es la radio que les está haciendo daño en este sector. Nos querían tantear**,** naturalmente. El caso es que a Neftalí Orellana y a mí nos llega una invitación.

—Vayan a ver qué quieren ésos— nos dice Fidel Sancho, el nuevo director de la radio, que entró a la salida de Tojeira.

Ahí nos presentamos el Neftalí y yo. Y nos montan en un helicóptero para que desde arriba podamos ver los locales donde los cuerpos de paz están vacunando a la gente, y las escuelitas que están levantando, y la harina que están repartiendo...

—Miren, muchachos, lo que estamos haciendo por el pueblo pobre, oh yes.

Adoctrinamiento puro y dundo. Incluso nos regalaron un transmisor nuevito, obsequio de la embajada norteamericana.

—Para que vean —nos decía el chele gringo— que podemos trabajar juntos.

Cuando llegaba el 4 de julio, nos caía la llamada de la agregada de prensa de la USIS, invitándonos a la fiesta. Nosotros íbamos para conocer de cerca las entrañas del monstruo, como diría Martí. Pero nunca vendimos el alma de la radio, nunca. Hondureños pero no pendejos, ¿verdad?

CHEPE Y LOS TACAMICHES

Cambiaron los gobiernos en Honduras, cambiaron también las organizaciones populares. En los 90, ya había pasado el tiempo duro de la represión, pero había mucho miedo en el

ambiente. En estos años, todo se debilitó en Honduras, menos las maquilas, las maras y el narcotráfico que surgieron cada vez con más fuerza. Tampoco la programación de la Progreso estaba en su mejor momento. Mucha música ranchera, algunos noticieros sin gran incidencia, algunos programas religiosos de corte tradicional. Fueron años bajos.

En el 94, nombran director de la radio a un cura de corazón grande, José Owens, más conocido como Chepe. Casi recién nombrado, estalla el conflicto en Tacamiche. Y tanto Chepe, como Ricardo Falla, su superior jesuita y director del ERIC, meten a la radio de cabeza en este lío.

El molote fue así. Resulta que a mitad del 94, la Tela —siempre jodiendo la Tela— comienza a cerrar fincas diciendo que ha tenido pérdidas con las inundaciones. Tacamiche era un campo de la Tela, entre La Lima y El Progreso, sembrado de punta a punta con banano. La Tela quería deshacerse de esta finca y venderla a empresarios nacionales.

—Ya no hay trabajo —sentenció la Tela—. Así que, lárguense.
—Así que no nos vamos —retaron los trabajadores—. De aquí nos sacan muertos.

Los tacamiches eran como 300 gentes. Y comienza aquella resistencia. Nosotros, los de la radio, apoyando desde el primer día. Llegaba la policía y llegábamos nosotros con los micrófonos de la Progreso. Los soldados lanzando gases y volando plomo, y nosotros informando. Los tacamiches se defendían con hondas, con piedras, y nosotros comparando aquello con la batalla de David contra Goliat. Algunos campesinos fueron heridos cuando se acostaron delante de los tractores que venían a destruir los cultivos. Era un enfrentamiento campal. Y la radio estaba dentro. Transmitíamos desde ahí, muchas veces dormíamos con ellos. Acompañando, pues.

Un diario conservador de Tegus escribió a grandes titulares:

¡VUELVEN LOS CURAS AGITADORES!

Se referían a Chepe Owens, a Ricardo Falla, a los jesuitas.

—A nosotros nos agita la lucha, la fe y la esperanza de este pueblo —habló Falla, me acuerdo, en una asamblea con los tacamiches.

Meses y meses y la lucha seguía. Un día, nos meten un batallón entero y un contingente de la policía con helicópteros artillados. Desde arriba disparando balas de goma. En medio del tiroteo, nos logramos refugiar en una iglesia evangélica. Entran, entonces, las máquinas de la Compañía arrasando con las casas, con todo dentro, no dejaron que la gente sacara sus maritates. Y la radio contando, en vivo y en directo, aquel atropello.

El conflicto de Tacamiche se internacionalizó. Me acuerdo que recibimos un mensaje del Sub Marcos, de la guerrilla zapatista, solidarizándose. Vinieron reporteros franceses, italianos, de todas partes. Y la Compañía perdiendo pisto. ¡Una comunidad de 300 campesinos le hizo bajar el valor de sus acciones en el mercado internacional!

—Tené cuidado que aquí no hay sapo que dé tres brincos —me amenazaban, nos amenazaban a los de la radio.

Por fin, la Tela y el gobierno de Carlos Reina tuvieron que ceder y reubicar en tierra propia y en casas dignas a los rebeldes tacamiches. Andate a visitarlos. Es lo que hoy se conoce como el Nuevo Tacamiche.

DE HURACÁN EN HURACÁN

Nos habían dicho que era huracán grado cinco. Lo veíamos en la televisión como una mancha roja sobre el azul del mar. Cada día que pasaba se acercaba más a Honduras. Y nos avisaban, con temblazón, que iba a ser peor que el Fifí.

—Dios proveerá —decían los más religiosos.
—Tal vez pase de largo —decían los menos religiosos.

Era el 26 de octubre del 98, yo estaba ya trabajando en la Progreso. Y nos informan que el huracán había golpeado a Guanaja, una pequeña isla de la Bahía. ¿Seguirá hacia Belice? Pero, de porrazo, se lanzó sobre la costa garífuna, cerca de Trujillo.

En El Progreso, el diluvio comenzó el 28. Comenzó a subir el río Ulúa. Había gente sin radio que ni se había enterado del peligro y no querían salir de sus casas. Como cada año les sube el agua hasta debajo del colchón, no estaban muy espantados. Además, ¿a dónde escapar? ¿Al bordo de la carretera?

Fue un desastre. Gente enterrada bajo las avalanchas de lodo. Aquel viento perro, aquella animala sin control que levantaba techos, tumbaba casas, botaba árboles y doblaba las milpas. Era un torbellino de aire caliente que dejaba amarillos los cerros, como quemados.

Palos, piedras, casas enteras arrastradas por el río. En Urraco, un área bananera, mucha gente encaramada en las copas de los árboles durante días haciendo señas a los helicópteros que pasaban sacando muertos y medio muertos. Y el peligro que no se ve, el de las barbas amarillas. Porque las serpientes se trepaban en los mismos árboles que la gente.

La Progreso transmitió las 24 horas desde las comunidades inundadas, toda la semana del huracán. Nosotros, locutores y locutoras, durmiendo aquí en la emisora, por turnos, informando minuto a minuto. La radio sirvió de enlace con la autoridades.

—Escuchen Radio Progreso —decían desde la Municipalidad—, cualquier demanda háganla por teléfono por la Progreso. Nosotros vamos a monitorear esa radio y de acuerdo a eso vamos a canalizar la ayuda.

Entonces, la gente llamando y llamando.

—Estamos en esta finca, necesitamos ayuda, necesitamos sacos.

Te caían las llamadas a las tres de la madrugada:

—¡Se nos está metiendo el agua! —y decían el lugar de la desgracia.
—¡Aquí estamos subidos en un palo! —y juntamente con el ERIC organizábamos la distribución de ayuda, de alimentos.

El ERIC se jugó entero esa vez. Nosotros apoyando con la información, dando seguimiento a los refugiados en albergues, orientando sobre cómo regresar a sus comunidades. Y con denuncias también, porque no faltó el politiquero que quería pescar a río revuelto.

El Mitch partió al país en dos, como de un machetazo. Pegó en Tegucigalpa, en Choluteca, hasta salir por la frontera guanaca. La capital quedó desbaratada. El río dejó en la mitad una enorme laguna apestosa que duró semanas y semanas en desaguar.

¿Cuántos muertos? Primero dijeron que mil, luego eran tres mil, cinco mil... Más de siete mil fueron. Y otros tantos desaparecidos. Y un millón y medio de damnificados. El país incomunicado porque todos los puentes, grandes y pequeños, se vinieron abajo. Una catástrofe.

Creo que Radio Progreso estuvo a la altura del desastre. Y por segunda vez, como cuando el huracán Fifí, recibimos el Micrófono de Oro.

¡ALEGRÍA FM!

Tan metidos en las luchas populares andábamos y con tantos huracanes encima, que se nos olvidó descubrir cómo se hace el arroz con leche. Porque los huelguistas, las trabajadoras de las maquilas y los damnificados nos escuchaban. Pero la juventud no.

—Hay que parar el carro y pensar —dijo un locutor ya mayorcito—. Sin juventud no tenés futuro.
—Sin juventud no tenés presente —lo corrigió Omar Serrano, el nuevo director, que asumió después de Chepe Owens.

Radio Progreso tenía una frecuencia FM, pero desperdiciada. Pasaba la misma programación que la AM. Luego, pensaron en sacar pisto con ella pasando música instrumental. Estaba cabal, mejoró los ingresos, pero... Luego, inventaron programas “para” los jóvenes, pero no “con” los jóvenes ni “desde” sus inquietudes. También estaban cabales, pero...

Fue con Omar que despegó con fuerza Alegría FM, una señal juvenil hecha por jóvenes. Y en poco tiempo cosechó tanto éxito que ya en el 2002 ocupaba el primer lugar de audiencia entre la juventud de El Progreso. La oían los jóvenes, ellas y ellos, y la oían también los viejitos, les gustaba. Es que la FM tiene una mejor calidad de sonido.

—Pucha, ahora estamos perdiendo a los oyentes de la AM... ¡Nadie la oye, ni nosotros!
—Cámbienle el nombre —se reía un maje—, “Retroceso” en vez de “Progreso”.

Evaluamos. Reflexionamos. ¿Quién fue el torcido que mandó a separar tanto las audiencias, una radio para jóvenes y otra para adultos, una para la ciudad y otra para el campo? ¿Y no es que hoy en día, con las nuevas tecnologías, todo se mezcla en un mismo guacal? ¿No hablan de la multimedialidad y todo ese rollo?

—¿Y qué propones? —presionaron a Omar.
—Podar el árbol. Relanzar la radio, toda su programación, desde la raíz. Tengamos

una sola señal, pero tan dinámica como la Alegría y tan comprometida como la Progreso.

Y lo lograron. Renovaron la programación de la Progreso con el personal joven de la Alegría FM. Inventaron programas de humor crítico. Lanzaron radiorevistas con recursos dramatizados. Modernizaron los noticieros. Migraron de equipos analógicos a digitales. Tuvieron acceso al satélite y se posicionaron en internet. Lanzaron la señal desde la cordillera del Merendón bañando doce departamentos del país. ¡Hasta el logo y el eslogan cambiaron!

—¡Ya pronto celebraremos bodas de oro! —dijo el padre Ismael Moreno, más conocido como Melo, nuevo director progreseño, que tomó el relevo de Omar.

En 2006, la renovada Radio Progreso celebró sus 50 años de transmisiones. 50 años de estar acompañando al pueblo en las duras y en las maduras. Celebramos un festival a toda verga con música de protesta. Invitamos a los Guaraguao de Venezuela y aquí vinieron. Cantaron “Las casas de cartón” y “No basta rezar”. Y estrenaron una que no habíamos escuchado antes, “Traidores”.

Traidores
que andan de rodillas por dinero
vendepatrias, viles traicioneros
lacayos rastreros del gran invasor

Traidores
porque al pueblo siempre lo engañaron
lo burlaron y discriminaron
y lo asesinaron en calles y prisiones

Y lo son
porque anhelan con toda su alma
ver la bota imperial con sus armas
pisándole el alma a nuestra nación

Y son
sinvergüenzas, malinches, confesos
han perdido el honor y por eso
venden por un peso nuestra dignidad

No sabían los Guaraguao que estaban profetizando el desastre que ya se avecinaba.

LA HUELGA DE LOS FISCALES

Yo participaba en la Coordinadora Nacional de Resistencia Popular, que se formó para luchar contra la privatización del agua potable, por la defensa de los bosques, contra la base de Palmerola, todo eso. Un día estamos reunidos y se aparecen cuatro muchachos. No eran muchachos, sino fiscales jóvenes que querían hablarnos de la corrupción existente dentro de la Fiscalía.

—¿Y estos sobrados qué querrán de nosotros? —dijimos al verlos con tantas corbatas—. Nuestra Coordinadora se ocupa de lo popular.

Pues resulta que un 8 de abril del 2008 sale la noticia de que cuatro funcionarios del Ministerio Público han iniciado una huelga de hambre en los bajos del Congreso Nacional.

—¡Si éstos fueron los cuatro jodidos que vinieron a hablarnos! —digo yo cuando veo la fotos de ellos en la prensa.

Y lo que me llamó la atención es que no hacían la huelga por salarios ni escalafones. Pedían desengavetar unos expedientes que implicaban a altos funcionarios del Estado hondureño, los “intocables”, en hechos de corrupción y que habían quedado en total impunidad.

Yo estaba en un taller de formación con un grupo de promotores del ERIC.

—Hoy los fiscales cumplen seis días de huelga —les digo—. Nosotros aquí hablando paja sobre la realidad nacional... ¡y la realidad está en los bajos del Congreso!

—Pues vamos con ellos —dicen Víctor y Saúl, dos de los participantes—. Si no es ahora, ¿cuándo?

Ellos dos se unieron a la huelga. Y luego dos más. Nosotros destacamos a Gerardo, de la radio, para cubrir las noticias desde Tegus.

Pasaban los días y ahí seguían los fiscales sin pedir cacao. El gobierno no daba ni un dedo a torcer. Entonces, fuimos una delegación de Progreso a visitarlos.

—¿En qué podemos ayudarles? —les pregunto a los cuatro hambrientos tirados en sus colchones, con quince días de huelga encima.

—Escuche, padre —me responde Jari, uno de los cuatro, vicepresidente de la Asociación de Fiscales contra la Corrupción—, consiga que más gente se una. Aquí vienen muchos y nos dan una palmadita. Pero luego, cuando cae la noche, parecemos almas en pena en medio de estas columnas.

—El próximo martes vuelvo aquí con mil personas.

Y no te miento, llenamos diez buses y vinimos desde San Pedro a acompañarlos.

—Agradecemos, pero cuando se vayan estos mil nos quedamos íngrimos.

—Pasado mañana me sumo a la huelga con ustedes —digo yo, sin pensarlo dos veces ni pedir permiso a nadie, ni siquiera a mi superior jesuita.

Regresé a Progreso y me reuní con el equipo de la radio.

—¿Me autorizan? —les pregunto.

—Un momento, padre Melo —me enfrenta Karla—. Usted va a la huelga, sí. Pero va en nombre de todos nosotros, en nombre de Radio Progreso y en nombre del ERIC.

Era el 24 de abril. Agarré una Biblia, mi colchoneta, y me fui a los bajos del Congreso. Iba con una magistrada de San Pedro y con una feminista de Tegus, que se sumaron a la huelga.

—¿Usted también, padre? —me dice con sorpresa un capitalino.

—Si Jesús ayunó cuarenta días —le respondo algo creído—, ¿por qué yo no puedo ayunar cuatro?

Soy sincero. Yo estaba convencido que en dos o tres días terminaba aquello. Nunca imaginé que iba a pasar 22 días tirado en la colchoneta a punta de agua y seis cucharadas de miel al día.

¿Y Micheletti, entonces Presidente del Congreso? Terco, como siempre. Amenazando, como siempre. Y bruto. Fijate lo que pasó. El 6 o el 7 de mayo (no me acuerdo por el hambre que tenía) hubo una marcha aquí en Progreso en apoyo a los huelguistas. A Micheletti lo estaban entrevistando en un programa de televisión.

—No se puede negociar nada con comunistas —afirmaba Micheletti, que es progreseño.

En medio del programa suena su celular, él contesta, y al tiro le suelta al entrevistador:

—Fíjese usted, en este mismo momento hay un grupo de vándalos, dirigidos por el padre Melo, que están allá en Progreso pasando frente a mi casa, insultado a mi esposa y a mi familia.

¡Y yo estaba muriéndome de hambre en el Congreso, soñando con chicharrones y viendo las babosadas de aquel bandido a 250 kilómetros!

La huelga duró 38 interminables días. Y a esa huelga se fueron sumando decenas y decenas de personas en los bajos del Congreso y a lo largo de todo el país. Yo digo que fue uno de los acontecimientos más dignos que ha tenido la historia de Honduras.

A mí lo que más me marcó de la huelga no fue la solidaridad recibida. ¿Sabés qué? Que experimenté en carne propia, en hambre propia, la dureza de corazón de los que gobiernan este país y de los empresarios hondureños. No hay sentimiento que les mueva a no ser su dinero y siempre su dinero y los cálculos políticos para ganar más dinero.

En treinta años de su llamada democracia de votos, han logrado concentrar tanta riqueza que cualquier cosa que vos te imaginés en este momento está movida por los hilos de estos poquititos empresarios. Desde la llamada que hacés hasta el churro que te zampás, desde la cuenta de banco que abrís o la leche que tomás, o el huevo que freís y hasta el aceite con que lo freís, o la pastilla que comprás para sacarte la juma de ayer, todo, todo, todo está manejado por ellos. Y si les tocás algo, aunque sea con el pétalo de un reclamo, te hacen cualquier cosa. Cualquier cagadal.

¿Qué se logró con la huelga? Bueno, el Congreso se comprometió a investigar la corrupción en la Fiscalía. Pero perro no come perro, así que todo quedó bien tapado hasta el sol de hoy.

Lo que sí se logró fue un derroche de dignidad, una tremenda demostración de fuerza del pueblo. Y justamente por esa movilización ciudadana tan inesperada, los políticos y los empresarios se sintieron amenazados.

A Micheletti la huelga lo endureció más, lo confrontó más con Zelaya y, sobre todo, lo convenció de que había que hacer algo para detener a los “comunistas”. El Legislativo y el Judicial formaron un solo racimo contra el Presidente. Los empresarios, por supuesto, no se quedaron fuera. Y los gringos se unieron a la confabulación. Ya sabes, Dios los cría y el diablo los amontona.

Yo digo que ahí comenzó a cocinarse el golpe de Estado del 28 de junio.

CAPÍTULO TERCERO

ESTRÉS Y ES CUATRO

Y vino el golpe del 28 de junio y todo lo que ya te contamos. Nos cierran la radio, la abrimos al día siguiente. Nos dicen que esto es llamarada de tusa, que el hondureño afloja rápido, que esto no dura. Pero las marchas seguían y cada vez con más multitud.

—Está bien —dijimos en una de tantas reuniones en el pasillo de la radio, todos en el suelo—, seguimos abriendo el teléfono, pateando calles y acompañando marchas. De acuerdo. Pero, ¿qué otra programación vamos a hacer? ¿Hablar, denunciar, informar solamente?

—¿Y qué otra cosa podemos hacer? —dijo uno, creyéndose bachiller.

—Lo que otros medios no hacen, analizar. Dar elementos para comprender el clavo en el que estamos metidos. Podemos hacer entrevistas de profundidad para que la gente entienda.

—No tan profundas que se ahoguen —dijo una sensata.

Nos hicimos una lista de posibles entrevistados y entrevistadas para analizar lo que estaba pasando en el país. Y arrancamos. A veces, en un día, hacíamos diez entrevistas de peso, full análisis. A veces, con el entrevistado en cabina. O lo conseguíamos por skype o por teléfono.

Hicimos entrevistas tan buenas que nos llamaban para que las repitiéramos hasta tres y cuatro veces en el día. Recuerdo la entrevista con Ramón Barrios, la de Leticia Salomón... Una voluntaria religiosa española, Mercedes Arbesú, era especial para preguntar y repreguntar y sacar jugo de cualquier naranja.

Eran entrevistas tan didácticas que los maestros venían a la radio y se llevaban copias y se las ponían a los padres y madres de familia en los colegios. Y también las subimos a la web y otras emisoras pequeñas se las descargaban desde ahí y las ponían en sus mejores horarios. A veces, teníamos tres mil visitas diarias en la página, que no es poco para nosotros.

Con lo del golpe, nos metimos de cabeza en las redes sociales. Teníamos el boletín electrónico y también habilitamos un chat y la gente opinaba lo que le viniera al labio.

—¡Ese Mel es un cagado! —escribía un camisa blanca—. ¡El golpe es el mal menor!

—¡Tu Goriletti ya no puede ni con el cacho de mear! —insultaba uno de la Resistencia.

—Par de pajeros —se entrometía la “neutra”—. Mel y Micheletti son zorros del

mismo piñal.

A través de las redes también nos informaban:

—¡Atención, Radio Progreso, anuncien que va un contingente militar para tal lugar!
—¡Arrestaron a fulano en la manifestación de San Pedro!

Y entraban llamadas criticando:

—¿Qué les pasa? Ustedes, antes del golpe, le volaban riata a Zelaya. Y ahora están con él.

—No, compañero. No estamos ni con ni contra Zelaya. No hay que personalizar la lucha. Como medio de comunicación, nos debemos a la gente pobre. Y en un desvergue como éste, peleamos para que se restituya el orden constitucional. De lo contrario, es el pueblo el que va a seguir poniendo los muertos.

Tiempo ni de parpadear. Análisis y entrevistas en cabina, llamadas de la gente, una tras otra, reportes desde la calle, música protesta, mensajes por el celular, algunos amenazantes. Y eso, de lunes a lunes. Y comenzaron a llegar noticias de un periodista asesinado aquí y otro allá. Pucha, uno se estresaba.

—¿Escuchaste? —le decía yo a mi mujer—. ¿Que fue ese ruido?

Sonaba una lata en el patio de tu casa y pensabas: “ya vienen por nosotros”. Golpeaban fuerte en el portón de la emisora y te tembelequeaba hasta la rafaila. Es que fueron semanas y semanas así, sin descanso. Estrés y es cuatro.

DEL PARAÍSO AL INFIERNO

El 23 de julio yo estaba cubriendo en Tegucigalpa. Y ese día el Zelaya está anunciando que llega al día siguiente, que se va a meter por la frontera de Las Manos, desde territorio de Nicaragua. Eso queda en El Paraíso, por el oriente.

Como en Tegus están en plena marcha, dicen los dirigentes:

—Váyanse a sus casas, alístense, que mañana temprano partimos para El Paraíso. ¡El hombre está llegando!

Yo estaba con Víctor Díaz, del ERIC, que me acompañaba. Llamo a Progreso:

—¿Me quedo en la capital o voy a Paraíso?
—Quedate, Peraza, porque Félix Molina va a cubrir lo del Paraíso.

Pero al día siguiente me llaman para decir que el Félix está enfermo, que no puede ir.

—¡Híjole!... Bueno, no hay problema, nos movemos nosotros.

Le digo a Víctor:

—Salgamos como cuete a El Paraíso.

—¿Así como estamos?

—No hace falta llevar ropa porque si Zelaya entra hoy por la frontera, llega también hoy a Tegucigalpa. ¡Pá luego es tarde, andate!

Y así nos fuimos con Víctor, como el que va a la esquina a comprar el periódico. Agarramos un bus. Hasta El Paraíso uno hace el viaje en dos horas. Pero como habían montado retenes y más retenes... Si pasabas este retén te bajaban en el otro. Nosotros íbamos en un busito de ruta normal. En un retén nos paran, nos piden documentos, nos bajan, nos esculcan. Por joder.

Al fin, después de tantos retenes, llegamos a Danlí. Estamos a 30 minutos de la frontera. Y tomamos un taxi para ir allá. Pucha, llegamos y vemos ese gentillal reunido para recibir a Zelaya. Levantabas la vista a los cerros, y ríos de gente llegando a pie, chuña. Porque la policía ya no dejaba entrar buses.

Yo saco el micrófono, me conecto con la Progreso, y a reportear lo que veíamos. Yo cubría y Víctor me pasaba datos. Yo entrevistaba a los manifestantes y también a los policías, cuando querían hablar. Estoy emocionado transmitiendo y me cae un mensajito al celular:

—Pablo —que es mi segundo nombre— la casa de tu mamá está rodeada de militares. Van a acabar con toda tu familia por estar metido en esa subversión y hablando de golpe de Estado.

Puta, me desinflé. Llamo a Melo y le ruego que se dé una vuelta por donde mi mamá a ver qué está pasando. Y sigo transmitiendo, pero con aquel nudo en la garganta.

Y ahí comienza el show de Zelaya, que pone un pie en Honduras y luego lo saca. Irresponsable, la verdad. Aquello parecía un juego de güirros. Porque él llamó a la población que fuera a traerlo. Toda esa gente se estaba arriesgando por él. Habían caminado kilómetros y más kilómetros por él. Represión, líderes asesinados, mujeres violadas... Y Zelaya, al final, dice que no, que va a buscar otra manera para entrar. Y se va a Ocotal, del lado nica.

La gente, ya de noche, se quedó a dormir en la carretera, en un descampado, donde fuera.

—Víctor —le digo a mi compañero— tenemos que buscar un lugar para descansar porque no hemos traído ni ropa, ni siquiera una una gorra para la cabeza.

Pero los hoteles llenos. Todo repleto. ¿Y ahora? Estamos comprando fresco y pan cuando nos caen las patrullas.

—¡Registro, registro! —ya están rastrillando los fusiles—. ¿Qué andan haciendo los dos ustedes aquí?

—Comprando pan...

—¡Alto! —me dice uno de los chepos—. ¿Acaso no saben que estamos en toque de queda, pendejos? No pueden moverse.

—Somos periodistas —les mostramos grabadoras, carnet y todo.

—¡Tienen leche! —dice uno de los chepos—. Les damos una oportunidad. Pero si los volvemos a ver, van al bote. Desaparezcan.

Se van ellos y nosotros nos vamos mas rápido que perro apaleado. ¿Dónde nos metemos? Por chiripa, encontramos un amigo de Progreso que nos alojó en su casa.

Al día siguiente, ampliaron el toque de queda a 24 horas. Que nadie se mueva en todo el día. Y eso fue un día y otro y dos más y otros dos... Imposible. La gente tenía que vivir. En realidad, el toque era para los que habíamos venido de fuera, que no éramos de El Paraíso. Pero el cachimbo de seguidores de Mel Zelaya seguía ahí protestando, gritando, les valía verga la prohibición. Y la policía y los militares, para variar, toleteando, reprimiendo.

Al día siguiente, aparece un muerto en un solar baldío. Voy a cubrir la noticia, llego al lugar, y veo el cadáver con no sé cuántas puñaladas, perforado completamente. Después supimos que se llamaba Pedro Magdiel, que tenía 25 años y había venido de Tegus, que la policía lo capturó el día anterior en medio del macaneo. ¿Quiénes más que ellos lo mataron?

—Quieren aterrorizar —decía una señora junto al muerto—. Por eso, matan a éste o a cualquiera. Para que todos aflojemos.

Hubo otro caso muy triste, el de Florinda López. Unos policías la violaron. Escucha cómo ella lo cuenta:

—Yo andaba en las marchas y me alejé un poquito del grupo para poder orinar, como a las seis de la tarde. Allí me agarraron los policías, parece que me andaban siguiendo o tal vez es que yo estaba sola, no sé. Y me montaron a una patrulla. Eran cuatro y no les pude ver la cara porque iban encapuchados. Como yo no soy de Paraíso, no sé dónde me llevaron, pero era un monte. Allí me violaron dos de ellos, uno cuidaba la patrulla y el otro estaba vigilando, el que estaba vigilando me metió el tolete en la vagina y me decía si eso era lo que me gustaba, si era la puta de Mel, que eso era lo que les esperaba a las mujeres que andaban en esas cosas. Lloré todo el tiempo y les decía que no me hicieran eso, pero no me hicieron caso, me ponían la pistola en la frente cuando me violaron y después me dejaron allí. Yo no quiero poner denuncia en los Juzgados porque son los mismos, no les tengo confianza y me cuesta hablar de eso.

Al toque de queda se sumó el bloqueo de alimentos. Miles de personas se encontraron atrapadas en un cerco militar sin poder conseguir una tortilla ni un poco de agua. Y había que resistir unas cuantas noches más al descampado hasta que dejaran regresar.

Por cadena nacional extendieron una vez más el toque de queda en El Paraíso y en cuatro municipios de Choluteca. O sea, el oriente de Honduras se convirtió en una cárcel gigante para los hondureños. ¿El pretexto? Evitar que Mel Zelaya haga efectivo su llamado a "una insurrección". El Paraíso se volvió un infierno.

Y nosotros, sin poder regresar y sin ropa para cambiarnos. La misma camisa, el mismo pantalón y el mismo calzoncillo. Habían pasado ocho días y ya la gente ni se nos acercaba para una entrevista.

—Demasiada jediondez, hermano —me dice Víctor.

Cuando, por fin, regresamos a Progreso, voy al tiro a casa de mi mamá.

—¿Pasó algo? —le digo, nervioso—. Es que recibí un mensaje y...

—No pasó nada —me dice mi mama linda—. Pero si no te bañás pronto, sí que va a pasar.

A MECATE CORTO

Del segundo piso de la Progreso salían al aire los reportes callejeros, las canciones revolucionarias, las llamadas telefónicas denunciando la represión. Pero en el primer piso, donde nadie sabía, estábamos aquel barullo de gente recibiendo noticias, entrando y saliendo, redactando en computadoras, en papeles, en lo que fuera.

Aquello parecía una colmena alborotada. El equipo del ERIC se había mudado a la radio para fortalecer el equipo informativo. Nunca fuimos tan multimediales. Los radialistas redactando para prensa escrita y los de prensa escrita redactando para la web y los de la web locutando. Había que dar a conocer lo que estaba ocurriendo en Honduras por todos los canales posibles.

—¿Se enteraron de lo que dijo el canciller? —llegaba Rita, sofocada, trayendo la primicia.

—¿Y qué dijo ahora ese penco? —preguntábamos a coro.

—Que a El Salvador no hay que hacerle mucho caso porque es un país tan chiquito que cuando allá juegan fútbol la pelota se sale para Honduras.

El flamante canciller Enrique Ortez Colindres fue el cantinflas hondureño. No habían pasado dos semanas del golpe, cuando se refirió al presidente Obama como “ese negrito del batey que no sabe nada de nada”. Con un mínimo de vergüenza ajena, Micheletti lo reemplazó por Carlos López Contreras.

Otra lengua de trapo. El tal Contreras convocó a una conferencia de prensa en la Cancillería. Para demostrar su amplia cultura delante de la prensa internacional, comenzó hablando en inglés.

—¿Jaguar yu, mai frends? —macheteaba las palabras como buen vendepatria y después, por increíble que parezca, él mismo se traducía al español.

Y nosotros, en el primer piso de la radio, clandestinos, elaborando a todo vapor las que llamamos “cápsulas informativas”, un servicio de “A Mecate Corto”.[13]

Eran boletines de prensa tres veces por día que subíamos a la web de Radio Progreso y el ERIC, y que despachábamos por correo electrónico a larguísimas listas con esta coletilla:

> “A través de este medio queremos informar al mundo lo que está pasando en nuestro país. Les agradeceremos que lo reenvíen a todos sus contactos ya que muchos medios no están transmitiendo lo que ocurre en las calles de Honduras.”

También los imprimíamos y los llevábamos al parque de El Progreso, junto a la radio, que

13 A Mecate Corto es una publicación mensual de los Jesuitas al servicio del pueblo hondureño. Cuenta ya con más de 160 números y es dirigida por Rita Suyapa Santamaría.

para entonces se había convertido en una escuela de formación política sin paredes.

LOS NOTINADA

—Hay que inventar algo más —repetía Melo, el director—. Los análisis y las cápsulas informativas y las coberturas en la calle están muy bien. Pero esto va para largo.

La idea surgió en el pasillo comiendo baleadas. Como se había interrumpido la programación y no teníamos otras cosas que hacer, nos pusimos a escuchar los noticieros de los grupos que apoyaban el golpe:

—*Se trata, como ya explicó el Cardenal, de una sucesión constitucional. Todo está en orden. No se preocupen, vayan con normalidad a sus trabajos. En el país no pasa nada.*

¡Achís! ¿Con que todo está tranquilo? ¿Y las marchas, y las macaneadas de la policía, y la gente presa, y los muertos? Era para hervir de la cólera. Y como repetían y repetían que en Honduras no pasaba nada... pues a Víctor y a mí se nos ocurrió ese nombrecito, "Notinada", el país donde nada pasa y todo está en paz. Y comenzamos a cranear un programa de humor, de sátira.

—¿Cómo van a reírse —no faltó el izquierdoso serioso— en medio de tanta desgracia?
—Precisamente por eso, compañero —le respondió Víctor—. ¿No has oído lo que cantaba Alí Primera, que la lucha es larga y hay que aligerar la carga?

Melo nos apoyó desde el primer programa. Era bastante hereje la propuesta, porque queríamos hacer el "antinoticiero" con personajes golpistas que le vuelan riata a la Progreso, catalogada por ellos como radio ñángara, comunista.

Comenzamos a inventar los personajes. Al Chepoman ya lo teníamos fichado de otro espacio cómico, la Pedrada. Este Chepoman es el policía corrupto, marrullero. A veces, tiene remordimientos. Pero como anda con un compinche, Chepomoroca, vuelve pronto a su marranada.

Fue a Olguita que se le ocurrió el personaje que se ha vuelto central en los Notinada, la reportera jailosa. Es que ella se ponía a mirar las noticias de Tegus. La mayoría de los canales con presentadoras muy hermosotas pero muy pendejas. Se la pasaban usando términos como "vándalos", "huestes", "turbas", "cabezas calientes que no quieren trabajar", "enemigos de la patria"...

—¡Son unas prosilapias! —dice Olguita.
—¿Unas qué?
—Unas... ¡Ése es el nombre! Ponle sello. Prosilapia.

Y de apellido, Ventura. Olguita se acordaba de un maje de su barrio apodado así que siempre andaba metido en bandidencias.

Bueno, sacamos a la reportera Prosilapia Ventura, una vieja que se la tira de copetona, aunque es una pata rajada que vive en unas cuarterías. Pero como se la pasa en cocteles

y hoteles buscando información, ella habla con mucho “glamour”. Habla naco. Le encanta la comida gringa, su pasión sus las hamburguesas. Es la periodista chismosa, amarillista, buena para denigrar. Y muy sexosa, facilona, que hace los trances ahí, en vivo y en directo.

—Me das la primicia y te acuestas conmigo —le dice Prosilapia al entrevistado—. Si no, olvida y tumba.

Ella se mete con policías, con jefes, con cualquiera que le dispare billetes. Hasta con Chepoman se ha enredado.

AQUÍ PONER LA CARICATURA DE PROSILAPIA QUE ESTÁ EN
LA WEB DE RADIO PROGRESO

Desde el primer programa tuvimos éxito. La gente llamaba pidiendo repetidera. Preparamos el segundo y salió todavía mejor. Ya le íbamos agarrando la vuelta. Y te juro que nos fuimos enviciando nosotros mismos. Los hacíamos diario y los repetíamos cuatro o cinco veces. Y la audiencia siempre en carcajadas.

LOCUTOR
Bienvenida, Honduras, al Notinada, un noticiero patrocinado por los verde olivo, empresarios y politicos golpistas... ¡por el gobierno constituidamente de facto! Les estamos informando más mejor sobre este golpe contra el demonio Chávez. Vamos con Prosilapia Ventura hasta donde están los calienta-butacas del Congreso con una buena noticia, colegas.

PROSILAPIA
¡Así es, compañeros!... Al parecer el bigotón ha dejado una carta donde renunceya a la silla presidenciaca... Esta carta es verífica, ¿verdad, doña Marciana?... Claro que sí, no hay duda de que esta cartita es verífica porque esta letra es del sombrerudo que siempre escribía así, en Arial 12... ¡y la firma les quedó igualita!

Te diré que las bobadas que decía Prosilapia se pegaron como chicle. Ella siempre reportaba “un gentillal de gente”. Y luego, en las marchas verdaderas, decían los dirigentes:

—¡Aquí estamos, como dice esa reportera golpista, un gentillal de gente exigiendo el orden constitucional!

El nombrecito se hizo popular. Cuando los de la Resistencia se encachimbaban contra los periodistas de derecha, les gritaban:

—¡Ustedes, prosilapios, que sólo dicen estupideces!

Tomamos consignas ajenas. Como las Fuerzas Armadas dicen “orgullosamente catrachos”, en Notinada decíamos “orgullosamente golpistas”.

Fijate lo que pasó. Cuando mataron a Isis Obed en el aeropuerto, los de La Prensa hicieron un montaje bien lépero. Tomaron la foto, la retocaron, le quitaron la sangre al cadáver, y así la publicaron. Luego salió en internet la verdadera foto con aquel gran chorro de sangre que corría del cuerpo del cipote. Fue tanta la bulla, que les tocó publicar la foto sin retoques al día siguiente y decir que había sido un error de impresión.

Entonces, nosotros, en Notinada, hablando de cómo se le da chana por juana a los lectores. Y ofreciendo nuestros servicios:

—*Notinada ofrece a sus clientes: maquillaje de fotografías, fotomontajes para que una pinche marcha se vea multitudinaria, pancartas en inglés y otros idiomas para que los vean en todos los paisitos del mundo.*

Juan Arévalo, un periodista de derecha, que tiene el noticiero Abriendo Brecha, siempre termina con un editorial muy sanguinario. Y remata diciendo: ¡Así son las cosas y así se las hemos contado!

Y nosotros decíamos:

—*¡Así son las cosas y así se las hemos maquillado!*

Cuando las elecciones de noviembre, la gente de Micheletti comenzó a hablar de la “sucesión legal”. Entonces, nosotros hablamos de “sucesión renal”, es decir, un cambio de cerotes. Salió una mierda y entró otra. Y pegó tanto esa papada que, cuando ganó Pepe Lobo, en la Resistencia y en las redes escribían:

—Como dicen los notinada, ésta es una verdadera sucesión renal.

Así fuimos descubriendo la fuerza de la risa. Aun en situaciones tan terribles como las que vivimos, no hay que tomarse tan en serio. A Micheletti y su gente les molesta más una broma que un insulto. Eso lo aprendimos en uno de los folletitos de ALER.[14]

—Ustedes encontraron el truco —nos felicitaba Melo—. Nada le jode más a un dictador como que se burlen de él. El humor es más ácido que un kilo de limones, arde más que el chile piquín.

La verdad es que este programita pegó fuerte. Unos chavos copiaron CDs con los Notinada y los vendían en los parques, en las movilizaciones de la Resistencia.

—¡Notinadas! ¡A 30 lempiras solamente!

Los ponían por bocinas en las marchas. Nos contó Félix Molina de una manifestación en Tegus donde estaban poniendo los Notinadas y sale hablando el Chepoman.

—Ahí estás vos —le decía un policía al otro.
—No jodás, serás vos.

---

14 José Ignacio López Vigil, La risa en la radio popular, ALER 1985.

Como los subimos a la web, la gente los descarga. Hay gente que los colecciona. Hay quien puso la canción de entrada de Notinada como timbre de su celular. Y hay quien pasea con la camiseta negra del programa.

También le hemos abierto un facebook a Prosilapia y ya tiene miles de seguidores, porque la gente cuchichea:

—A ver qué dice Prosi sobre este encuentro en el Aguán... A ver qué dice Prosi de la vergueada que le pegaron a los de la calle primera...

En Tegus, la gente conoció a Radio Progreso por los Notinada. Cuando vinieron los Guaraguao que cantaron en la Universidad Nacional Autónoma, nos rodearon el carro:

—¡Ey, notinada, una pregunta!... ¿Y quién rayos es Prosilapia, vos?

Los vendían a diez pesos el día del concierto. Yo fui a comprar uno y me hago el papo y le digo:

—¿Y los notinadas no tenés?
—Sí, hombre —y me enseña una caja repleta—. Eso se vende más que el pan dulce.

Hay gente que se la cree. Y que vuelve a preguntar:

—¿Y quién putas es Prosilapia?

A nadie decimos. Pero ellos apuestan a que ya saben, juran que es una mujer de los lados de El Negrito. O que viene de Tocoa.

Cuando escribás el libro, revelá la sorprendente identidad de Prosilapia. ¡Con eso vendés toda la edición!

LA PIJEADA DE TAVITO

Era el 14 de agosto, no se me borra. Ese día iba con Peraza a cubrir la marcha que llegaba a Choloma. Lo que venía por el pavimento era un río de gente, un mar de indignación.

—Ideay —dice un manifestante— ¿y ésos no son los de la Progreso? ¡Qué buenos programas están haciendo! Lo malo es que donde llegan ustedes hay macaneo.
—No —dice Peraza—. Confiemos en que hoy no sea así.
—Pero si lo hay, no vamos a poner el lomo como otras veces —decían los manifestantes, encachimbados—. Si quieren verga, vamos a volar verga. Hoy no vamos a permitir que nos repriman. Ya tenemos el cuero curtido de las marchas anteriores. ¡Hoy van a saber quiénes somos!

Las nueve de la mañana, las diez. Los manifestantes ya tenían barricadas a este lado del puente. Empezaron a quemar llantas, se apertrecharon de piedras y palos. Del otro lado, llegaron los policías y empezaron a mover los autos que habían quedado atascados.

—Estos terroristas seguro queman carros —decían los chepos.

Me dice Peraza:

—Mirá, Tavo, por atrás están llegando los militares.

Me voy a ver si es cierto. Camino como un kilómetro y ya diviso a los chafas.

—Mejor verlos venir que platicar con ellos —digo yo—. Y me regreso a la marcha.

Peraza había logrado contactar a Héctor Iván Mejía, el jefe de la Policía Nacional en Choloma. Lo había sacado al aire.

—¿Cuáles son las instrucciones, comandante?
—Negociar.

Con Margarita Murillo, en representación de los manifestantes, llegaron al acuerdo de que en una hora más la gente desalojaba la carretera, que es la que va a Puerto Cortés. Todo pacífico. Pero de repente, se mueve la tanqueta de la policía avanzando contra la gente.

—¿Qué pasa, si ya se negoció? —se acerca Peraza al comandante Mejía.
—Es por prevención. Si no se van, los vamos.

Yo seguía transmitiendo y mientras estoy hablando, comienza a pintarse de verde olivo el horizonte. Yo no sé de dónde salieron, pero de un momento a otro había un bojote de uniformados y militares, como trescientos, rodeando a los manifestantes.

—Aquí se va a armar, Peraza —le digo a mi compañero.
—Alistémonos, Tavo. Ve preparando el pañuelito con vinagre.

Y vemos los policías avanzando con sus escudos levantados y dándoles a los escudos con los toletes, como señal de alerta. Y más atrás los militares. Y más atrás, otros policías que llevan sus armas con bombas lacrimógenas.

Habían negociado una hora. Pero no habían pasado ni quince minutos cuando comenzaron los bombazos. La gente ni se movía. Bomba viene, piedra va. Y los policías ya no tiraban las bombas al aire, sino al cuerpo de la gente. Yo estaba entre los dos bandos y se me nubló la vista con tanta humazón.

—Leticia, dame pase —hago contacto con la emisora—. Te cuento que esto está color de hormiga. Voy a ir narrando lo que veo...

Y lo primero que veo es un militar como a doscientos metros de mí arrojándome una bomba. Literalmente, me le capié. Y atrás de mí, un chavo que la agarra, a punto de explotar, y se la devuelve al tirador.

Comenzó la matazón. Golpeados, asfixiados, detenidos. Pegaban con los toletes o con leños, con cualquier cosa. Metieron bala, rociaron de agua picante. Fue una salvajada lo que hicieron para desalojar la marcha. Yo me puse a un lado para poder seguir narrando lo que pasaba. En medio del macaneo y la bulla, perdí el contacto con Peraza y, aunque no estaba seguro de seguir al aire, continuaba transmitiendo.

TRANSMISIÓN DE GUSTAVO CARDOZA (Tavito) Gracias, Leticia... Nos encontramos aún entre los manifestantes y la policía... Vamos a retirarnos a uno de los costados, a los bordos de este puente... Lo que llama la atención ahora es que la policía ha replegado a todos los manifestantes... Algunos se han metido a las casas que están a la orilla de esta carretera... En este momento acaban de tirar una bomba lacrimógena a una casa hecha de láminas y cartón... O sea, la familia estaba resguardada y un elemento de la Policía Nacional tiró la bomba dentro de la casa... Amigo, es increíble esto que están pasando, ¿no le parece?

MANIFESTANTE Imagínese, la gente está tranquila en su casa y lanzan la bomba sabiendo que ahí nadie se va a esconder... Es una casa muy pequeña... Las muchachas han tenido que sacar a los niños en brazos para que no se ahoguen...

GUSTAVO Los manifestantes se han dispersado y ahora la tanqueta de la Policía Nacional está entrando al puente de Choloma con actitud amenazante... Vemos algunos policías quitando las pancartas... Estamos transmitiendo en vivo para Radio Progreso, contando la brutalidad que está cometiendo la policía contra esta manifestación pacífica... Desgraciadamente, ustedes no pueden ver lo que está pasando aquí... Los policías han tomado ahora el control del puente y llegan gritando y haciendo la señal de victoria... Continúa la tanqueta de la policía avanzando hasta donde están los vehículos... Tampoco les está importando si destruyen vehículos de carga, particulares o de transporte público... En este momento, dos elementos, uno de la policía y otro del ejército, están tratando de manera bastante despectiva la bandera nacional... la agarran, la tiran al suelo... Hay un policía que me acaba de ver... Y bueno, vamos a seguir transmitiendo, por supuesto... Hay un elemento que está sacando su arma y me está siguiendo... (CORRE Y JADEA)... Vienen tres, así que cualquier responsabilidad de lo que me pueda pasar es responsabilidad de la policía... (INTERCEPTAN A GUSTAVO) Hermano, soy de Radio Progreso... (FORCEJEOS, MANOS ARRIBA)... En este momento me están quitando el celular... (TU... TU... TU... TU... SE PIERDE LA SEÑAL).

LETICIA Hemos perdido la comunicación... En el preciso momento en que estaban atacando a nuestro compañero Gustavo Cardoza, en Choloma, Cortés.

Así fue como alcancé a transmitir. Es que cuando estaba junto al puente vi a un oficial que venía hacia mí con el uniforme muy planchadito y con su boina, muy catrín, que desenfunda la pistola, me señala a mí y le avisa a otro. Patas, ¿para qué las quiero? Salgo a todo mecate... Y se me pegan tres militares... Corre que corre, como en las películas... Y esa zona que es solitaria, porque cae al lado del río... Y yo iba narrando y jadeando... Miro y ya no eran tres, sino cinco detrás de mí, porque se sumaron dos policías... Los jodidos me alcanzaron, me quitaron el celular, me quitaron el radio, me quitaron el carnet de prensa, y me empezaron a patear. Yo sólo decía:

—¡Soy periodista de Radio Progreso!

Pero esos gorilas no hablaban, sólo pateaban. Me golpearon por todas partes, en la espalda, en el estómago, en las chibolas, me machucaron como tortilla en comal. Fijate,

este hombro casi me lo dislocan. Luego, me tiran en la paila del patrullero y, a los segundos, miro que tiran a otro señor.

—Al periodista baboso —ordena el oficial— devuélvanle sus equipos. Después joden con la libertad de prensa.

Me tiran el celular y el radio y mis cosas... Y al rato zumban a tres tipos más en la paila, los tres encima de mí. Uno de ellos venía sangrando, hecho un cristo, con los pómulos rotos, con la cabeza partida.

Y así quedo yo, mallugado bajo los otros detenidos, en la paila del patrullero. El caso es que yo andaba el celular que me habían devuelto los chafas. Y en el celular yo había grabado una canción de Abya Yala que se llama “Honduras, el pueblo está contigo”, que estos venezolanos la hicieron cuando el golpe. Y como en la radio estaban preocupadísimos desde que se cortó mi contacto, intentan llamarme al celular. Pucha, suena ese celular con la cancioncita. Y un militar que me lanza una patada a las costillas como si fuera arquero de la selección.

—¡Apagá esa mierda! —me grita.

Pero yo no podía ni moverme bajo el montón de cuerpos que tenía encima. Logro apagarlo pero al rato está otra vez sonando “Honduras, el pueblo está contigo”. Ahora me golpeó con la culata del rifle.

—¡Que apagués esa papada!

Sonaba otra vez y otro pijazo con el rifle. Y yo rogando a la de Suyapa que no me llamen más, que no me quieran tanto.

—Permiso, mi capitán —digo yo desde el fondo de la paila— para apagar el teléfono...
—Callate —me manda otro turuncazo con el rifle y le dice a los otros chafas que tiren los escudos antimotines sobre nosotros.

Se ponen más perros y se encaraman encima de los escudos y de nosotros. Uno de ellos pone su bota sobre mi mano, otro me aplasta la cara, y yo en aquel amasijo de piernas y brazos con tres tipos y los escudos encima mío.

—Pá que aprendas a respetar —me decía el maje.

Y al otro señor que estaba mal, junto a mí, desangrándose, le acerca las tapas:

—¿Cuánto te pagaron a vos por venir a la marcha, ah? Ustedes se venden por billete y guaro.

—Estos hijos de puta que no tienen nada que hacer en la vida —añade el otro chepo— y vienen a alborotar. ¡Despierten, pendejos! Zelaya se fue, está dándose la gran vida fuera y ustedes aquí jodiéndose por él. ¡Por pendejos les pasan estas cosas!

Como yo estaba aplastado en la paila, no vi por dónde nos llevaron. De repente, oigo una bulla de carros y es que nos habían metido por toda la ciudad hasta la posta de Choloma.

—Aquí se quedan. ¡Métanlos al bote!

—No, por la puerta principal no —dice el que mandaba—. Vamos por atrás, que todavía les falta a éstos.

Nos metieron por la puerta trasera y nos hicieron ganado. Golpes, patadas, cachimbazos por todas partes.

—¡A este bolo me lo palmo! —decía uno mientras pateaba a un bolito que habían atrapado sin tener vela en la marcha.

Después de la pateadura, nos metieron en la bartolina a todos los cinco. Un señor estaba muy mal, sangrando hasta las muñecas porque le habían socado demasiado las esposas y habían perdido la llave. La celda estaba recién lavada, muy húmeda. Creo que la estrenamos nosotros.

¿Qué más? Me puse en cuclillas y a mirar a mis compañeros. Y por instinto periodístico les pregunto los nombres y datos a los otros cuatro. Me los dan y los recuerdo. Y escucho las bombas fuera de la posta, porque mucho pueblo se vino a querer sacar a los detenidos y ahí mismo comenzó otra vez la toleteada.

Entonces, veo que entra un doctor, que es de Progreso, y que acompaña mucho las marchas.

—Doctor, éste está muy mal —le digo yo—. Busque la manera de curarlo.
—Abra la celda para atender a los heridos —le dice el doctor al chepito de las llaves.
—Si usted se mete ahí a atenderlo —dice el maje— ahí también se queda.

Pero en eso llaman al doctor por otra urgencia. Sólo alcanzó a darme un bote de suero para el man que andaba machucado.

Pasamos un buen tiempo en la bartolina, entre lamentos. En eso, llega Héctor Iván Mejía, el represor, que ahora es vocero de la Secretaría de Seguridad.

—Saquen a éste y a aquel otro —dice con autoridad.

La libertad era para mí y para otro periodista de Tela que también tenían agarrado. Pero cuando el chepo con las llaves va a abrir, le digo:

—Mire, yo no voy a salir si no saca a los otros cuatro que están en esta celda.
—Tenés que salir. Es una orden.
—Pues sáqueme usted —insisto, dándomelas de gallo—. Si quiere que yo salga, saque a todos.

Estoy en ese forcejeo, cuando veo a Peraza entrando en la posta. Y él me mira de largo. ¿Cómo se coló?

Yo iba por las calles de Choloma buscando a Gustavo. Y aquellos policías persiguiendo a los que se escondían en las casas. Pateaban las puertas, jalaban a la gente del pelo, la

toleteaban, no les importaba si era una viejita o un niño... Yo creo lo que dicen, que a los chepos los drogaban para portarse así tan animales.

—¡A Tavito se lo llevaron a la posta! —me grita un conocido en la calle.

De un brinco, llego a la sede de la policía. Y ahí estaba el comandante Héctor Iván Mejía, el verdugo que dio la orden de represión, de lo más tranquilo. Pregunto por Gustavo Cardoza y entro transmitiendo en vivo. Eso les asusta. Entro narrando dentro de la posta...

—Aquí el policía de apellido tal —lo veía en la plaquita del uniforme— está impidiendo la entrada de la prensa...

Y ya se quitaba. Y este otro de apellido más cual no me deja pasar. Y trás, se quitaba. Y yo a meterme, a meterme... Una vez me tocó fingir que estaba transmitiendo en vivo, porque no me daban señal desde cabina. Porque el truco es hacerles creer que estás saliendo al aire en ese momento. Si no es así, esos majes no te paran bola. Es una estrategia que yo utilicé bastante para poder avanzar. Entonces, ellos ven a un periodista con una radio aquí y un celular hablando y te van abriendo camino.

Así pude llegar hasta la mera celda donde se encontraba Gustavo.

—Tavo, hermano, ¿cómo estás?

Gustavo ahí, con lágrimas en los ojos. Me mostró las heridas que le hicieron con los toletes. Y yo comencé a dar los nombres de los detenidos. ¿Usted cómo se llama? ¿Y usted? Iba sacando al aire los nombres. Aquí está fulano de tal... Avisamos a su familia, que sepa que está detenido... Eso les servía a los abogados de derechos humanos que estaban en sintonía con la radio para poder ir armando el listado de los detenidos. Y los abogados iban a la policía con los nombres a pedir el habeas corpus, y la policía ni siquiera sabía quiénes estaban en las bartolinas... Y así lograron la liberación de los detenidos.

Luego entró un abogado, otra gente de derechos humanos. Y al final, dieron la orden de que salieran todos de las celdas. A los que estaban muy malheridos se los llevaron al hospital.

Estoy ahí sentado, fuera de la bartolina pero todavía en la posta, y se me acerca un policía, creo que de apellido Murillo. Y me fue a ofrecer un vaso con agua.

—Dígame... ¿y usted no es de Radio Progreso?
—Sí, pues, de la radio soy.
—Yo escucho esa radio —se pone como romántico el chepo.
—Va, pues —le digo.
—Es que a mí me gusta mucho el programa de música del recuerdo que hace un tal Gustavo...
—Yo soy Gustavo —le digo un poco retrechero.
—¿Usted es Tavo, Tavito, el que pone esos boleros tunanteadores?
—Sí...
—Pues a ver si complace a mi novia con La Media Vuelta.

—¿Cuál media vuelta?

—Ésa que dice: "Te vas porque yo quiero que te vayas, a la hora que yo quiera te detengo..."

Pucha, esa letra parecía dedicada a mí más que a la novia. Pero ni modo, al día siguiente, en la radio, estaba yo complaciendo al chepo.

LICENCIA PARA LASTIMAR

Unos días después de la represión en Choloma, estoy conduciendo el noticiero de la tarde. Ya pasaban las cinco, ya casi estaba por cerrar la emisión.

—Una mujer quiere hacer una denuncia —me dice Leti—. Es grave.

Pongo pausa y voy a hablar con ella para conocer el asunto.

—¿Cómo se llama usted?

—Irma Villanueva.

—¿Y usted?

—Yo soy la mamá.

—¿Y de qué se trata?

—Es sobre una violación.

—¿Usted quiere decir su nombre al aire o prefiere guardar el anonimato?

—Diga mi nombre. Yo estoy decidida.

Le digo a Leti que llame a Sandra Ponce, la Fiscal Especial de los Derechos Humanos, para que reaccione al tema. Quiero que ella escuche la denuncia al aire. Y que llame también a la gente del CDM[15] para que se pongan en sintonía. Y las hago entrar en cabina.

PERAZA Las cinco de la tarde con 34 minutos a través de Zona Informativa, versión vespertina. Aviso importante. Durante su visita entre el 17 y el 21 de agosto, la Comisión Interamericana de Derechos Humanos ha establecido su sede temporal en el Hotel Intercontinental de Tegucigalpa. Allá la Comisión va a recibir denuncias sobre violaciones a los derechos humanos en el contexto del golpe de Estado. Se invita a todas aquellas personas que han sido violadas en sus derechos a que presenten su testimonio de 9 de la mañana a 5 de la tarde.

Las cinco de la tarde con 35 minutos. Hoy vamos a ampliar el espacio de Zona Informativa porque tenemos un testimonio muy especial que merece toda nuestra atención. Y si hay organizaciones de derechos humanos que están sintonizando Radio Progreso también pónganle atención. Me acompaña aquí en cabina Irma Villanueva, una joven de 25 años, madre de cuatro hijos. También nos acompaña la mamá de Irma. Gracias por confiar en Radio Progreso para poner esta denuncia. ¿Se acerca un poquito al micrófono?

IRMA Buenas tardes. El viernes fuimos a la marcha... la marcha de Choloma. Estuvimos

15 Centro de Derechos de Mujeres.

un rato ahí. De repente, vimos como una estampida de gente. Era confuso porque estaban con bombas lacrimógenas. En la confusión me perdí del grupo... Y nos empezaron a agarrar, a otras personas y a mí. Nos subieron a una patrulla, dijeron que iban a Choloma. Pero se fueron por la parte de atrás.

—Chepe Luis, ¿y ésta para dónde va? —escuché que le dijeron a un policía.
—No, ésta la llevamos para San Pedro.

Entonces, yo sola me quedé en la paila de la patrulla. Y no sé qué rumbo tomaron porque el policía me llevaba boca abajo, enchachada, con un pie en mi espalda. Y me llevaron a un lugar montoso y me bajaron y me dijeron:

—Hoy sí, cabrona, hoy vas a ver lo que te va a suceder por andar en cosas que no te convienen.

Y me violaron cuatro policías, uno y otro y otro y otro... (LLORA)... Le logré ver el nombre a dos... Uno se llama Ortiz, otro se llama López... Y el otro que le dijeron Chepe Luis... El cuarto no supe su nombre... Luego que me ultrajaron, me metieron también esa cosa negra con que pega la policía, el tolete con el que me habían pegado antes... Y me dejaron tirada ahí... Yo les rogaba:

—Por favor, no me hagan daño, tengo niños pequeños, se lo suplico.

Y más me insultaban y decían groserías. Yo sólo le pedía a Dios que me protegiera por mis hijos. Me dejaron abandonada ahí. Estuve inconsciente, supongo, no sé... Luego, como pude me levanté y salí a una orilla de una carretera. Caminé como media hora. Me quedé tirada porque no aguantaba el dolor en mis partes. Una señora me recogió y me dijo que si quería ir a un hospital. Le dije que por favor me llevara donde mi mamá. No sé cuánto tiempo pasó. Mi mamá ya estaba en la casa y mi esposo me andaba buscando. Él quería ir a la policía pero, ¿cómo ir si fueron ellos los que me hicieron el daño? Solamente eso.

PERAZA Irma, ¿usted recuerda el lugar a donde la llevaron?

IRMA Sólo recuerdo un lugar lleno de ramas, árboles, enmontarrado. En lo que yo caminé, me tapaba el monte. Logré salir y tuve que pasar una zanja, una lagunita. Ahí supe que era Ticamaya.

PERAZA Aquí en cabina también nos acompaña Ivonne García, madre de Irma. ¿Qué siente usted como madre?

MADRE DE IRMA (LLORANDO) Mire, una se siente impotente. Cuando ella llegó y me contó me puse a llorar. Lo primero que hice fue marcar el número de aquí, de Radio Progreso. Estuve intentando una hora, porque era un cachimbo de gente que estaría llamando. Me duele mi hija, me duele su dignidad... Es terrible lo que estamos pasando en este país. Somos nosotras, la gente trabajadora, las que sufrimos las consecuencias... No podemos expresar nuestro descontento porque nos pasan cosas como la que le pasaron a Irma. Quizás por estar ahora aquí en la radio, hablando, en algún momento pueden dar con nosotras. Ella sabe los nombres de los policías y podemos estar en peligro, pero no importa porque si una se calla, entonces estamos dándoles licencia para que nos sigan lastimando.

PERAZA ¿Y el esposo de Irma, sus hijos?

MADRE DE IRMA Mi hija tiene su esposo, ahí está abajo, en el corredor, con sus niños. Y da pena. Él seguro pensando: "Ahora todo el mundo va a saber que a mi esposa me la tocaron otros hombres". Y ella pensando que la van a señalar: "Mirá, ahí va". Y estuvimos hablando mucho y dijimos:

—No importa. Vamos a dar la cara. Tal vez nos vamos a poner en peligro. Pero aquí estamos. Alguien tiene que decir lo que está pasando. Sabemos que hay una comisión que está documentando. Queremos que sepan y que se lleven el testimonio de Irma. Que sepan el dolor.

Ya fuera de micrófonos, le pregunto a Irma:

—¿Y por qué ha venido a Radio Progreso a poner la denuncia?
—Bueno, no voy a ir a la policía porque es la policía la que me violó. Y de los medios de comunicación, nosotros sólo confiamos en Radio Progreso, que sabemos que ustedes le van a dar el verdadero sentido a mi denuncia. Por eso estamos aquí.

Yo les dejé mi número por si pasaba algo. Y ese mismo día, a medianoche, me llama la mamá llorando y me dice:

—Peraza, no puedo dormir. Hay policías afuera de mi casa. Están con focos y alumbran toda la casa. Yo estoy sola, mi hija y su esposo se han ido a otra parte.

Las siguientes noches, lo mismo. La otra semana la ven por la calle y un policía le murmura:

—Ya sabemos lo que andás haciendo, vieja. Un día de éstos se te aparece la pelona.

Irma y su familia tuvieron que comenzar a dormir en casas distintas, por el peligro.

La Fiscal Especial, que escuchó por Radio Progreso, levantó la denuncia. Y también el CDM. La presidenta de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, Luz Patricia Mejía, se comprometió a dar seguimiento al caso. Pero ahí continúa Héctor Iván Mejía, Comisionado de Policía, el último responsable del crimen, sin dar la cara y sin hacer nada. Desde la radio lo llamamos y no respondió nunca.

Y ahí siguen en sus puestos los cuatro policías, los cuatro malditos, como si nada hubiera pasado. Yo no olvido sus nombres por si algún día me los topo. No los olviden tampoco ustedes, quienes leen ahora el testimonio.

TERRORISMO MEDIÁTICO

El 21 de septiembre amanecimos, como todos los días, a la caza de noticias. Y nos llega un colega con el rumor:

—¡Dicen que el hombre está en Honduras!

—¿Cuál hombre? —le pregunto, en el departamento de prensa.

—¿Cuál va a ser, buen pendejo? Mel Zelaya. ¿Y sabes dónde se metió? En el edificio de Naciones Unidas. ¡Vamos, sacá esa noticia al aire!

—¡Ni quiera Dios! Primero hay que confirmarla. ¿Y si es una perra? Por tapudos, nos queman la radio.

Entonces, llamamos de urgencia a un funcionario de Naciones Unidas, que era pana nuestro.

—Te juro y rejuro que aquí no está Zelaya —me dice desde Tegus—. Y mirá que tengo delante al director de la sede.

Pero la noticia seguía corriendo de boca en boca y por las redes sociales.

—Pongamos canciones latinoamericanas para rellenar...

En esa prisa estábamos, cuando otro periodista de entera confianza viene a la radio y nos muestra un mensajito del mero Zelaya puesto en la pantalla de su celular. El hombre del sombrerón decía:

—Estoy en Honduras, en la embajada de Brasil. Lo puede difundir.

¡Jueputa, tremendo notición! Ahora sí damos la primicia y que nos lleve la que nos trajo. Pero lo ridículo del caso es que unos minutos después nada menos que Micheletti convoca a una rueda de prensa.

—Aseguran que Zelaya ha entrado en el territorio nacional —le suelta un periodista.

—Tonterías —responde arrogante Micheletti—. Sabemos dónde se encuentra el señor Zelaya. Con seguridad está dándose la buena vida en la suite que tiene en Managua. Nuestra inteligencia lo tiene bien chequeado. Esa información mentirosa es lo que se llama “terrorismo mediático”.

¿De dónde sacó esa palabrita que nunca había oído? Resulta que un día antes Micheletti había estado aquí en Progreso. Ese día nosotros habíamos estado dando y dando con unas cuñas que sacó Radialistas[16] sobre el tema.

SPOT

PERIODISTA Pero eso no fue así… En la marcha del gobierno había cuatro gatos.
DIRECTOR Pues pon que hubo cuatro mil gatos, o cuarenta mil.
PERIODISTA Pero en realidad…
DIRECTOR La realidad no es lo que ocurre, colega, sino lo que nosotros queremos que ocurra.
CONTROL GOLPE MUSICAL
LOCUTORA Exagerar. Decir lo que no pasó y no decir lo que pasó.
LOCUTOR En eso consiste el terrorismo mediático.

SPOT

16 Radialistas Apasionadas y Apasionados, con sede en Quito, Ecuador.

PERIODISTA Parece que gana el candidato rojo… ¿Qué hacemos?
OTRO Decir que hay un "empate técnico" entre el rojo y el azul.
PERIODISTA Pero las encuestas le dan una ventaja al rojo de 70 a 30.
OTRO Eso no importa. Informa que hay un empate técnico. Y así, cuando gane el rojo, decimos que ha habido "fraude".
CONTROL GOLPE MUSICAL
LOCUTORA Miente, miente, miente… que algo queda.
LOCUTOR En eso consiste el terrorismo mediático.

Ahí encontró Micheletti lo de "terrorismo mediático" porque, obviamente, había estado monitoreando lo que la Progreso decía. Le hicimos el favor, le ampliamos su vocabulario político.

Terminada la rueda de prensa, salió a mil hacia Tegus porque le habían confirmado la noticia de que Mel Zelaya se había logrado, por fin, colar en Honduras.

¡ME CAÉS EN LA PATAS!

Aquel 21 de septiembre, después de 85 días de resistencia en las calles, en los parques, en todo el país, se corre la voz que Mel Zelaya está en la capital. Primero dijeron que en el edificio de Naciones Unidas y aquel montonal de gente corriendo hacia allá con banderas, con pancartas. Luego confirmaron que estaba en la embajada de Brasil.

—¡Sí se pudo! —gritaba la multitud enardecida, mujeres abrazándose, campesinos, jóvenes desgañitándose contra los militares.

Llegaron carros con parlantes para animar a la multitud. Sonó y volvió a sonar el "Nos tienen miedo porque no tenemos miedo", que se ha vuelto como un himno de la Resistencia.

¿Cuánta gente habría? Nuestro corresponsal en Tegus nos hablaba de cincuenta mil. ¿O eran más? Porque la gente seguía repletando las calles alrededor de la embajada.

—El gobierno acaba de decretar un toque de queda desde las 4 de esta tarde hasta las 7 de la mañana —nos hacía el reporte Félix Molina.

Al día siguiente, se extendió hasta la noche siguiente. Toque de queda indefinido. Pero la gente no se movía de delante de la embajada. Ahí seguían gritando y cantando y pasando la noche en vigilia.

Amaneciendo, me acerqué por la embajada para cubrir la represión que se avecinaba.

—Policías y militares están arremetiendo contra los centenares de manifestantes que se han amanecido frente a la embajada de Brasil —yo hablaba casi ahogándome por la cantidad de gases—. Ustedes escuchan los disparos, es increíble lo que está sucediendo frente a la embajada de Brasil...

Varios muertos, decenas de heridos. La brutalidad del gobierno llegó al límite cuando ordenó cortar el agua, la luz y los teléfonos de la embajada y de las colonias vecinas.

—¡Mañana, gran marcha de protesta! —dijeron los dirigentes—. ¡Y pasado también! ¡Y después de pasado!

Pucha, yo no aguantaba de tanto tragar gas y andar corriendo entre aquella masa de gente. Cuando me acerco más a la embajada, un militar, un chelito chaparro, me cerrojea el fusil.

—¿Para dónde crees que vas vos, pedazo de cabrón?

—Soy periodista, hermano... ¿qué te pasa?

—A vos es que te va a pasar. Por eso es que ustedes mueren, por pendejos. Aquí los vamos agarrar a pija.

—Te digo que soy periodista...

—¿Cuál periodista y cuál mierda?

—Pero, hermano, ¿qué daño te estoy haciendo? Yo ando trabajando igual que vos.

—Ni pija —me dice el militar con cara de capador—. ¿Sabés qué? Vos me caés mal. En las patas me caés.

—Pero... ¿qué te he hecho yo a vos? —le digo, sin despegar los ojos del cañón del fusil con que me apuntaba—. ¿Por qué te caigo mal?

Una señora que pasa por ahí le dice:

—¡Vos sos del pueblo, soldado!... ¡Vos no sos Ferrari, vos no sos Facussé!... ¡Vos debes ser Sánchez o Pérez, del pueblo!

—¿Y cuál es la babosada tuya, vieja hijueputa? —el chafa estaba con ganas de masacrar a la vieja también.

—No insultés a la señora, hombre —digo yo, hablando suavecito—, fijate que puede ser vecina tuya. La vida es así, como un trompo. Algún día te la vas a encontrar en tu aldea...

—¡Perdete, antes de que te agarre a pija a vos y a la vieja! —concluyó el militar.

Yo, para evitar, me fui por donde había llegado. Di unos rodeos y seguí transmitiendo la represión desde otra esquina de la embajada. Eso fue el día que desalojaron la embajada a balazo limpio.

¡Las vueltas de la vida! El año pasado, en Semana Santa, salgo para un pueblo que se llama Aguanqueterique, por los lados de La Paz. Yo estoy en una pulpería cuando alcanzo a mirar al mismo tipo que está con una calzoneta fumándose un cigarro. El mismo chelito chaparro cara de capador. ¿Y no es que el tipo me reconoce?

—¿Cómo estás? —le digo.

—Bien... —me dice, un poco nervioso.

—Y vos... ¿siempre en el ejército?

—Sí, pero a veces uno comete cagadas que después se arrepiente...

—¿Te acordás que te dije que somos del pueblo, hermano? —le digo, sin saber a qué cagada se refiere—. Y mirá donde nos encontrarmos, hombre. Porque vos sos del pueblo y yo también.

—Sí... ¿querés un fresco? —me dice, ya de buena cara.

—Claro... ¿y vos de dónde sos?

—De aquí mismo, de Aguanqueterique.

—Pues, mirá, de aquí es mi mamá, fijate. Yo me llamo Gerardo, trabajo en Radio Progreso. ¿Amigos?

COMO ALEGRÓN DE BURRO

Desde que Mel Zelaya entró en la embajada de Brasil, Micheletti multiplicó la represión en todo el país. Aumentaron los toques de queda, las redadas y los asesinatos de dirigentes de la Resistencia. El domingo 27 apareció un decreto ejecutivo ordenando el estado de sitio.

—¡Le zumba el mango!—. O sea, que ahora los siete millones y medio de habitantes de Honduras estamos secuestrados en nuestro propio país.

El lunes, bien temprano, tocan al portón de la radio y aparece un grupo de policías que viene a entregar una ordenanza para ser difundida con carácter obligatorio.

—¿Usted quién es? —me pregunta un chepo bembón.

—El padre Ismael Moreno, director de esta radio. Para servirle.

—Pues sepa, padrecito, que tiene que pasar este aviso las veces que sean necesarias.

—¿Y qué dice este aviso? Veamos... “Toda reunión pública sólo se podrá realizar con aprobación de la policía y previa solicitud hecha con 24 horas de anticipación”... Pucha, esto está perro, porque...

—Siga leyendo y no comente.

—“En la solicitud deberán especificarse los nombres de las personas responsables de la reunión, el motivo, el horario, el lugar y la cantidad de participantes en la reunión”... Con tanto requisito, mejor que se reúnan en su casa, ¿no?

—Para las reuniones en espacios cerrados como iglesias, salones o casas —el chepo no estaba para bromas— también debe notificarse a la delegación policial más cercana.

—¿Y si se trata de una fiesta de cumpleaños? —pregunto yo, mandadito.

—La ordenanza también incluye las fiestas.

—Pero, entonces... ¡esto no es un país, sino una cárcel!

—¡Mida sus palabras, padre! —me dio la espalda y se retiró con la bola de policías.

El decreto ejecutivo establecía el cierre de emisoras, televisoras y periódicos que mancharan la dignidad de los funcionarios públicos. Y no perdieron tiempo los golpistas. En la madrugada de ese mismo lunes cerraron Radio Globo y Canal 36, un par de medios de la capital que apoyaban a Zelaya.

—Y nos queda por cerrar una emisora en la costa norte —nos dicen que dijo el ministro de gobernación de Micheletti.

¿Era con nosotros, era la Progreso? Más claro ni el canto del gallo. Así que, a andar buzos, a esconder los archivos más importantes de la radio y a prepararse para un nuevo cierre.

Pero esta vez la sangre no llegó al río. Pasó la semana y, a pesar de las amenazas, nadie vino a clausurarnos. Por lo visto, Micheletti y su gente decidieron apretar otras tuercas: expulsaron a la comisión de la OEA, botaron embajadores europeos, arbitrariedades así. En cuanto a los medios de comunicación, les preocupaban más los de la capital que nosotros, los norteños.

La gran ilusión por la entrada de Zelaya en la embajada de Brasil quedó en nada. Más represión, más control, más dictadura. Como un alegrón de burro. ¿Y entonces? No quedaba otra que seguir protestando, seguir marchando.

ESTAS VIEJAS... ¡VÁYANSE A SUS CASAS!

Las mujeres fueron decisivas en las marchas, me contaba Alicia. ¿Sabés por qué? Porque los hombres se levantan, se bañan y, plungún, salen a la calle. Las mujeres no. Las mujeres se levantan, ven lo que ha sobrado para llevarlo y tener algo. En su bolsita andan agua, andan queso, andan sus frijolitos. Y cuando las tripas sonaban, vos veías que ésta sacaba unas galletas, la otra unas tortillas con cuajada, su fresquito de tamarindo, su jugo de lata. Y nadie pichicato, todos compartiendo.

A la hora que el sol aprieta, vos veías a las mujeres sacando sus sombrillas. Los hombres no las usan, van con gorras. Pero vos te parabas en un lugar alto y veías aquel mar de sombrillas azules, rojas, amarillas, como un arco iris. Y las sombrillas se compartían, claro. Si te habías olvidado la sombrilla o no tenías, las mujeres te invitaban, hacían como unas casitas con las sombrillas, todas agarradas de la mano, y vos te podías cobijar ahí. Y los varones también se refugiaban, porque el sol pela sin distinción.

Las marchas salían a las cinco de la mañana de Tocoa, de Tela, de La Ceiba. Aquí en Progreso nos sumábamos a las siete. Y ya cuando eran las diez, las once de la mañana, eso estaba que reventaba de gente y los pies ya no respondían. Pero había un sentimiento de unión, una esperanza. Y decíamos: ¡podemos! Queremos un país diferente, eso decían, eso decíamos. Y te animaba ver mujeres barrigonas, mujeres cargando sus cipotillos, hombres también cargando, apoyando. Claro, no faltaba un pintoso que pasaba en su carro y nos gritaba:

—¡Haraganes! ¡Busquen qué hacer!

Pero no éramos sólo chorreados los que íbamos en las marchas. Veías mujeres mejor vestidas, con sus carteras. Y gente de clase media. Todo mezclado.

El que no iba a la marcha, saludaba desde el bordo. Mucha gente de las comunidades campesinas salía al pavimento y decía:

—Yo no puedo ir porque tengo un hijo enfermo, pero aquí tienen estos nances, estos mangos.

Y así íbamos, comiendo nances y lanzándonos luego las chibolitas. Salían con bolsas de agua y nos decían:

—¡No desmayen, sigan adelante!

Y compraban un churrito y compartían. Traían horchata, atole y tortillas con frijoles, aguacate también. Bueno, uno comía mejor estando en la marcha que estando en la casa.

—Esto me recuerda la huelga grande del 54 —dijo una señora mayor, todo el pelo

blanco.

Habían comisiones de alimentación dentro de la Resistencia, pero lo mejor era la gente espontánea que salía de sus casas a los caminos a regalar guineos maduros, a dar lo que tenían y lo que no tenían. También se formaban guarderías populares. Y decía una mujer:

—Yo no voy a ir porque no puedo. Pero vayan ustedes y déjenme los güirros.

Y al rato, comenzaban los cantos para cargar las pilas del espíritu.

¡Nos tienen miedo porque no tenemos miedo!
¡Están atrás, van para atrás, piensan atrás, son el atrás,
están detrás de su armadura militar!
¡Nos ven reír, nos ven luchar, nos ven amar, nos ven jugar,
nos ven detrás de su armadura militar!
¡Nos tienen miedo porque no tenemos miedo!

Pero aquí, en el sobaco de la confianza, te confieso que teníamos mucho miedo, aunque cantábamos lo contrario. Porque íbamos contentas y de pronto se oía el grito:

—¡Vienen, vienen!

Y ahí tenías delante una barra de policías con escudos y toletes y armas largas.

—¡Estas viejas —decían arrogantes los chepos— en vez de estar en sus casas están aquí perdiendo el tiempo!

—¡Por eso les pasa lo que les pasa! —decía otro, bien trompudo—. ¡Porque descuidan al marido y se meten en estas babosadas!

La verdad es que en las marchas uno veía casi más mujeres que hombres. Eran ríos de mujeres. Y unas animaban a las otras. Pero los militares no respetaban hombres ni mujeres, viejitos ni embarazadas.

—Tené respeto, policía —decía una señora mayoricta—. Yo puedo ser tu mamá.

Pero a ellos les valía. Entonces, ya sabiendo la que nos esperaba, todo mundo llevaba una botella con agua y su pañuelito contra los gases. Comenzaban los disparos, las bombas, el macaneo. Mucha gente corría, pero también mucha se enfrentaba con piedras, con latas, lo que encontrara. Las mujeres también le hacían güevo. Y los policías y los militares como que se ensañaban más con las mujeres. Era golpear y meterles el tolete entre las piernas.

—¿Así es que te gusta, verdad? —decían los soldados—. ¡Como andás aquí esto será lo que te gusta, puta hijueputa!

Y echaban gas pero con chile, gas pimienta que le llaman. Y ese gas te deja la piel con una comezón insoportable. A los días se te despelleja y quedan las manchas, hasta que a los días vuelve a lo normal.

Radio Progreso acompañaba las marchas. Nunca fue más literalmente cumplido un eslogan: LA VOZ DE UN PUEBLO EN MARCHA. Porque era el pueblo de Dios

caminando y la iglesia verdadera, la de los pobres, haciendo oír su voz.

CARMEN, LA COSTURERA

Carmen es un muchacha bien elegantona de aquí de Progreso. Trabaja de costurera. Tiene varios hijos y es madre soltera. Pues resulta que empieza a escuchar la transmisión de las marchas por la radio.

—No puede ser verdad lo que cuentan —pensaba Carmen.

Y decidió ir a la marcha. ¡Y en esa primera marcha que ella va le han pegado una toleteada! Los soldados la agarraron, la arrastraron del pelo y la bañaron así, como que agarrés una niña y la bañés de arriba abajo con esa agua pimienta. Cuando la sueltan, ella salió como loca, pidiendo auxilio, queriendo arrancarse la piel.

—Esta no vuelve a salir de casa —pensaba yo.

Cuando en eso, me la encuentro en la marcha del día siguiente.

—¿Seré yo el chompipe de la fiesta? —me dice, todavía indignada por lo del día anterior—. Ah, no, es que yo sólo venía a probar el caldo. Pero ya vi que no es cuento. ¡Ahora es que se van a topar conmigo!

Carmen caminó en todas las marchas. Y era de las que agarraba piedras y palos y enfrentaba a los chafas. Y gritaba con otras compañeras:

—¡Ni golpes de estado ni golpes contra las mujeres!

AMORES CAMINANTES

En las marchas había cantos, risas, era alegre. Imaginate, gente escribiendo poemas, letras de canciones, mientras caminaba. Eso no se había visto nunca en Honduras.

En las marchas también se dieron amores. Ahí se conocían y se formaban parejas. Yo conozco a Juan y a su chava que se llama Anita. Se conocieron en la vergueada de Choloma. Y luego, venían de noche los dos a custodiar la radio en los momentos más duros. Ahí se enamoraban más.

Juan era de los tantos desempleados en Honduras. Y en las marchas también aprendió a trabajar. Hoy hace topoyiyos o charamuscas, hielo de colores. Y hace chicha con la concha de piña. Y desde el golpe, él trabaja en eso, vendiendo chicha.

LAS INSOPORTABLES CADENAS

Eso era una cadena y otra cadena para que Micheletti, o el Romeo Vázquez, o hasta el mismo Cardenal, hablaran sus mentiras. Cadenas obligatorias para todos los medios de comunicación. A mí te tocaba recibir las llamadas de CONATEL.[17]

—Ustedes en Radio Progreso no pasaron la cadena número tal del Presidente de la República, fecha tal.

—Es que ese día fueron ocho cadenas —respondía yo, humildito—. Se nos escapó sólo ésa.

—Pues tienen que pasarlas todas.

—Pero ustedes no me avisaron el horario de las cadenas.

—Eso es problema suyo. Son ustedes los que tienen que ponerse al hilo con HRN cada vez que haya cadena.

—Bueno, pues.

Claro, aquí en la radio los chavos se revolvían.

—¡Carlos, no pongamos esa pendejada! —decían.

—Pendejos seríamos nosotros —yo tenía que jugar de hombre prudente— si por no cumplir con esa vaina nos cierran. Porque la ley lo manda. ¿O acaso no saben que CONATEL tiene la facultad de cerrar un medio de comunicación por no cumplir con las cadenas?

—¿Y qué podemos hacer?

—Pasamos la cadena. Pero con sorpresa al final.

—Explíquese mejor, compañero.

—Después de la cadena nadie nos prohíbe pasar, por ejemplo, una canción. ¿Qué tal si les socamos “Traidores” de los Guaraguao?

Y eso hicimos. Cadena viene, Guaraguao van.

Traidores
que andan de rodillas por dinero
vendepatrias, viles traicioneros
lacayos rastreros del gran invasor

Cumplíamos con la ley y los llamábamos golpistas. Ninguna otra radio se atrevió a hacer algo así.

Por supuesto, eso tenía su precio. Nos mandaban a cada rato una chingada auditoría para ver si nos pillaban en alguna papadita. A cada rato un citatorio para presentarnos en la DEI. En lo que estuvo Micheletti encaramado, cuatro veces nos mandaron a llamar. Cuando no era CONATEL, era la DEI. Y cuando no, la Cámara de Comercio.

Esta Cámara contrató a un tipo que anduviera visitando a todos nuestros clientes para que dejaran de anunciar en Radio Progreso, porque es “una radio que está en contra de la democracia y la paz en Honduras”. Pero no les resultó la jugada. Porque con nuestra posición frente al golpe aumentamos tanto la audiencia que venían las agencias de publicidad a ponernos más anuncios. El mercado no tiene madre y si una emisora jala buen rating allá van a pautar.

17 Comisión Nacional de Telecomunicaciones.

NO SOMOS CINCO...

La marcha había salido de Tela, a cien kilómetros de San Pedro. Yo fui a cubrirla cuando llegaron a Guaymitas y ahí me topé, en la cabecera, junto a la bandera azul y blanca de Honduras, a Juan Cardona.

Juan fue uno de los líderes de la huelga grande del 54. Entonces cipote, se enfrentó a la bananera gringa y resistió 69 días con sus noches junto a miles de compañeros y compañeras.

—Ideay, ¿usted por aquí, don Juan?
—¿Y dónde más me iban a encontrar? —me respondió el veterano.

Hace más de medio siglo, los huelguistas caminaron kilómetros y kilómetros a pie para llegar a El Progreso y sumarse a la protesta.

—Para mí no ha pasado el tiempo —me dice Juan, con sus ojos negros perdidos en el horizonte—. Parece que desperté y me encontré marchando. Marchando y luchando, como antes.

La multitud comenzó a cantar:

¡No somos cinco
no somos cien
prensa vendida
cuéntanos bien!

Juan se recordaba hace 60 años repartiendo Vanguardia Revolucionaria entre los obreros. También entonces la gran prensa decía que la huelga era de cinco pelagatos. Y eran miles contra la Tela. Ahora dicen lo mismo. Juan se ríe.

OPUS HONDURAS

No podían faltar. Donde hay dinero y poder, ahí caen como moscas. Mejor dicho, como cutes. Son los opus dei, esa sociedad secreta fundada por un cura español, más vanidoso que una quinceañera, llamado José María Escrivá. Según he leído, este señor entró en Madrid, en camión militar, haciendo el saludo fascista, cuando las tropas del muy "católico" Francisco Franco lograron aplastar a sangre y fuego la resistencia republicana.

¿Quiere que le cuente un chismecito? ¿Sabe por qué el papa Juan Pablo Segundo hizo santo tan rápido al fundador del opus? Porque esta secta metió mil 200 millones de dólares para tapar un escándalo de corrupción en el Vaticano en los años 80, aquel desfalco del Banco Ambrosiano que le costó la vida al papa anterior, a Juan Pablo Primero.

En América Latina, estos del opus fueron uña y mugre con Videla, con Fujimori, especialmente con Augusto Pinochet. Cuando Escrivá lo fue a visitar y saludar en Chile, un periodista le explicó que la dictadura anegaba en sangre al país.

—Yo os digo que esa sangre es necesaria— respondió el "santo".

¿Y en Honduras? Hasta los chichís se enteraron de su complicidad en el golpe militar. El gobierno de Micheletti estuvo repleto de opus. Carlos López Contreras, canciller golpista, Marta Lorena Alvarado, vicecancillera, Ricardo Alvarez, alcalde de Tegucigalpa, y los poderosos miembros de la familia Villeda Bermúdez y la familia Villeda Toledo, dueños de Emisoras Unidas y Televicentro, todos ellos pertenecen a esa secta. También Elvin Santos, que luego se separó de Zelaya y se candidateó como presidente del Partido Liberal.

Sí, en el gobierno de Zelaya también había miembros de la secta. Uno de los puntos de fricción y alejamiento fue el veto presidencial al decreto legislativo, propuesto por los opus, que prohibía la píldora del día después, un medicamento que la OMS califica de anticonceptivo y que estos fanáticos consideran abortivo. Ahora, nuevamente, los de la secta quieren aprobar una ley extremista que metería en la cárcel a las mujeres que tomen esta píldora, incluso si han sido violadas.

Sí, los opus están entrometidos en el Ministerio de Educación, en el de Salud, en todos los rincones. Mirá la UCD (Unión Cívica Democrática), controlada por ellos. Armida, la esposa de López Contreras, es la que ha llevado la batuta en las marchas pagadas de los “camisas blancas”, popularmente conocidos como los “perfumados”.

La lista es larga. Algunos la completan con el nombre del mero Cardenal Óscar Rodríguez. Otros dicen que simpatiza pero no pertenece. En todo caso, ¿sabés que fue Rodríguez el que declaró a José María Escrivá como hijo predilecto de Honduras y el que inauguró una plaza en su honor? ¿Y sabés que su obispo auxiliar, Juan José Pineda, éste sí del opus, visitó a Micheletti en casa presidencial para expresarle sus católicos saludos y bendecir el golpe?

CINCO ENCAPUCHADOS

¿Te acordás el testimonio de Irma Villanueva, la mujer que fue violada por cuatro policías por los lados de Ticamaya, después de la marcha de Choloma? Pues ese horror tiene una segunda parte.

Yo soy el principal testigo de lo que ocurrió en los primeros días de febrero 2010. Resulta que, después de la denuncia en Radio Progreso, Irma había tenido que abandonar su casa por las muchas amenazas. La madre, el esposo, los hijos, toda la familia andaba de un lugar a otro, ocultándose. Primero se cambiaron en su barrio. Luego, fueron por La Ceiba, después por Siguatepeque. Aquella huida era muy cansadora. Era vivir como cusucos.

Ya habían pasado unos cuantos meses. Yo estoy tranquilo en mi casa y recibo una llamada de Ivonne, la mamá.

—Padre, han secuestrado a Irma —me habla quedito, llorando desconsolada.
—¿Cómo que secuestrado? —me alarmo yo.
—No está, padre, no ha regresado.
—¿Y a dónde fue?
—Viajó con su esposo y el hermano y la cuñada, a saber dónde.
—¿Y por qué piensa que la han secuestrado?

—Es muy tarde y no me llama. Algo ha pasado, estoy segura.

Me quedo con la angustia, pero sin saber a quién llamar ni qué hacer. No han pasado veinte minutos, cuando me vuelve a llamar la mamá de Irma.

—La han encontrado, padre... —me dice con una voz entrecortada por las lágrimas—. Es algo terrible... No puedo hablar más por teléfono, padre.

No puedo decirte a dónde fui ni dónde me encontré con Ivonne. Estamos esperando y desesperando por ella, cuando llega Irma, con la cara y los brazos rasguñados, con el vestido blanco que llevaba roto y sucio. Con ella venía su marido, también golpeado, con cabuyas en las muñecas. Y la cuñada de Irma, con el cuerpo maltratado. Y el esposo de ella, todos llorosos, con cara de espanto.

—¿Qué pasó? —les pregunto, sospechando lo peor.

Y me cuentan que andaban en una brigada médica, porque Irma es enfermera. Habían viajado los cuatro a una aldea en las faldas del Merendón. Cuando están vacunando a unos güirros, llega una camioneta a toda velocidad. Se bajan cinco hombres vestidos de policía y encapuchados.

—Aquí está la puta —grita uno, acercándose a Irma.

Venían armados, no cabía ninguna resistencia.

—Ésta también es un buen bocado —dice el otro, mirando a la cuñada—. ¡Los cuatro, adentro!

Encañonaron a los cuatro, los metieron en la paila de la camioneta, y salieron a todo mecate hacia el monte.

—Ahora verán lo que les pasa, putas, por andar de vagabundas. Las vamos a matar a ustedes dos y a ellos. Pero primero, una gozadita.

Las llevaron monte adentro. A los dos hombres los amarraron en unos árboles para que vieran antes de morir. A Irma y su cuñada les arrancaron los vestidos, las empujaron sobre la tierra, las golpearon para que dejaran de gritar, y se turnaron para violarlas. Nunca se quitaron las capuchas.

Los de la aldea, que vieron el secuestro, siguieron el rastro. Fueron en montón, a pie, pero llegaron a tiempo, le ganaron a la muerte. Y como eran tantos, los encapuchados dejaron a medias su maldad, arrancaron la camioneta y se perdieron. Ahí fue que avisaron a la madre de Irma y los acompañaron hasta el lugar donde yo los esperaba.

—Fue horrible, padre —el esposo de Irma contó los detalles. Hablaba con la cabeza baja, sin quitarse aún las cabuyas con que lo amarraron.
—Tengo un médico de mucha confianza —digo yo—. ¿Lo llamo para que las examine?
—Sí, padre, hágalo.

Llamo al médico y viene. Pero cuando se entera de qué se trata, me dice:

—Mejor que vayan a la Fiscalía y que un forense haga los exámenes. Esto es un asunto muy delicado.

¡Y tan delicado! La vida de todos los que estábamos en ese lugar corría peligro. Ellos nos habían estado siguiendo como chuchos olisqueando sangre.

Van a la Fiscalía, ponen la denuncia, un forense examina a las dos mujeres y le da a cada una su pastilla. Son esas “píldoras del día después” que impiden embarazos no deseados. Mejor prevenir, ¿no?

Pero en la Fiscalía comienzan a dudar de los hechos.

—No tenemos ninguna pista de los supuestos delincuentes. ¿Cómo poner una orden de captura? Además, hay datos que no coinciden. Hay cosas que no están claras.

—Lo único claro es que ustedes no quieren investigar nada. Yo denuncié en agosto una violación. Di los nombres de tres de ellos. Y ahí están esos criminales con el mismo uniforme.

¿Fueron los mismos de la primera vez? ¿Quién sabe? Tal vez sí, tal vez no. Hay tanto lépero en la policía que bien pudieron ser otros, avisados por aquellos.

—Irma y su familia deben salir del país —dije yo, con firmeza—. Sean o no sean los mismos, el peligro es igual. Es la misma mafia. Si siguen aquí las van a matar. Y el culpable de lo ya ocurrido y de lo por ocurrir será el Estado hondureño a través de la Policía Nacional.

Y comenzamos aquel operativo para sacarlas a escondidas de Honduras. Yo me moví con algunas organizaciones, con los mismos jesuitas. Luego, pensé: ¿a quién respetaría el gobierno golpista para un caso así? A los gringos. Así que, contacté con la sección de derechos humanos de la embajada de Estados Unidos. Hablé con un tal Natán Macklin, el encargado en ese momento. Para mi sorpresa, el hombre fue receptivo. Tanto, que informó al Ministro de Seguridad de lo que había pasado y de la urgencia en que estábamos.

No te puedo dar muchos detalles, aunque me los sé todos. Sólo te diré que hicimos los trámites para sacar del país a toda la familia de Irma. Imaginate, había que comprar 16 boletos San Pedro Sula-San José, tramitar 16 visas para Costa Rica, solicitar 16 permisos de salida de Honduras... un verdadero rompecabezas. Tuvimos suerte, porque este Macklin se puso en contacto con la línea aérea y con migración para que no tardaran mucho en los pasillos del aeropuerto. A mí cada minuto me parecía una hora y cada hora un siglo. Se iban en el primer vuelo, de madrugada, en total secreto. Al menos, eso creía yo.

—Ya estuvo —suspiré, cuando me confirmaron que estaban subiendo al avión.

Pero en ese mismo instante, pum, me cae un mensajito en el celular: “Ismael, hijo de la gran puta, ¿así que sacando del país a la puta de Ivonne y su puta hija y su puta familia? Te vamos a matar.”

Se me heló la sangre, no lo niego. ¿Quién enviaba este mensaje? ¿Cómo averiguarlo? Llamo a la línea aérea y me dicen que todo está okey, que el avión ya salió rumbo a San José. Pero antes de colgar me está llegando otro anónimo: “Al amiguito de Ivonne, que ha

quedado aquí en Honduras, mañana lo vas a encontrar despedazado. Y atrás vas vos.”

Cada vez que agarraba el celular, un nuevo mensaje, te vamos a matar, hijo de puta, ya te pide la tierra. ¿Cómo se enteraron y lo supieron todo? ¿Algún oreja?

—Usted debe irse también, padre —me dice Natán Macklin, el gringo—. Le puedo gestionar un pasaje para Estados Unidos.

—Le agradezco —digo yo—, pero prefiero viajar a otro país. Y dejemos claro que el acto de generosidad de su parte con la familia de Irma no borra la responsabilidad del gobierno que usted representa en el golpe de estado. Y por tanto, la responsabilidad de su gobierno en todos los atropellos contra los derechos humanos que se han cometido en Honduras durante estos meses, incluidas las violaciones contra estas mujeres.

LA TRAMPA DE TEGUCIGALPA

Pasa el mes de julio. Pasa agosto. Pasa septiembre. Y casi pasa octubre. La gente seguía encachimbada y en las marchas callejeras. Los golpistas, tan tercos como impacientes, contando los días para llegar a las elecciones de noviembre. Y Zelaya, refugiado en la embajada de Brasil.

Y en eso, abracadabra pata de cabra, mejor dicho, de cabrón, aterriza en Tegucigalpa Thomas Shannon, un mes antes de las elecciones. Este gringo, encargado de Asuntos Latinoamericanos, había estado en Honduras pocos días antes del 28 de junio en reuniones secretas con “Micheletti and company”. Cómplice directo del golpe de estado, Shannon regresaba ahora a concluir su complot.

—Firme aquí —el gringo le extendió una carpeta a Micheletti.

Shannon traía una segunda carpeta con las amenazas de Washington si el terco de Micheletti se negaba a firmar: sacar a Honduras del TLC con Estados Unidos, suspender el TPS a miles de migrantes hondureños indocumentados que viven en los Yunai, descertificar Puerto Cortés, por donde entra y sale toda la merca de Centroamérica. Y unos papeles “top secret” que probaban la embarrada de altos políticos y empresarios hondureños con el narcotráfico, la venta de armas y otros contrabandos millonarios.

—Firme le digo —Shannon no tuvo que insistir mucho. Micheletti, más obediente que ovejita de Navidad, estampó su nombre.

Después, el gringo se reunió con la delegación de Zelaya. El acuerdo consistía en que el Congreso, y sólo el Congreso, decidiría si el presidente golpeado volvía o no volvía a sentarse en la silla presidencial. Y Zelaya aceptó confiado.

—Después del vía crucis de estos meses —declaró Zelaya desde la embajada de Brasil—, estoy optimista. Seré restituido en mi cargo.

Frente al Congreso, los partidarios de Mel celebraban envueltos en camisetas y banderas rojas ante un cordón de policías antimotines.

Shannon logró en pocas horas lo que ni el tico Arias ni la OEA habían logrado en meses. Así, el 30 de octubre del 2009 se logró el Acuerdo de Tegucigalpa. Y, gracias a él, Estados Unidos estaba dispuesto a reconocer las elecciones del 29 de noviembre próximo.

¿Por qué Shannon quería sí o sí que firmasen los papelitos que traía bajo la manga? Porque Honduras se había convertido en una yuca amarga para Obama.

—Si este negro no logra resolver en un paisito como Honduras —decían los republicanos—, ¿cómo va a enfrentar los grandes problemas con Irán, con Afganistán, con etcétera, etcétera?

El Acuerdo era indispensable para que la comunidad internacional aceptara los resultados de las próximas elecciones. Y, sobre todo, para que se olvidaran de Honduras.

Ahora, el Congreso hondureño tenía en su mano restituir a Zelaya como presidente. Hubiera sido una victoria más simbólica que real, porque el 27 de enero tendría que pasar la bola al nuevo presidente electo en las urnas. Pero ni ese grano de maíz le echaron. Ni un día pudo volver a gobernar el hombre del sombrerón.

El Acuerdo de Tegucigalpa fue una trampa, una hijueputez de Estados Unidos contra Zelaya. Los congresistas sólo tuvieron que gastar saliva y dejar correr los días, las semanas, y que nada pasara. Eso era lo pactado, ya se sabía. Te conozco pepita antes que fueras melón.

Con el famoso Acuerdo se legitimó el golpe y se legitimaron las elecciones. Y se frustró, una vez más, a la gran mayoría del pueblo. En el parque de Progreso llamaban a la abstención.

—¡Los patriotas votamos así! —y sacaban el dedo del medio.

Pero el pastel ya estaba en el horno. Con una enorme abstención que no contaron, ganó la presidencia Pepe Lobo. Y ahí está, hasta ahora. El resto es historia conocida.

FESTIVAL DE LA BALEADA

Entró el nuevo año, el 2010. Y nosotros, en la Progreso, dale que dale analizando los resultados de las elecciones, analizando la coyuntura, analizando la correlación de fuerzas entre derecha e izquierda y centro y... Lo mismo y lo mismo.

—Yo no escucho la radio porque ahí sólo hablan del golpe y de la política... —le escuché decir a un chavo, de ésos con pelos rojos, cresta de gallo—. ¡Y a mí esa vaina ya me tiene obstinado!

Es que todo cansa, todo. Hasta el dulce de tres leches aburre. Y una radio nunca puede ser aburrida. Ése sería el pecado grave que ni el Espíritu Santo perdona.

—Los notinadas están muy bien —dijo Joksan—. Pero tenemos que inventar otras pajas con la audiencia.

Y pensamos en actividades al aire libre. Se nos ocurrió experimentar con ferias de

microempresas estudiantiles. ¿Que cómo funcionan? Resulta que a los chavos y las chavas que están graduándose de la secundaria siempre les piden un proyecto al final del año. Un proyecto de producción. Pues nosotros invitamos a los colegios a una plaza para que muestren sus creaciones. Y los cipotes se avientan con todo. Ahí ponen sus estantes, sus carpas, y ahí venden. Hacen perfumes, hacen encurtidos, jabones, jugos, cloro, tajaditas... ¡hasta lencería hacen! Vos ves calzones y brasieres bien hechitos... no serán los de Victoria Secret, ¡pero cumplen su función!

También hemos hecho festivales de la canción. Concursos de baile con coreografía. Torneos de futbolito. Pero nuestro festival bandera es el de la baleada, que lo hacemos dentro de la feria del Municipio, en torno al 24 de septiembre, día de las Mercedes.

Una baleada es como un taco mexicano: tortilla, frijoles, queso, huevo, chorizo, tomate, lo que más te guste. Hay variedad. Lo básico, por supuesto, es tortilla y frijoles. Entonces, invitamos a cocineras y a la comunidad. Todo mundo al parque a zamparse baleadas y a competir.

En la radio buscamos los patrocinadores y damos un premio a quien haga más rápido la baleada. ¡Las han hecho hasta en 27 segundos! También hay premio para el mayor comilón de baleadas. Baleada y fresco, baleada y fresco. El otro año un man se metió hasta 15 baleadas al hilo. ¡No sé cómo no reventó aquel timbón! También premiamos las baleadas más exóticas. Ganaron las “marineras”, que les mecharon camarones con frijolitos, bien sabrosas. Y premio también para la baleada más grande. Una seño cocinó una de medio metro, no cabía en el comal. Y después de los aplausos, ¿quién quiere probarla? Varios le metimos mordida a aquella baleadota.

EL CÁRTEL GRINGO

Yo juego al futbol con sicarios. Cuando termino mi trabajo técnico en Radio Progreso, voy al barrio, me pongo mi calzoneta y a patear pelotas en una canchita que tenemos ahí.

La mayoría de mis vecinos jóvenes no tienen empleo. Algunos roban un celular, lo venden a unos cuantos lempiras, y con eso se defienden. Otros venden pasta en la esquina. O se meten en vainas peores.

Fijate, hace un par de semanas estamos jugando, metiendo goles, y viene un maje bien chingado y habla con el sicario.

—Esa bandida me puso los cuernos —le dice.

—Buscate otro cuero —le aconseja el sicario—. ¿O tan enculado andás?

—Sí... —le confiesa todo balurde—. Pero ese mamita me la quitó. Te voy a explicar...

—Cortala, no tenés que explicar nada —el sicario tranquilo, tanteando ya la pistola—. ¿Dónde está el maje, cómo es? Pagame una botella de ron y te devuelvo tu cuero.

En Honduras la vida no vale nada. La vida se ha vuelto desechable. Y estamos jodidos, porque formamos parte del corredor por donde pasa la droga hacia gringolandia. Ya le dimos vuelta al dicho chilango: “Pobrecita Honduras, tan lejos de Dios y tan cerca de México”.

Y no es sólo corredor de la droga. Aquí se junta la mafia de los roba-carros. La mafia de los coyotes que mandan gente a los Yunai, los espaldas mojadas. La mafia de los traficantes de armas. La mafia de los vendedores de madera. ¿Qué te parece? San Pedro Sula le quitó el primer lugar a Ciudad Juárez como la ciudad más peligrosa del mundo. Oí bien, no de América Latina, sino del mundo. Aquí tenemos 20 asesinatos diarios con apenas un millón de habitantes.

En fin, Radio Progreso está anclada aquí, en este huracán del crimen organizado. Y tenemos que saber manejarnos porque nosotros no sabemos por dónde ni hacia dónde sopla el viento con estas mafias. Como política de la radio, cubrimos las noticias, pero hemos decidido no meternos en investigaciones porque es una patastera tan enredada que al mejor mono se le cae el zapote. Como siempre dice el padre Melo, lo primero de lo primero es preservar la vida del personal y la vida de la radio. El narcotráfico es un monstruo y nosotros, ¿cómo le vamos a entrar a eso? Y tampoco tenemos vocación de suicidas. Ni de mártires.

¡La guerra contra las drogas! Arrestos, rayos infrarrojos, helicópteros artillados, perros amaestrados... Puro teatro. Es que el problema no son las drogas, sino la prohibición. Ahí está el gran “bisnes”.

—Es lo mismo que en tiempos de Al Capone cuando Estados Unidos prohibió el alcohol —nos explicaba el otro día un compañero del ERIC—. No disminuyeron los borrachos, lo que creció fue el pisto de los mafiosos. No prohíben para bajar el consumo, sino para elevar el precio.

Yo digo que el que se quiere drogar se droga. Sólo que en vez de comprarla por un dólar, que es lo que cuesta, tiene que pagar 100 dólares, porque está prohibida. ¿De dónde sacará los 99 dólares que le faltan? Se los roba a sus padres, o le saca la vida a una vieja por la calle.

¿Y quién se queda con esos 99 dólares de más? Ahí está el detalle. ¿Quién gana esa plata sucia? El que vende la droga en la calle, no. A ése le tocan unas migajas. La mula que la mete en Estados Unidos, tampoco. Otras migajas. ¿Los Zetas, el cártel del Golfo? Tampoco, ésos sacan buena tajada pero son simples intermediarios.

Los nuevos “al capones” del narcotráfico son los bancos norteamericanos. Ahí está la verdadera mafia, el cártel gringo, la cabeza de la serpiente de la que no se habla. El gran chorro de plata lo reciben ellos, los gringos, y lo meten en sus bancos. ¿Sabés cuánto dinero reciben esos bancos? Más o menos, 400 mil millones de dólares al año.

Y este “bisnes” de ellos ha corrompido hasta la pata a la sociedad hondureña y a la mexicana y a la latinoamericana: policía, ejército, políticos, periodistas, curas, pastores, jueces, deportistas... Aquí no se salva nadie.

Entonces, uno se pregunta: ¿y para qué ha servido tanta DEA y tanta persecución? Para llenar las cárceles de chavos. Y para levantar una montaña de muertos.

—¿Dónde está el maje, cómo es? —no se me va de la mente la pregunta de aquel sicario de mi barrio tanteando ya la pistola.

¿Lo habrá matado? Nunca pregunté. Mejor no preguntar. Pero, ¿te quedás tranquilo?

¿Cómo va a ser? Ver chavos matando a otros chavos por una botella de ron... ¡eso es pecado!

Fijate, el otro día nos llegó a la radio una noticia desde Perú. La policía de allí echó numeritos y resulta que ocho de cada diez delitos que se cometen en ese país están relacionados con la droga. Si preguntaran en Honduras, creo que serían diez de cada diez. Si las drogas no estuvieran prohibidas, si se vendieran al precio real, a su precio pues, toda esa zanganada desaparecería. Podríamos vivir en paz.

¿Que qué se puede hacer? Despenalizar las drogas. De eso ya están hablando varios presidentes. Si lo que gastan en perseguir pirucas lo invirtieran en campañas de prevención, otro gallo cantaba, ¿verdad? En serio, el único camino es despenalizar. Pero a la banca gringa le daría la misma sirimba que a Juan Luis Guerra, caería redonda como guanábana en alcantarilla.

UNA RED DE RADIOS COMUNITARIAS

Uno no es ninguno, como dice el refrán. Y una tampoco. Por eso, desde hace años Radio Progreso está buscando hermanas, otras emisoras para sumar fuerzas con ellas.

Aquí en Honduras hay muy pocas asociaciones de radios. La más consistente tal vez sea ARCA, la de radios católicas. Pero lo que une a ARCA son las reuniones trimestrales y un programa, Directo al Grano, que lo producimos aquí en la Progreso.

Nosotros no queremos hacerle la paralela a la iglesia, sino ampliar el espectro, convocar a radios comunitarias, inclusive radios comerciales pero con una programación alternativa.

Desde el 2008 veníamos martillando esta idea. Nos animaron los de ALER, los de AMARC y otras redes internacionales. La verdad es que hemos ido ganando bastante experiencia y hemos recibido capacitación de la buena. Y sentimos la responsabilidad de compartir esa experiencia con radios vecinas, próximas a nosotros.

Entonces, comenzamos a acercarnos a estas emisoras, a platicar con ellas, hacer sondeos, a ver si estaban interesadas en formar una red. Con el golpe estos planes se aceleraron. Estas radios pequeñas nos comenzaron a caer como hormigas a un dulce. Nos pedían intercambio de informaciones, pasar las entrevistas, pasar los notinadas, apoyo en capacitación, acompañamiento.

—¡Ya era hora que Radio Progreso hiciera esto! —nos dicen, cuando las hemos ido visitando.

Estas emisoras, con menos recursos que nosotros, no nos ven como competencia. Ni nosotros las vemos a ellas como “repetidoras”. La idea, como te decimos, es formar una red fuerte de medios comunitarios.

En mayo del 2010 tuvimos un encuentro nacional, juntamos a 22 radios de todo el país. Quedaron y quedamos muy entusiasmados, con planes concretos. Fijate que son radios comunitarias que están en manos de alguna organización de poca cobertura. Está Radio Macompu,[18] de una cooperativa de mujeres en el norte de Olancho. Están cinco radios

18 Mayor Comunicación para los Pueblos de Olancho.

garífunas en Tela y en La Ceiba. Y otras campesinas en el sector de Colón. Está una radio de jóvenes en Curarén, departamento Francisco Morazán.

¿Problemas? Sobran. La radio garífuna Faluma Bimetu, en Triunfo de la Cruz, fue incendiada y hasta el sol de hoy no se hace una investigación seria. ¿Por qué la quemaron? Porque la municipalidad de Tela quiere privatizar las playas para levantar complejos turísticos. Y los garífunas dicen que de eso nada, que esas tierras son suyas desde los tiempos de Cururú.

Ahora hemos comenzado una escuela de formación radiofónica. Capacitamos en locución, en producción, cómo hacer entrevistas, cómo armar un noticiero, cómo meterle chispa a un programa.

Llevamos en esto casi tres años, tejiendo la red. Y mirá lo que son las cosas, el asesinato de Nery Jeremías Orellana, de la radio Joconguera, en uno de los departamentos más pobres del país, nos ha infundido valor, nos ha fortalecido.

—¿Sabés por qué lo mataron? —me cuenta un compañero suyo—. Porque Nery había denunciado un grave problema de salud en su comunidad. Un sicario lo acabó.

Radio Progreso envía una señal de 10 mil vatios en FM y otro tanto en AM. Cubrimos bien 13 de los 18 departamentos del país. Ya tenemos una repetidora en La Ceiba y otra en el Aguán. Pero no llegamos todavía a Tegucigalpa. Ése es uno de nuestros sueños, entrar en la capital. Y lo vamos a lograr... ¡por mi mamita que sí!

UN REGALO QUE COMPARTIMOS

Estoy en otras cosas y de repente recibo un mensaje en mi celular.

—¡Usted se ha ganado un premio!

Pensé que era una broma de ésas que te llegan por internet. Pero luego veo que el remite es de Reporteros Sin Fronteras, que habían venido en el 2010 con los de AMARC, con ARTÍCULO 19, toda una delegación a apoyar a Radio Progreso.

Se trataba del premio Peter Mackler, un periodista de origen francés que trabajó toda su vida como corresponsal de guerra y en defensa de la libertad de expresión. Su viuda y sus dos hijas instituyeron una fundación para premiar a periodistas ejemplares, como lo fue Peter. Y lo hacen en coordinación con Reporteros sin Fronteras. En esta oportunidad seleccionaron a Radio Progreso. Pero como ellos siempre dan el premio a una persona, bueno, pusieron ahí mi nombre.

—¿Y cómo recibimos este premio? —voy donde Melo, el director, medio asustada.
—Recibiéndolo —me dice él—. Los compas saben que no es a vos, Karla, como persona, sino a todo el equipo a quien están premiando.

Fui a Washington el 20 de octubre a recibir el premio, al club de prensa. Me tocó hablar de cómo Radio Progreso, desde el primer día, desde aquel 28 de junio cuando me agachaba en la cabina por el sobrevuelo de los aviones, le llamó pan al pan y golpe al golpe. Porque eso hemos hecho desde hace cincuenta años. Porque creemos, como dijo

Jesús de Nazaret, que la verdad nos hace libres.

—Entregamos este premio a Karla Rivas, Coordinadora de Comunicación de Radio Progreso, Honduras, por su compromiso y valentía en defensa de la libertad de expresión.

Ese día, Radio Progreso sacó al aire un editorial titulado “Un regalo que compartimos”:

Agradecemos las abundantes muestras de felicitación recibidas. Y esa gratitud nos compromete para seguir siendo una Radio que se regala por entero a su pueblo, en nuestra Honduras, sedienta de verdad, alegría, ternura, justicia, paz y solidaridad. Queremos seguir acompañando las luchas y esperanzas de nuestro pueblo, seguir denunciando las violaciones a los derechos humanos, proseguir con el análisis crítico, propositivo e independiente y seguir construyendo cultura política ciudadana.

Recibimos el Premio Peter Mackler 2011 con gratitud y lo compartimos con ustedes, porque la identidad de nuestra Radio Progreso no se podría entender jamás sin el corazón y cercanía que ustedes nos han venido regalando a lo largo de toda nuestra historia.

PERIODISTAS

—Y vos, cipote, ¿qué querés estudiar cuando grande?
—No sé, tal vez biología. O arquitectura. O turismo.
—¿Y periodismo? —le pregunté ingenuo.
—¿Periodista?... ¡Tás loco! ¡Ni quiera Dios!

En Honduras, después del golpe, han sido asesinados 23 periodistas. El último fue Alfredo Villatoro, encontrado con dos disparos en la cabeza, después de una semana de secuestro. Villatoro era el jefe de prensa de la emisora HRN. Pocos días antes, apareció estrangulado el periodista Erick Martínez, miembro de la comunicad LGTB.

ENTRE GALLOS Y MEDIANOCHE

Así llegó Zelaya, con tres banderas en la mano, la hondureña, la del Partido Liberal y la de la Resistencia. Era el 28 de mayo del 2011, me acuerdo bien, y la Progreso estaba allá, en el aeropuerto de Toncontín, reportando el regreso del líder.

Nuevamente, miles de personas lo esperaban con la mirada fija en las nubes, esperando el avión que lo traería de nuevo acá. Pero pasaban horas y horas y ni un zamuro cruzaba el cielo. Por lo arrecho del calor, la gente iba cayendo desmayada, una tras otra.

Cuando apareció el avión, comenzó la gritazón. Lo vitorearon como al salvador de la patria, jefe de jefes... ¡Urge Mel! ¡Urge Mel! ¡Urge Mel!

—Venimos a reconciliar a la sociedad hondureña —arrancó Zelaya— y lo haremos a través de la búsqueda del poder.

La Resistencia[19] le había preparado un programa bien alegre. Pero el olanchano, según su costumbre, lo cambió todo y se puso a improvisar un discurso desordenado levantando las tres banderas como símbolo de reconciliación. Le pasó el micrófono a la Xiomara, su mujer, luego se lo pasó a la Pichu, su hija, para que ellas leyeran los acuerdos de Cartagena que le había permitido regresar a Honduras.

¡Los acuerdos de Cartagena! ¿Sabés que estos acuerdos se pactaron entre gallos y medianoche, en ausencia y desconocimiento de los dirigentes de la Resistencia? ¿Quiénes estaban allá, en la ciudad colombiana? Pepe Lobo, el colombiano Santos y el venezolano Chávez. Y Zelaya, hablando por teléfono, y aceptándolo todo. Entre los cuatro cocinaron el guiso.

El calor en Toncontín era para freír huevos. Como el discurso de Zelaya continuaba por los aguacates, me puse a entrevistar a los que me rodeaban.

—Somos de Radio Progreso, señora. Dígame, ¿qué le parece el discurso de Mel Zelaya? —le pregunto a una humilde viejita que ni dientes le quedaban.

—Yo vine para verlo —me dice—. Ya lo vi y ya me regreso dichosa.

Las palabras del líder era lo que menos le interesaba. A los caudillos se les busca para mirarlos, para admirarlos, para tocarlos si fuera posible.

—¿Qué piensa usted de los acuerdos? —me dirijo a un señor clasemediero.

—No sé, pero... no oigo nada sobre las tantas violaciones a los derechos humanos cometidas por los golpistas. ¿Y eso cómo queda? ¿Será verdad que en este país el plomo flota y el corcho se hunde?

Me hizo gracia mi última entrevista, antes de regresar esa noche a Progreso.

—Zelaya es un cacique como todos los caciques, sean del Partido Liberal o del Partido Nacional. Y en Honduras, ¿sabés cuál es la diferencia entre un cacique liberal y un cachureco? La cantidad de vacas que cada quien tiene en su finca.

NOS HA PUESTO A PENSAR...

Visité Radio Progreso para grabar los testimonios de este libro. Cuando ya me estaba despidiendo de los colegas, ahí, frente al portón negro de la emisora, me topé con un par de chavos discutiendo de política. No tenía abierta la grabadora, pero me acuerdo bien de la conversa.

—¿Mel Zelaya? —le decía él a ella—. Este man ha sido... ¡como un *coitus interruptus*!

—¿Cómo un qué? —se sorprendió la chava.

—Que no acaba, vos. Que la riega. Mirá cuando se coló en la embajada de Brasil. Yo estuve allá vivando, en aquel gentillal, corriendo entre las bombas.

—Yo también estuve... ¿y qué?

—¿Cómo que y qué? ¿Qué hizo el man, decime? Sale con aquello de “vámonos a mi hacienda de Olancho, allá todos podrán echarse un fiús”.

—¿Y qué podía hacer, si lo tenían socado ahí dentro? ¿Qué hubieras hecho vos?

19 Con los meses, ya constituida como FNRP, Frente Nacional de Resistencia Popular.

—No sé, pero te juro por mi mamita linda que si el Zelaya decía: “¡A las mil putas, vamos a casa presidencial y sacamos a marimbazos al Goriletti!”, allá lo seguíamos todos.

—Qué fácil decirlo, vos. ¿No hubiera sido una matazón?

—Lo mismo pasó en Las Manos, acordate —insistía el chavo—. Una molotera esperándolo. Y Zelaya, que entra y que sale. Que pongo un pie en Honduras, que lo saco. Lo que te digo, un *coitus interruptus.*

—Sí, está bien —la chava también insistía—. Mel se quedó a medio camino, no pasó la raya. Y ahora le tocará seguir penqueándose si quiere volver a sentarse en la silla. Pero, ¿sabés qué te digo? Que ese hombre, con su sombrerón de vaquero, nos ha hecho un favor de este tamañote.

—¿Cuál favor?

—Nos ha puesto a pensar a todo mundo.

—¿A pensar en qué?

—A pensar en nuestros derechos. A reclamar nuestros derechos. A pensar en política. Fijate vos y yo, ahora estaríamos hablando pendejadas. Y estamos discutiendo de política.

*** * * * ***

Ahora los parques han perdido protagonismo. Claro, la gente se cansa. No podés estar movilizado todo el tiempo porque tenés que trabajar y vivir. No podés estar todos los días, como en la huelga grande contra las bananeras, durmiendo en hamacas y haciendo ollas comunes.

Dicen que no ganamos porque Zelaya no volvió como presidente, o porque la elección de Pepe Lobo fue con fraude, o porque Micheletti está feliz de la vida comprando y vendiendo fincas.

Pero la victoria no está en un caudillo o en otro. Lo ganado está en la gente. Honduras ya nunca será la misma después del 28 de junio. Las mujeres, especialmente las mujeres, abrieron los ojos y ya no los cierran. ¿Que hoy la Resistencia anda con las llantas bajas, medio desinflada? No te lo creás. Lo que se aprende no se olvida. Y aquí aprendimos a salir a la calle y gritar. Aprendimos a perder el miedo. A opinar en las asambleas y a compartir las tortillas. A reírnos del enemigo. A hacerle frente a los policías y sus gases y sus toletes. Que nos quiten lo marchado, como dicen.

Ya son tres años desde el golpe. Se sembró mucho y durante muchos meses. Ahora hay que tener paciencia campesina y esperar que los arbolitos crezcan y florezcan.

Me acuerdo de aquella abuela de La Lima caminando con sus chancletas desbaratadas que cambiaba de colores con el sol, hasta que se puso pálida y se desmayó. Luego, volvió a la vida, se levantó digna, y siguió andando a chuña.

No sabía su nombre. Ahora lo sé. Se llama Honduras.

* * * * *

De Honduras se habla poco, salvo cuando hay huracanes o golpes de Estado. Y de las emisoras populares hondureñas se habla menos, se conoce nada.

Por eso, cuando las compañeras y compañeros de Radio Progreso me invitaron a relatar lo que vivieron aquel trágico 28 de junio de 2009, no dudé en aceptar el desafío.

Tenía pocos días y eran muchos los testimonios y las anécdotas. Grabé muchas horas, conversé con casi todos los colegas de la emisora y con algunos antiguos trabajadores. Como siempre pasa, quedaron entrevistas pendientes. Es que la vida nunca cabe en un libro.

En el relato hay expresiones muy catrachas que solo se entenderán en las tierras de Morazán. No hace falta explicarlas. La imaginación es suficiente. Hay diálogos donde no pongo quiénes hablan. Tampoco es necesario. El protagonismo es de todo el equipo de la radio.

Cuando acabé de redactar el testimonio, me vinieron a la mente los versos de Brecht. Me atrevo a glosarlos diciendo que hay emisoras que luchan un día y son buenas. Hay otras que luchan un año y son mejores. Hay las que luchan muchos años y son muy buenas. Pero hay las que luchan toda la vida: esas son las imprescindibles.

Radio Progreso es imprescindible en Honduras. Y en América Latina, nuestra patria grande.

José Ignacio López Vigil







ISBN: 978-99926-54-27-9







